

EL EGIPTO  
MUSULMAN  
EL CAIRO Y SUS MEZQUITAS  
  
y  
EL EGIPTO ANTIGUO  
DE MENFIS A TEBAS

Edouard Schuré

## PREFACIO

Hace unos nueve años rendí homenaje **en** mi libro sobre los *Grandes Iniciados* (<sup>1</sup>) a la santa e inmemorial verdad esotérica, de la que no soy sino uno de sus más humildes representantes. Con los *Santuarios de Oriente* aportó una segunda piedra para la construcción del Templo que están levantando hoy en día, consciente **o** inconscientemente, los grandes arquitectos y los valerosos obreros de todos los países.

Sólo escaso número de hombres ha comprendido esta verdad, siempre ignorada por las autoridades oficiales de la enseñanza occidental (la Iglesia y la Universidad). El vulgo no ha sospechado tan siquiera su existencia, a pesar de que pertenece a todas las épocas, pues, aunque en esencia, no reside en el conocimiento de los hechos naturales, los esclarece, ordena y explica con su claridad meridiana. Tiene ella su origen en las profundidades del alma, en la contemplación intelectual de las Ideas-Madre; ! y en la energía de la Voluntad aplicada a la vida espiritual. Se manifiesta con diversa intensidad en los

(1) Ed. Kier, Colección "Joyas Espirituales".

Mesías fundadores de las grandes religiones, en la tradición oculta propiamente dicha, y en los filósofos escolásticos, quienes tanto en la India como en Grecia y en los tiempos modernos, han traducido, fraccionado y oscurecido casi siempre con su enseñanza dialéctica la luz interna. Esta verdad esencial, central y superior es, pues, el alma vital de todas las grandes religiones; es la síntesis de todas las sucesivas revelaciones, y es el origen y el fin de toda la Ciencia. Además, esta verdad es siempre variada en forma, idéntica a sí misma en el fondo, porque brota a la vez del manantial cambiante, del alma y de la fuente inmutable, o sea, del Espíritu universal. De tal manera, concuerda la doctrina secreta en sus principios fundamentales y se la descubre en los brahmanes. en los sacerdotes egipcios, en Pitágoras, en el *Zohar* del rabino Simón-Ben-Jokai, en el cabalista Enrique Kunrath, en el pobre zapatero Jacobo Boehme, en Luis Claudio de Saint Martín, el filósofo desconocido del siglo XVIII, o en Fabre d'Olivet, ese profundo erudito y maravilloso pensador, a quien sus colegas y sucesores despreciaron y desconocieron; ese académico a quien Napoleón I persiguió por ideólogo.

Así, pues, la tradición esotérica, escrita u oral, existe sin interrupción a través de los siglos. Pero su cadena de oro no se enlaza ni se renueva sino por el esfuerzo continuo y la inspiración personal de los que la forman. Cada nuevo desarrollo de la humanidad exige una adap-

tación apropiada de su parte y una nueva manera de presentarla.

Llevado de esta idea, he intentado hacer en los *Grandes Iniciados* una primera síntesis de la historia de las religiones, desde la India hasta Cristo, y desde éste hasta la época actual y los tiempos futuros. Lo hice con fuerzas y conocimientos bien incompletos, mas con la visión clara del fin que perseguía y la fe absoluta de su ineluctable necesidad. Como mi libro chocaba con las doctrinas establecidas de la Iglesia y de la Universidad, no podía esperar de éstas más que una conjuración de silencio o una hostilidad declarada. A pesar de lo que esperaba, encontré en algunos una curiosa acogida, aun en esas altas regiones. ¿Cómo iba yo a guardar rencor a esos representantes directos o indirectos de la ciencia o de la religión oficiales si, al acogerme con simpatía, sonreían indulgente o burlonamente, ya que su incontestable interés demostraba su liberalismo y amplitud de espíritu? Pero sobre todo hubo una cosa que me recompensó de mi audacia, y fue el entusiasmo generoso que una juventud escogida manifestó por mi tentativa. Y fue también la voz de las almas paternas que, silenciosamente, habían sufrido con mis dolores y luchado en mis combates. De cerca y de lejos, esos amigos desconocidos me volvieron a dar fuerzas para esperar, valor para obrar, y esa fe íntima que hace fecundas las pruebas y sobrevive a los descalabros.

Sin embargo, entre los trabajos y luchas que me reservaban los años siguientes, se dibujaba claramente un propósito: ver con mis ojos el Oriente en donde había vivido tanto tiempo con el pensamiento; volver a encontrar los vestigios y los símbolos parlantes de la antigua verdad en esos santuarios en ruinas o todavía en pie; evocar en sus mismos templos a los hombres y a los hechos que le dieron vida e hicieron que reinase sobre las almas. Tal fue desde entonces mi sueño ferviente, y llegó un día en que el sueño se convirtió en deseo irresistible.

Tres países me atraían por ser las tres grandes fuentes, no sólo de la tradición oculta de Occidente sino también de su vida intelectual, artística, moral y social: Egipto, Grecia y Palestina.

Egipto se me aparecía en esta trinidad étnica como el arca de los Principios universales, como el modelo de esta ontología sagrada, tan distintas en poder de nuestras filosofías escolásticas y abstractas. Únicamente Egipto ha sabido hablar el idioma de la eternidad con su lengua de piedra.

Partí, y el resultado de ese viaje de seis meses sobrepujo mis esperanzas. En la tierra ardiente de Hermes así como bajo el cielo límpido de Palas y en la dolorosa ciudad profética de Cristo, se convirtieron en espléndida realidad las verdades que había entrevisto como en sueños en el Occidente brumoso.

La trinidad de Tebas, Eleusis y Jerusalén, esencia

del pasado, ensoñación del porvenir, resumió ante mis ojos la unidad orgánica de la Ciencia, el Arte y la Religión en la Vida integral. Los *Santuarios de Oriente* nacieron de esas profundas impresiones y de esta idea. Sí, (me decía yo volviendo por mar a Francia) la sabiduría antigua guarda los signos y claves del porvenir; pero no son otra cosa que claves y signos, no el porvenir en sí. Las estrellas no hacen que el viento sople hinchando la vela del buque del marino, no le enseñan el puerto a donde ir. Este puerto está en su conciencia y en su voluntad; mas los astros le sirven de punto de referencia y de guías para encontrarlo. A nosotros nos toca encontrar el nuestro.

La tradición esotérica occidental, al par que nuestra religión externa, es judaico-cristiana. Suprimir la iglesia sería la más nefasta de las obras. Únicamente los insensatos o los ignorantes pueden pensar en ello. Pero es preciso confesar que la Iglesia anquilosada, endurecida y entenebrecida no es hoy día otra cosa que un gobierno político que carece de fe creadora y de vida radiante. Aún reina sobre las almas timoratas; pero ya no domina a los espíritus libres. Es dueña únicamente de las conciencias que no saben reflexionar y de las voluntades que no saben querer. ¿A qué se debe que conserve un prestigio que se impone a todo el mundo? A que posee en su tradición los símbolos de la más antigua sabiduría. Si esta tradición y estos símbolos se inter-

pretaran y aplicaran con un sentido nuevo y verdaderamente universal, producirían la renovación radical y completa de su espíritu, de su dogma y de su organización. Pero la Iglesia no se decidirá nunca a esto; porque le basta con su poder. Ella bautiza, casa, entierra, hace política, ¿qué más va a decir? La Iglesia no abandonará ni un tilde de su dogma, ni un artículo de su poder hasta que conmueva al mundo un movimiento espiritualista e independiente de alcance trascendental.

Pero supongamos que lo selecto de la gente laica con la Universidad a la cabeza, que es el cerebro pensador del mundo actual, dijese lo siguiente. "La Iglesia, infiel a su misión, no ha sabido cómo adaptar las verdades del mundo interno y del mundo divino a las necesidades de la humanidad moderna. Vosotros, los jefes y dignatarios de la Iglesia, no cumplís con vuestro deber a pesar de las virtudes admirables y de las aspiraciones generosas de muchos sacerdotes pensadores y de la ferviente fe de miles de almas sencillas que esperan de vosotros el pan de vida. Pues bien, nosotros vamos a aplicar estas verdades a la Ciencia, al Arte y a la Organización social, y así demostraremos con nuestra religión laica que no os necesitamos para nada". El día en que un grupo autorizado e influyente hable así y obre en consecuencia, la Iglesia, llena de espanto y viendo amenazado su poder espiritual, tendrá que transformarse a la fuerza. Pero hasta que no suceda esto, se sonreirá desdeñosa-

mente, y dirigirá con dogmas momificados a las almas inertes.

El programa doble de los que piensan en la salvación, de los que quieren y saben como realizarla, debería ser por una parte combatir, como si se tratara de un principio de anemia y de un veneno mortal a ese ateísmo que se cobija en gran parte de las doctrinas universitarias; verter en todas las obras la vida del alma y la ciencia del Espíritu; y por otra parte, acabar con la intolerancia y la dominación romana de la Iglesia con objeto de que se constituya la Iglesia verdaderamente universal.

La razón primordial del espectáculo de creciente disolución que presenta Europa y que repercute de un modo terrible en Francia es ese duelo entre la Ciencia y la Religión, representadas por la Universidad y la Iglesia; batalla que, no solamente se libra en nuestras instituciones, sino también en cada conciencia, paralizando a las almas y emasculando los caracteres.

Queramos o no, avanzamos bajo el signo de Moisés y de Cristo. Pero ha llegado la hora de ampliar esta tradición por medio de una nueva síntesis del Cristianismo y del Helenismo, entendiendo por ambas religiones BUS verdades esotéricas y sus aplicaciones vivientes, lo cual no puede hacerse sino fundándose en los principios ontológicos que fueron, bajo una u otra forma, las fuer-

zas directrices de todos los profetas y de todos los inspirados.

He ahí la verdad que el moribundo siglo XIX debería legar al XX con el objeto de que se levantase ya armado y marchase a la conquista del porvenir.

Esta gran obra es el secreto de las generaciones futuras.

Mi labor era presentirla e invocarla, no realizarla. De ahora en adelante estoy resuelto a hablar a mis hermanos más jóvenes únicamente con el Verbo del Arte y tras el cendal transparente de la Poesía, rindiendo un homenaje supremo y directo a la Luz que me ha salvado de la desesperación en un siglo sin esperanzas, y que me ha permitido renacer a la vida, a la vida integral, en una época de disolución y de muerte.

EDUARDO SCHURE

# Ex Oriente Lux

## PROLOGO EN EL MAR

A bordo del Sagalien

*¡Ex Oriente Lux!* ¿Quién fue el primero en pronunciar estas palabras evocadoras de auroras y de pensamientos? ¿Fue Joachim de Flore, el visionario del siglo XII, al leer el Evangelio de San Juan en su convento de Calabria? ¿Fue el kabalista Raimundo Lulio, absorto en la lectura del texto hebreo del Zohar, en su retiro de Mallorca? ¿Fue, acaso, Pico de la Mirándola en las colinas serenas de Florencia ante un manuscrito de Platón o de Hornero? ¿Cuándo brotó ese grito que resuena como llamamiento a cruzadas de peregrinos y de reyes magos? ¿Procede de un héroe? ¿De un sabio? ¿De un loco? En verdad que no lo sé; pero involuntariamente me lo sigo preguntando mientras giran los tres faros eléctricos del puerto de Marsella, con sus luces verdes, rojas y blancas palideciendo en el crepúsculo.

Todavía queda una visión fugitiva de la alta colina de Nuestra Señora de la Guarda, de la isla y del castillo de If; pero bien pronto este resto de Francia se pierde en la bruma de diciembre. El corazón se oprime

un momento. El molesto cierzo silba en el puente; cabecea el buque balanceándose. Estamos en alta mar. Todo el mundo desciende a los camarotes. Verdaderamente esta es una hora de serias reflexiones.

¡La Luz, viene de Oriente! ¡Cuánto sentido encierran estas palabras! Cierto es que la marcha general de la raza blanca dominadora del globo va en sentido contrario, de Oriente a Occidente. La civilización ha pasado a las Américas, desde hace tres siglos, saltando el Atlántico; pero Europa sigue siendo el cerebro de la humanidad, cerebro febril y neurótico en que se libran los grandes combates de la conciencia moderna, en que se elabora el porvenir. La situación es grave en este fin de siglo. Al malestar universal responde la confusión del pensamiento, y parece que nos hallamos en vísperas de grandes cataclismos o, por lo menos, de dolorosas transformaciones sociales y religiosas. Sin embargo, nunca ha sido tan visible la solidaridad moral y espiritual de la humanidad.

No sólo el pensamiento da la vuelta al mundo por los cables eléctricos, sino que una especie de vida común se ha establecido entre todos los pueblos y continentes. Los flujos y reflujos del pensamiento van de Europa a América, y de América a Europa. Desde que la humanidad blanca ha dado la vuelta alrededor del globo, ha descubierto el nuevo Mundo y vuelto a encontrarse con su antigua madre, el Asia, al otro lado

del Pacífico, es cuando ha tenido una idea clara de su misión, de su movimiento cíclico y de su unidad. Y, también, tras este momento es cuando ha empezado a añorar sus orígenes y ha exclamado: "*¡Ex Oriente Lux!*" Si Shelley dio el nombre de Asia a la amante de su Prometeo libertado, no fue solamente por creación poética, sino por adivinación. Apasionadamente, buscamos sin saberlo la clave de nuestro destino en esta cuna de nuestras razas, ciencias y artes, de nuestra civilización y de nuestra religión, ya que, definir claramente el origen de una cosa, es determinar su evolución y su fin. El movimiento de retroceso del pensamiento moderno es una aspiración religiosa a la vez que un instinto social y no puede caminar la una sin el otro. *Esta invocación a Oriente es, desde el punto de vista social, un esfuerzo del espíritu para unir en una unidad orgánica a toda la humanidad planetaria; y desde el punto de vista de la religión es la añoranza del alma por la unidad universal y espiritual, correspondiente y condicionante de la armonía social, y por la síntesis religiosa y filosófica, la cual no es posible más que con todos los elementos del pasado y del presente.*

He aquí porqué se me viene a la mente el lema *¡Ex Oriente Lux!* al principio de esta travesía que debe terminar en tierras de Egipto. ¡Ay! Es indudable que los santuarios de Oriente están desiertos y silenciosos desde hace muchos siglos. Y si han hablado en el transcurso

de los tiempos, cada cual cuando debió ser, fue porque el concurso de la ciencia y de las voluntades jerárquicas facilitaron en ellos su inspiración a los fieles y creyentes de los diversos cultos. Las únicas revelaciones verdaderas son las que vienen de dentro. Sí; es cierto que creo en el Más Allá, en lo Invisible, en lo Espiritual: creo filosóficamente, porque son los cimientos, la razón y la palanca del universo; creo psíquicamente, porque el alma es inexplicable sin ellos, tanto en su principio como en sus fenómenos. El verbo del Espíritu y de la Verdad habla de diferente manera al artista, al poeta, al sabio y al santo; pero a éstos, como a la más humilde de las criaturas que piensan y hablan, únicamente les habla pasando por su sentido interno. Y, sin embargo, el *genius loci* de los latinos deja de ser nombre vano. Las piedras talladas, los monumentos, los símbolos inmutables, las razas que llevan la huella religiosa del pasado y, por encima de todo, esa alma desparramada y fluida que alienta en las cosas y las armoniza ¿qué son sino potentes auxiliares para despertar ese sentido interno?

Yo quisiera, como tantos muchos otros que lo hicieron, consultar los antiquísimos santuarios de donde brotaron las Ideas-Madres de que ha vivido la Humanidad y de las que debemos hacer hoy un todo nuevo, remontándonos todo lo que podamos hasta la fuente de la verdad eterna. Quizás de estos santuarios, reconstruidos con visión más clara, podamos, como de observatorios bien

situados, lanzar una mirada más penetrante, más amplia al mundo actual de Oriente y Occidente. Mas no nos lancemos a hacerlo con prejuicios: confiémosnos al genio de la hora, y, sin perder de vista el fin, entreguémonos al torrente de la impresión nueva...

Cuando alboreaba hemos pasado a lo largo de Córcega, la isla angulosa y salvaje, atrincherada tras de sus arrecifes, de hombres de acero y nevadas cimas; la isla de la *vendetta* y de Napoleón. La segunda mañana pasamos con brisa de Levante entre las islas Lipari y Stromboli. El mar se ha calmado, y sus diminutas olas se han teñido de índigo irisado de rojo. Nos aproximamos a la isla principal, eje de la gran cuenca mediterránea y centro de erupción volcánica y de evolución civilizadora, pues esta isla fue el primer lazo que unió Grecia a Italia y el primer hogar del renacimiento en el reinado de Federico II. Ya se dibuja en el horizonte en líneas oscuras y atrevidas la rica, independiente y audaz Sicilia, bajo el palio de las nubes sulfurosas. Es un pasaje a lo Salvator Rose; líneas sobre líneas, valles sobre valles, y formas volcánicas y atormentadas; el conjunto dominado por una montaña elevada, contrafuerte septentrional del Etna. Sus laderas de lava están cubiertas de nieve y parecen glaciares. Del fondo de los grandes abismos surgen cual cabelleras flotantes unas blancas humaredas que se argentean al sol y se confunden con las nubes que cruzan el cielo alborotado, semejando una corona

de Bacante arrebatada por el viento. Sicilia desde lejos es atrayente y fantástica, sombría y luminosa, sonriente y amenazadora. Por su aliento de fuego y su prodigiosa productividad es la imagen concentrada de la tierra fecunda y terrible, la madre del idilio y la protectora de los amores fáciles, que frecuentaran Afrodita y las Musas y amaran las diosas subterráneas, Deméter y Perséfone. Sus playas han visto nacer a Teócrito y morir al gran Esquilo desterrado. En fin, ha sido la patria del misterioso Empédocles, poeta, filósofo, ingeniero y físico que reinó en Agrigento, a quien la leyenda precipitó al Etna, quizá porque era demasiado grande para la historia. Esta es la isla de los titanes y de la naturaleza titánica, en que el Etna se levanta con sus cráteres de fuego, y en donde la tierra y el cielo se unen en un beso formidable.

Vuelto hacia esa tierra griega que tanto amo y que querría tocar, he pensado tanto en la Sicilia antigua y el buque ha volado tan raudamente, que apenas he visto el encantador estrecho de Messina, lindo cabo de Faro, con sus casitas enjabelgadas y su fortín, y la costa de Italia. Una barca de vela, procedente de Reggio, casi choca con nuestro paquebote y se balancea en su estela como una gaviota.

La punta de la bota de Italia es ruda y montañosa. Sin embargo, ante su rival se festonea con coquetería. De las gargantas y barrancos saltan las ciudades como

guijas blancas hasta el borde de las olas. Todas parecen que quieren humedecer sus pies en la mar amiga y familiar, para buscar en ella vida, luz y alegría, y contemplar curiosamente, pero no sin envidia, a la opulenta y arrogante Sicilia, en donde Messina yace como dama indolente entre bosques de naranjos. Marchamos a la deriva junto al otro lado del triángulo. Cuatro o cinco promontorios se pierden como gasas transparentes en la bruma del atardecer. Sicilia huye; ya han desaparecido sus pueblos entre lujuriosa vegetación, y únicamente el Etna traza su vasto triángulo en el horizonte con la gran línea que sube desde Catano hasta la punta del cono. Una nube se balancea en la cumbre cual águila violenta y negra. La humareda del volcán forma en la cima un gran penacho horizontal que se prolonga indefinidamente en la luz anaranjada del crepúsculo. ¡Adiós, Grecia y Europa!

Vayamos de popa a proa y volvamos la vista hacia Levante, pues el navio, lanzándose por el vasto mar Jónico, hace ruta hacia Egipto y la Luna creciente asciende por un cielo de ópalo. '

Dícese que, hasta que no se ha visto encolerizada a una mujer, no se la conoce; y que no se conoce el mar Jónico hasta que no se ha experimentado su furor. La diosa Anfítrite ha accedido a lo que yo deseaba. Es tan mujer como en los tiempos de Ulises. Su sonrisa de Circe no presagiaba nada bueno, y el buque ha sido

zarandeado toda la noche. Al amanecer, grandes olas de color azul sombrío pasan rozando sus costados y pronto el alborotado mar bulle cual plomo fundido. Al mediodía, las olas se agigantan, el viento silba en los mástiles y las ondas barren la cubierta. En esta tormenta cree uno ver retorcerse y rugir a todos los monstruos de la fábula: Caribdis y Escila, las Gorgonas y la Quimera. A la tarde, las olas parecen verdaderas montañas, cuyas cimas más altas pasan sobre cubierta. Se ven cuatro o cinco olas seguidas avanzar hacia proa como fortalezas movientes de blancas almenas hasta romperse en el puente. Una nota baja y fundamental resuena sobre todos los ruidos: el rumor que sube del abismo. Es noche completa ahora. En las tinieblas se oye una trepidación continua de agua y de aire. Es mugido del cielo y del mar confundidos en el gran hervidero. A lo lejos el océano es negro como la pez, y por la borda, pasan silbando las montañas de espuma con resplandores de relámpagos. Sus penachos azotan la toldilla del capitán y las cofas del gran mástil. El enorme buque danza como una barca. No es el aliento de un mar o de un continente, sino el alma convulsa de toda la tierra lo que se respira a plenos pulmones en el huracán.

Majestuoso es el navio que sube y se hunde una y otra vez al proseguir con calma su marcha a través de la tempestad. El timbre del oficial de guardia suena claramente, y parece la voz de un átomo consciente en el

seno de los elementos desencadenados. ¿Acaso no persigue también el alma, provista de su brújula interna, un fin misterioso a través de la vida terrestre?

Estoy agazapado en mi camarote; pero me roban el sueño el rodar infernal de las cadenas y el ronquido acelerado de la máquina. Abro al azar mi Hornero, y leo en el naufragio de Ulises "Una gran y espantosa ola se lanzó sobre él, volcando la almadía". El sutil Odiseo, que no temía a los encantos de Circe ni a los monstruos del mar, está a punto de perecer; pero la diosa Leucotea surge del abismo con su estrella de blancura fosforescente en la frente: "Toma este cinturón inmortal, pónitelo en el pecho y no temas al dolor ni a la muerte. Cuando llegues a la orilla, arrójalo al mar, lejos de ti y aléjate de ella". ¡Cuántos viajeros han venido en los tiempos del antiguo Egipto, después de naufragar en la vida, a buscar en las orillas del Nilo "el cinturón inmortal" que recibiera Ulises de manos de la hija de Cadmo! ¿Lo encontraron? Los sabios de Alejandría pretendían que sólo lo hallaron Orfeo y Pitágoras. La ciencia contemporánea niega que existiera el primero, y vuelve la espalda al segundo. Lo cierto es que uno creó el Olimpo, y otro, la filosofía. ¡Feliz quien pueda dar tan grandes pruebas de su existencia como esas! Pero son pocos los que han hecho hablar a Isis. ¡Cuántas veces ha permanecido muda! Mas, ¿qué importa? Busquémola.

La tempestad se ha calmado más allá de Candía y, a la quinta mañana, nos despertamos frente a una costa llana, velada por lluvia menuda. Bajo esta cortina transparente que atraviesa el sol de Egipto aparece una ciudad blanca: Alejandría.

# EL EGIPTO MUSULMÁN

EL CAIRO Y SUS BAZARES. — LA GHAWAZZI. — MÚSICAS

## NOCTURNAS

Antes de penetrar en el antiguo mundo egipcio es indispensable que demos un vistazo al mundo musulmán, que es su umbral actual y su viviente adorno. Este ha de ser forzosamente el primer plan del cuadro. Además, los semitas y todas las razas errantes del desierto constituyen desde tiempo inmemorial la sustancia étnica con que se moldean los fenómenos históricos y religiosos de Oriente. Con ese polvo viviente los conquistadores han amasado pueblos, y los profetas religiones.

El ferrocarril de Alejandría al Cairo divide en dos , partes el lago Mareotis, vasta laguna que refleja vuelos

*(1) Cuando me embarqué para Oriente, no llevaba más propósito que visitar los santuarios de Egipto, Grecia y Palestina. Estas tres religiones que corresponden a tres iniciaciones distintas, forman todavía la base de nuestra vida intelectual y de nuestra civilización. Al llegar al Cairo me sorprendió grandemente el importante papel que representa el Islam tanto en Africa como en Asia, a pesar o, mejor dicho, a causa de su inferioridad intelectual y espiritual. No es una cantidad despreciable, en el equilibrio general del mundo. Al pasar por Jerusalén volví a encontrár al Islam como dueño del templo de Israel y vigilante del Santo Sepulcro, haciendo esto último*

de aves acuáticas; y se interna, luego, por un mar de verdes trigales, hendidos por infinitos canales; en que los pueblecitos de los *fellahs*, construidos con tierra seca, se esconden como toperas. Al pasar por el puente de hierro se cierne uno sobre el Nilo de orillas vagarosas. Algunos dahabíes duermen en los cañares como una bandada de cisnes. Después, sigue de nuevo el tren por la inmensidad del Delta, cubierto de verde hierba. De cuando en cuando se perfila a lo lejos una procesión de *fellahes*, asnos y camellos. Al cabo de tres horas, vemos apuntar un bosque de cúpulas y minaretes, dominado por las ciudadelas y defendido por la sierra Arábica: es El Cairo.

La impresión inmediata que por su población y movimiento produce la capital, egipcia, es la de una Babel africana, de un pandemónium de vida musulmana, a pesar de la amplitud, riqueza y elegancia del barrio europeo. La vista se aturde al contemplar el hormigueo de los turbantes azules, blancos y amarillos, de los *caftanes* y los *cuffies* multicolores. En los oídos repiquetea una

---

*en nombre de su propia tradición religiosa. Esto ya lo sabía yo; pero no comprendí su verdadero alcance hasta que estuve en los mismos lugares. Entonces me convencí de que el Islam es un ramal de Israel que no se sabría suprimir en la Jerarquía de las religiones y en la síntesis étnica y futura.*

*Por estas razones me he decidido a poner, el Egipto musulmán a la cabeza de este volumen, como prólogo de esa trinidad orgánica de la Ciencia, el Arte y la Religión, que representan en mi opinión Egipto, Grecia y Palestina.*

extraña mezcla estridente de todos los idiomas de Europa, de África y de Asia. ¡Vértigo de sonidos y de colores! ¡Cuántos ramajes y plumajes humanos! Se cree uno que entra en una volatería de los trópicos. Entre estos gritos, charlatanería y murmullos, resaltan los sonidos guturales del árabe, esa antigua lengua del desierto, bárbara y refinada a la vez, cuyas vocales son rugidos de león y cuyas consonantes parecen rumores de armas que chocan y estremecimientos de instrumentos de cuerda. Una amplia avenida, adornada con árboles, conduce al centro del barrio francés, al parque del Ezbekieh. Este soberbio jardín tropical, con sus sicómoros gigantescos y mimosas que contemplan sus cabelleras brillantes en un estanque perezoso, junto a árboles de la India de ramas colgantes como trenzas, parece el ensueño de un califa. Estamos en el corazón del nuevo Cairo y de la colonia europea que, por su trabajo e industria, ha enriquecido al país. Sin embargo, contemplando la población que se agita en las calles desempedradas y polvorientas, parece que la ola de vida musulmana sumerge a la pequeña corteza de vida occidental, y es que aquí el europeo se orientaliza fatalmente. Las fachadas de los hoteles están precedidas de tiendas de lona pintorreadas, en las que matan el tiempo multitud de caballeros de industria y americanos, que se pasan los días enteros contemplando embobados el río de paseantes, con una beatitud parecida al Kief. El extranjero que se

interna en este torrente, se sumerge en un torbellino de razas. En pocos minutos verá desfilar abisinios de alta talla y rasgos finos y majestuosos, vestidos de blanco; rubios de color café y gruesos labios sensuales; *fellahes* avispados y chocarreros, armenios cubiertos con turbantes negros y serios como monjes; sirios hermosos, flexibles y ágiles de grandes ojos brillantes; persas aristocráticos y desdeñosos; taciturnos coftos; judíos de humilde y penetrante mirada; arrogantes árabes, y beduinos desarrapados. Si se detiene, si se vacila un instante, será presa de un enjambre de insectos humanos, y, en un abrir y cerrar de ojos, se verá rodeado por una docena "de dragomanes (intérpretes oficiales) vestidos de seda y oro como si fueran bajas, quienes le arengarán con gestos magníficos en seis lenguas diferentes, mientras que una multitud de borriqueras se dirigirá hacia él con sus animales y sus rostros tan bonitos como impertinentes, y sentirá al propio tiempo que le cogen de las piernas unos pequeños limpiabotas negros, de cara simiesca y sonrisa jovial y burlona.

La ola humana se precipita siempre en carnaval multicolor ante el Ezbekieh. Gran número de levantinos trotan sobre hermosos y lustrosos asnos. Soberbios caballos árabes, que piafan a los latigazos de los cocheros negros, están enganchados en los coches. A veces, pasa en un caballo bereber un bajá, triste y enjuto como un pergamino, con su levita gris de Nizam. Después, desfila

en varios lados el harén de un gran personaje. Las princesas pasean curiosas sus grandes ojos de gacelas asombradas en que brilla un vago deseo sobre la multitud. Veladas a la turca van, con muselina blanca que, como un espejo deslustrado, transparenta a ratos sus rasgos lánguidos. Se diría que estas camelias opulentas y delicadas, salen por un instante de su cálido invernadero para respirar ávidamente los aires de fuera. Los carruajes del harén van precedidos de los *saies* y seguidos de dos eunucos, negros patibularios, a caballo. Los *saies*, grandes corredores abisinios, llevan las piernas desnudas y el busto cubierto con una chaquetilla bordada que relumbra como una coraza de oro. Van con el pecho al aire agitando sus bastones y lanzando grandes gritos; sobre sus hombros flotan grandes mangas, blancas como la nieve. Estos *saies* nos recuerdan los genios alados que apenas tocan el suelo. Alrededor de ellos se separa murmurando la multitud de negrillos, *fellahes* y caballeros, como si acabase de pasar entre una ola de polvo el carro de la voluptuosidad y del esplendor terrestre. Pero esto es únicamente el remolino de la vida musulmana, mezclado con la ola europea. Al penetrar en el barrio árabe se alcanza su verdadero hervor. En la estrecha calle de Muski se mezcla y se embrolla una urdimbre inextricable de hombres, caballos, camellos y asnos. Restallan los látigos de los cocheros; suena la moneda de los cambiantes. Al grito de los vendedores

de pipas turcas responde el de los cafeteros ambulantes; los limoneros tropiezan con las colinas portátiles; los turbantes verdes contrastan con los amarillos y se insultan. Se bebe, se come, se vende, se compra. En esta batahola, las mujeres envueltas en negros *barkos* y *hábaras* se deslizan semejantes a murciélagos sin que al parecer las vea nadie. Las pobres *fellahinas* llevan sus hijos a la espalda, como a caballo. Los perros ladran, rebuznan los asnos, gruñen los camellos, los hombres gritan y, cosa extraña, cada una sigue su camino sin molestar al prójimo. Esta masa humana parece un monstruoso pólipo en que cada tentáculo tiene una cabeza y todas las fibras palpitan con agitación convulsiva. La chispa de la vida moral brota aquí del último escalón de la miseria humana. Los lisiados y los ciegos tratan de despertar la compasión con fórmulas verdaderamente conmovedoras: *Ana def ala watt nehi*. "Yo soy el huésped de Dios y del Profeta", y parece duro responderles con la fórmula evasiva de los avaros: *Alá y a tis*. "Dios te dé" en vez de echarles la deseada piastra.

Lancémonos hasta las mismas entrañas de la ciudad, entre el laberinto de los bazares. La luz del día se cuele vagamente por los intersticios de las esteras tendidas entre los techos, en las callejas tortuosas, llenas de tiende-citas en que reluce todo el lujo de Oriente. Aquí se abren grandes almacenes de esculpidos muebles incrustados de nácar con un mariposeo de luz blanca; allá relumbran

los trabajados cobres de las bandejas, vasos y jarrones; enormes lámparas de bronce forjado penden del techo; los pebeteros se yerguen cual minarettes que evocan un sueño de Alhambra, mientras que los obreros trabajan en el fondo de los talleres, y centenares de martillos golpean el metal. Los tapiceros son los grandes señores de aquí: os reciben con una cortesía llena de dignidad en sus salones adornados con amplios divanes de cuyos muros penden las maravillas de Esmirna, Persia y Cache-mira. Y el viajero continúa su paseo deslumbrado por esta fantasmagoría del arte decorativo de lanas amontonadas y sedas brillantes. Los vendedores de la calleja desenvuelven ante vuestros ojos tentadores echarpes. Mirad al comerciante o a la mercancía y estaréis perdidos; pues en seguida os cerrarán el paso, os vestirán y os cubrirán con sus riquezas, mirándoos sonrientes y admirados, mientras que un muchachuelo, quizá salido de la tierra, os presenta una taza de exquisito café hirviente. Si no sois un rústico, le compraréis una docena. Bajo los turbantes y tarbuches de estos mercaderes indolentemente acuclillados en la sombra de su tienda, hay ojos que os miran como una presa: sois la mosca que pasa entre estas telas de araña. Y se camina bordeando montañas de sillas árabes y pórticos de chinelas de las más raras formas. En un sórdido montón de cachivaches se mezclan a veces los preciosos tejidos con los harapos innobles; y viejos grabados parisinos se enmohecen so-

bre iconos bizantinos. En el brillo feroz de los trofeos, de los fusiles, puñales y hojas incrustadas con piedras preciosas, se desarrolla toda la epopeya sarracena en rápida visión; y el hálito tibio de los harenes os roza el rostro con sus encajes, cibelinas y plumas de avestruz. Después os sofocan ríos de perfumes: almizcle, sándalo, benjuí, jengibre. Un comerciante exclamará: "Flores de *henné*, perfumes del paraíso". El de enfrente agitará un frasco de rosas diciendo: "La rosa era una espina florecida con sudor del Profeta"; y los vendedores de fruta os dirán mil metáforas chocantes y os harán ofrendas atraentes: "¡Naranjas dulces como la miel! ¡Melones que consuelan a los que están tristes! ¡Dios endulzó los canastos!"

¡Deliciosa e inocente manera que tiene un pueblo eternamente niño de comprender el comercio! Para el europeo es el comercio un frío cálculo, una especulación meditada: la ganancia diaria. Para el oriental y, sobre todo, para el árabe, es más que todo una pereza contemplativa y, también, una aventura o juego de astucias y de sorpresas, un cuento de las Mil y Una Noches. No cabe la menor duda de que el vendedor tratará de dejar sin un céntimo lo más pronto posible a su cliente, y que despellejará de una manera desconsiderada al sencillo y entusiasta comprador; pero ¿acaso no valen nada su fatiga y su elocuencia y la ilusión que os ha dado? El comerciante de tapices que os ha estado mostrando

durante toda la tarde las cosas de su almacén, y os ha vendido, asombrosas colgadas de la India o de Persia — que quizás vengan de París— no habrá hecho sino pasearos de Cachemira a Teherán, y habrá amueblado ante vuestros ojos palacios dignos de ser iluminados por la lámpara de Aladino, y ¿ésto no va a valer nada? Y ese perfumista que os ha vendido a precio de oro en un dorado frasco la esencia de rosa o de jazmín, ha evocado durante una hora en el fondo de ese espejo persa, ornado con delicadas pinturas, el harén de Mahomet-Alí. Y aquel joyero que ha vendido a alto precio a una mujer turca un diamante que dice ser de Golconda o un rubí de Giamschid, le ha persuadido de que tenía una virtud mágica; pero, al sugestionarle, le ha dado la fe, y el diamante atraerá y el rubí hará arder los corazones. ¿Qué otra cosa que sueño, ilusión o engaño fueron siempre los negocios, la política, las pasiones humanas y toda la vida material no transfigurada por la conciencia del alma? En los bazares del Cairo se exagera la sensación de falaz espejismo de la gran Maya de los sentidos. Por eso, cuando se tiene la desgracia de no ser económico, ni aficionado a las fruslerías, se sale de ellos como con vértigo y melancolía.

Pero la voz aguda del muecín desciende sobre el hormiguero humano llamando desde lo alto de un minarete a la plegaria de la tarde; el sol crepuscular dora los mucharabíes de las casas moriscas, cuyo silencio de en-

sueño se suspende con una siesta perpetua sobre el ruido de la calle; los bazares se cierran bruscamente; la noche llega, y bien pronto la ciudad del comercio se transforma en ciudad del placer. En los cafés árabes de las callejuelas se encienden faroles y linternas venecianas rojas y gualdas; voces gangosas modulan en voz baja un raro desgranar de semitonos; gamas de flauta revolotean por el aire acompañadas del zumbido del *tarabuc*. Las filas de acacias de la avenida de Mahomet-Alí retiemblan al trote de los asnos en que cabalgan los europeos o los orientales que vuelven de sus negocios o se dirigen a alguna fiesta. Los animales galopan, fustigados por los borriqueros que les siguen gritando continuamente: ¡Ha! ¡Ha! como si corriesen al Sábado.

Atraído por músicas extrañas, he entrado al azar en un café abierto en el extremo de una calle oscura situada en los límites del barrio musulmán. En el fondo de la sala se levanta un estrado decorado groseramente con tapices y banderas. Cuatro o cinco danzarinas están sentadas en un diván. La orquesta se compone de un *tarabuc*, vasija de tierra cubierta con una piel que hace de tambor, una guitarra, una mandolina y una cantante. El martilleo constante del *tarabuc* es la baja fundamental de esta orquesta salvaje. Cuando el mandolinero ha punteado un rato un aire árabe en las cuerdas, el cantor lo entona a su vez con su voz chillona. Un mismo aire se repite frenéticamente hasta que comienza una nueva

melodía. A la música turca se la llama: "Un acceso de música desgarradora". Los cantos árabes son, a veces, ensoñaciones indolentes que se mecen rodando entre semitonos, melodías menores que flotan siempre inciertas entre la alegría 'y la tristeza. Pero cuando, como aquí, se trata de aires de danza, nos viene a la memoria la definición de la música turca que dice que es un especie de ronda furiosa compuesta de cuartos de tono de refinado salvajismo. Se diría un deseo exasperado que se revolviere como una ardilla en su jaula o como un condenado en su prisión de carne. Sugiere y produce la sensación de un arrebato en la pasividad. Pero he aquí que tocan un ritmo alborotador a tres tiempos, imperioso y anhelante como el pulso de un hombre febril. Y se adelanta hacia el estrado la *ghawazzi* o danzarina que va a bailar la auténtica danza africana conocida entre nosotros con un nombre desagradable, harto significativo. En Europa sólo se ven atenuaciones de esta danza que no la hacen ni más fea ni más moral. Su verdadero sentido se descubre cuando se ve danzar en su medio original. Viene a ser como el fenómeno patológico de una raza decadente; la horrorosa imagen de una especie de dislocación de la persona humana, que tiene lugar cuando el instinto gobierna como dueño. La danzarina está vestida con un bordado *jelie* recubierto de placas metálicas que forman una especie de coraza sobre los senos. La falda es estriada,

con amplias bandas verticales amarillas en forma de cactus. Sus talones golpean a compás el suelo al chasquido de los crótalos de cobre que agita en los brazos. Ella está de pie; pero ¡cosa rara! las tres partes de su cuerpo: la cabeza, el pecho, y el vientre, entran en movimiento separada y sucesivamente. Al principio, la testa se balancea horizontal y automática de derecha a izquierda y de izquierda a derecha como la cabeza de una serpiente que se despierta. Poco después, los senos se animan del mismo movimiento vibratorio sin que de él participe el resto del cuerpo, y por fin las caderas empiezan a agitarse por sí mismas. Entonces, viene una indefinible y sabia variedad de trepidaciones y movimientos circulares de las caderas y la cintura, a los que asiste la cabeza de la danzarina con glacial inmovilidad. Se diría que toda la conciencia ha descendido a los músculos inferiores para hacer de ellos esa loca gimnasia. Y se recuerdan los versos de Marcial sobre la danza de las hijas de Gades: *Vibrabunt sine fine prurientes lascivos docili tremare lumbos*. Después, el vértigo vuelve a subir de las caderas a la cabeza y a descender de la cabeza a las caderas, unas veces más lenta; otras, más vivamente. A veces uno de los espectadores árabes se levanta, echa la cabeza hacia atrás, lanza un formidable ¡Ah! de admiración, y vuelve a sentarse gravemente. En su mímica parece que la laxitud sigue a la violencia de las sensaciones, y se lleva una

mano a la cabeza ligeramente inclinada: es la esclava que pide gracia a su señor; pero el público grita: "que siga, que siga".

Yo experimentaba estupor y compasión ante esta disgregación de la persona humana que vuelve a su animalidad, y pensaba: ¡Oh Terpsícore, Musa sagrada de la eurytmia y de la belleza viva, ¿qué te ha sucedido en este mundo que de tan inicua manera te han podido rebajar y disfrazar los hombres? No hablo de lo que fuiste en ciertos santuarios egipcios, indos o griegos, en donde supieron hacer que expresaras los más sublimes sentimientos por una especie de éxtasis religioso y un arte ya perdido; pienso únicamente en tu espontánea manifestación por la alegría violenta o grave de los pueblos nómadas y campestres y del esplendor inteligente de las civilizaciones. ¡Pobres almas! ¿En qué os habéis convertido? Estoy cierto que no bailabais así ante Ramsés y Saladino. Las danzarinas representadas en las tumbas egipcias son graciosas como libélulas; la misma be-duina que danza hoy día en el desierto para su tribu, tiene un salvaje encanto en sus ondulaciones serpentinas, que son muy diferentes de las de esta animalidad fría y preconcebida. La danza es natural en el hombre; es un natural impulso de gozo que arrastra los sentidos hacia lo espiritual y los idealiza. En esto consiste la razón de su estética y el valor de su poder educativo. La más apasionada danza española representa un movi-

miento del alma. La bacante de los vasos antiguos vibra de éxtasis orgiástico; pero su cuerpo entero se baña embriagado en el Universo, y su contorsión es una dolorosa aspiración del espíritu hacia Dios. En la danza africana degenerada asistimos a todo lo contrario, pues es una ilustración coreográfica del instinto animal: la absorción del espíritu por la materia. Existe una ley inexorable: Cuando el hombre convierte al arte en cómplice de su animalidad, pervierte y destruye la noción misma del arte, y mutila y destruye su propia persona. No había podido todavía sobreponerme a esa mezcla de espanto y rebeldía que nos produce la profanación del ser humano, cuando ví que un anciano extraordinario acababa de sentarse enfrente de mí. Estaba vestido con una gastada dalmática, guarnecida de un forro roído por los gusanos; tenía la espalda curvada como la de un centenario, y su escuálido cuerpo estaba envuelto en una túnica de seda adornada con rosas y verdes inenarrables. Un gran gorro de pieles cubría su cabeza, pálida como la de un espectro y llena de innumerables arrugas. Su nariz bulboide e interminable acababa bruscamente en punta, hundiéndose como una sonda en un libro de pergamino, que leía con auxilio de unos anteojos puestos en la punta de la nariz. Sus delgados labios murmuraban sílabas hebraicas, y estas tres palabras repiqueteaban multitud de veces en mis oídos: "Nepesch... Ruak... Nescbamah... ", y des-

pues de mirar de reojo al estrado, decía en voz baja: -'¡Lilith! ¡Lilith!" Creí ver en él a un rabino antiguo, que Dios sabe por qué destino, estaba en este medio musulmán, y sentí una súbita atracción por la prodigiosa soledad de esa ruina humana, en la cual había un murmurio de pensamientos parecido al de las hojas muertas.

—Rabí, le dije, sin duda tú eres un sabio maestro. ¿Qué piensas de esta danza?

No pareció que me hubiera oído, pues prosiguió mascullando su monólogo interior. Yo agregué:

—Soy cristiano; tú eres un hijo de Israel. ¿No existen, acaso, más lazos de unión entre los hijos de Moisés y los profetas de Nazareth que entre nosotros y los hijos de Ismael que nos rodean?

Pareció que me había comprendido, pues sacudiendo la cabeza y sin cambiar de postura, con el rostro siempre hundido en su mamotreto, chapurreó mezclando muchas lenguas:

—No, nada de uniones... todos separados... enemigos todos... los hijos de Sem... por siempre jamás extranjeros, los hijos de Adán celeste —¡Ah! Sí; ¡malditos sean el odio y los antiguos crímenes de todos... sobre todo los vuestros... que pretendéis ser discípulos del Mesías! Los mograbines me dijeron al entrar: "Maldito judío". Si no temieran a los soldados rojos de los ingleses y a los zaptíes del Khedive, te llamarían perro

cristiano. Pero... mira bien... ese es el castigo de todos.

En su labio desafiador se marcó un temblor sardónico. Levantó sus anteojos a la altura de su frente llena de arrugas. Un relámpago asomó a sus ojos de reflejos de vidrio roto, y, con un dedo descarnado y casi transparente, me mostró una nueva bailarina, que comenzaba a balancear su cabeza como una cobra enamorada al son de la música infernal. Y el mefistofélico anciano, que no dejaba de tener cierta majestad en aquel momento, continuó diciendo con voz temblorosa:

—Sí; ese es el castigo. Mira bien a la *ghawazzi*. ¿Ves cómo se mueve la cabeza, el pecho y el cuerpo, cada uno de por sí, como los trozos de una serpiente cortada en pedazos? ¿No lo ves? Mira a Neschamah, el divino espíritu que mora en la cabeza y que desciende de los siete tabernáculos del Anciano de los días; ya no vive en esa mirada fija y vaga que arde sin lucir. ¡El hijo del Rey está muerto; bien muerto! Y, contempla después a Ruak, el alma humana, hija de la Reina del mundo que mora en el corazón; ella se estremece, trata de vivir, pero no puede: los dos se agitan como cadáveres galvanizados. Pero ahora fijate en Nephesch, el alma animal, que habita en el cuerpo inferior. Ella vive, ha devorado a las otras dos, y se vuelve incitante en el vientre de la hija de Satán. Y, cuando haya muerto también el Alma humana, la sierva de Satán se trans-

formará a su vez en serpiente. Ved en lo que se ha transformado la divina Eva en vuestras manos. ¡Habéis hecho de ella una Lilith! Esta es la imagen de vuestra vida: con la materia inferior habéis matado al espíritu. ¡Y vuestra alma ciega y sorda, se agita atolondrada entre las dos como un murciélago!

Ya había dejado de escuchar las divagaciones extravagantes del viejo talmudista y miraba a la danzarina, que danzaba con más violencia que la primera. La vida salvaje subía desde abajo; los rizos se desparramaban por su frente; los ojos lanzaban una llamarada sombría; el cuerpo parecía querer dislocarse. ¿Me habría alucinado el macabro rabino? Se me turbó la vista, y me pareció ver revolotear ante el fondo rojo una mariposa amarilla; luego, una cabeza desmelenada que desapareció en el techo como si la hubiesen subido con una cuerda. En el lugar que ocupara la bailarina desaparecida se retorció sobre el tablado una monstruosa serpiente, como una cobra aguijoneada por la varita del encantador de serpientes.

No sé cuanto tiempo duró esa loca ilusión. La música cesó de repente con una brusca disonancia; sentí una ligera sacudida y recobré mi vista habitual. La danzarina se sentaba con completa indiferencia. Mi primer sentimiento fue un movimiento de furor contra el malicioso rabino. ¿Con qué extraño poder había influido en mí? Me volví rápidamente para pedirle explicaciones y arre-

batarle el extraño grimorio; pero, ¡cuál sería mi sorpresa cuando vi que había desaparecido tan calladamente como había entrado! En el sitio en que se había acodado el indespistable viejo sólo quedaba la taza de café. Salí rápidamente de la sala. Una forma amarillenta y tambaleante se alejaba por el extremo de la oscura calleja. Formas moriscas estaban acodadas ante las tiendas de donde salía un retemblar de panderetas. Mujeres veladas agitaban luces en la ventanas. Y corrí tras de mi rabino sin hacer caso de las extrañas llamadas, ni de las injurias y burlas que me perseguían; pero me fue imposible alcanzarlo. Volví a entrar en el bulevar. En un rincón de la calle, a la luz de un farol creí ver todavía un trozo de su dalmática... he aquí todo.

Cuando entré en mi casa de la calle de Waghel Birket, encontré mi balcón iluminado por una luna espléndida... en las terrazas de las casas vecinas se esparcían las frondas de las palmeras, y vagos perfumes se escapaban bajo el encanto lunar. El alma virginal de las plantas se cernía en el aire nocturno sobre la ciudad impura. Todo era paz, luz, dulce magia, en esta altura. Pero las voces tumultuosas, el pataleo de los asnos y el aullido de los perros, excitados por el ronquido del *tarabuc*, y las titilaciones de las flautas seguían resonando en el fondo de la calle. Durante unos instantes presté atención a estos ruidos; luego, me acosté y me dormí. Cuando volví a abrir los ojos era muy de noche. La

luna llena bañaba la habitación con su luz argentada pasando por los amplios vanos de las ventanas. Me habían despertado nuevos cantos sorprendentes. Más músicas musulmanas: en el silencio de la noche resonaban grandes melodías. Eran acentos apasionados y amorosos, entonados por soberbias voces de hombres. La Esperanza despertada por el Dolor ascendía por el aire sereno al impulso de esas hermosas melopeas y planeaba en lo alto con sus grandes alas. Se diría que una segunda alma de la ciudad, una conciencia más pura surgía, lúcida, de su profundo sueño. Más lejos pasó un coro de armenios entonando una melodía desconocida, Casi sagrada, que recordaba las antiguas costumbres y se prolongaba en notas de cristal y largos acordes de alegría apaciguada, impersonal y varonil, como una canción de los reyes magos en busca de la Estrella de la Verdad.

¡Qué rara y singular elocuencia la de los cantos que se oyen en la noche! El hombre que rodara todo el día por el fangoso torrente de la vida social, se recoge y vuelve a sí en la oscuridad. Y, a veces, su alma se escapa por los labios en una melodía, mientras que la ruda lógica del día enmudece y no le habla de su ser superficial. ¡Bendita seas, oh Polimnia, Musa de los múltiples cantos, que haces que nos adentremos en nosotros mismos y nos enseñas, además, que somos algo diferentes de nuestros ciegos instintos y varias aspiraciones!

Estas voces, estas músicas nocturnas, me narraban

mejor que las escenas alocadas del día, el espíritu oculto de la gran ciudad árabe en que fermenta la mezcla de todas las razas africanas; pero en la que bajo los hábitos venidos de Oriente y de Occidente, se estaba creando un alma nueva.

## II

### LAS TUMBAS DE LOS CALIFAS. — LA CONQUISTA ÁRABE

"¡Estoy hastiado de la ciudad de los vivos; vamos a ver la ciudad de los muertos!" Esto me decía yo en una radiante tarde de enero en que el sol suspenso en el cielo immaculado bañaba las casas del Cairo con un río de luz amarillenta. Llamo a Hassan, mi borriquero, un joven *fellah* de veinte años. Con las piernas desnudas va, y lleva por todo vestido una camisa azul y un turbante blanco. ¡Pero cuán inteligente y sagaz es su semblante! Además, es ágil, servicial y cariñoso. Su perfil egipcio parece calcado de los rostros pintados en la tumba menfita de Ti, pero su expresión es mucho más alegre y viva. Sus ojos brillan y ríen. Yo le grito: "A las tumbas de los Califas"; y él responde: "*Taib*". lo que quiere decir: "Sí; a sus órdenes, todo va bien". Un minuto después veo ante la puerta un hermoso burro blanco, cubierto con una gualdrapa y una silla roja. Poco después marchamos a buen trote por el barrio musulmán. El *fellah* corre detrás de mí y se entretiene conversando en árabe con su asno, y en una jerga de francés e inglés con su viajero. Quien no haya usado esta clase de lo-

comodón en El Cairo desconoce el encanto inolvidable de esta ciudad.

Se corre por las calles estrechas y altas bajo la sombra de las celosías, tras de las que las mujeres, seres alados del harén, pueden mirar al transeúnte sin ser vistas. Las calles de los ricos son solitarias y están bordeadas por largas murallas desnudas, donde a veces se abre una puertecilla cimbrada, que da acceso a un fresco jardín. Al cabo de media hora llegamos al barrio pobre. Aquí es donde se ve bullir el hormiguero humano. Toda la población, los hombres y las mujeres, pulula ante los miserables tenduchos. Los árabes, bereberes y mograbines comen, se lavan y afeitan en la calle. Pirámides de sandías, calabazas y naranjas se desparraman por tierra. Grupos de niños desnudos o cubiertos con sórdidos harapos, se revuelcan riendo en el fango negro que se levanta en polvareda de oro sobre sus cabezas. Flacos canes errantes de amarillo pelaje y cabeza de chacal lamen a hurtadillas los charcos de sangre de las carnicerías. Arriba, bandas de gavilanes avizoran, revoloteando por el cielo. A veces, uno de ellos desciende rápido como el rayo a la tabla de la carnicería, y se lleva entre las garras un trozo rojo de sangre cruda. El carnicero que está fumando su pipa no protesta. Es una donación: Dios se lo recompensará.

Llegamos por fin a la puerta de Bab-el-Nasr, que está situado junto a la mezquita desmoronada del sultán

Hakem. Para salir de la ciudad viviente tenemos que pasar por una poterna oscura como boca de lobo, que servía antaño como patíbulo. Entonces se verifica un cambio de decoración tan rápido e inesperado, que ninguna maquinaria de teatro podría igualar. Algunas casuchas en ruinas, un suelo desnudo y movedizo y, después, sierras de montañas de arena de color de león. Es el desierto, el verdadero desierto árabe, cuyo océano de polvo acaba de asaltar las murallas orientales de la ciudad.. Entramos en él sin darnos cuenta, como si nos absorbiera. Ante nosotros se extiende hasta perderse de vista la inmensa necrópolis musulmana que puebla estas soledades. Los muertos son más numerosos que los vivos. Las tumbas blancas están sembradas a los dos lados del sendero, cerca y lejos, como hojas innumerables de un libro interminable. Todas se parecen: sin ornamentos, sin esculturas, sin nombre emergen del suelo arenoso roídas por el simún. Pero otra ciudad de hadas florece como producto de un ensueño en la desolación del desierto. Y bajo la luz espléndida se yergue un bosque de mezquitas. Son las tumbas de los califas. Sus elegantes cúpulas y esbeltos minaretes de color dorado ascienden en un cielo de zafiro. Al verlas, la necrópolis se transfigura y el desierto se anima. Es como una mágica evocación instantánea de la conquista árabe de la poesía sarracena y de toda la vida musulmana en que el jefe, el *sheik*, el sultán o el califa reina sobre el

polvo humano frente a Alá impenetrable y todopoderoso. Caminamos siempre por la arena ondulada en que unas tumbas anónimas siguen a otras tumbas, compuestas siempre de los pedazos de piedra calcárea, superpuestos como los escalones de una pirámide truncada. Las más importantes tienen a cada lado un monolito en forma de columna rota. La mayoría sólo tienen una piedra desbastada sin inscripción ninguna. Esta carencia de adornos, esta monotonía y desnudez anónima de las sepulturas musulmanas es algo asombroso. La forma de nuestros monumentos funerarios es un recuerdo de la individualidad de los desaparecidos. Sus inscripciones recuerdan nombres y vidas. La hiedra, los sauces llorones y las flores, simbolizan el dolor y el recuerdo de los vivos. Toda esa vegetación lujuriosa que llora alrededor de los sepulcros de que se nutre, llena la imaginación de un cortejo de ideas enteroecedoras y siniestras. En cambio aquí existe la igualdad absoluta ante la muerte; es la supresión de la persona humana en la inmensidad del desierto devorador. Esto no quiere decir que los árabes no practiquen el culto de los muertos. En la noche del jueves al viernes velan los hombres y las mujeres durante toda la noche sobre estas tumbas; pero no se atormentan pensando en el pasado o en el porvenir: fieles a ciertas ideas generales en las que tienen buen cuidado de no ahondar, viven enteramente en la sensación del presente: lo restante no es más que un

cuento o fantasía. Mahoma ha prohibido por la misma razón que Moisés la representación de los seres vivos, que hubiera servido de pretexto para la idolatría. Todo lo que ha permitido es que se devuelva el cuerpo a la tierra y se coloque sobre él una losa. Y así la sepultura de estos pueblos del desierto realiza al pie de la letra la frase bíblica: "Nacido del polvo, volverás a convertirte en polvo". Pero esta muerte no tiene nada de fúnebre: la luz de Oriente revela aquí su magia idealista. El terreno árido tiene tonos cálidos y cobrizos. Estas tumbas blancas, estos lienzos esparcidos, estas formas alargadas en el rojo desierto ardiente, tienen un no sé qué de angélico que parece una paz suprema, una virginidad vuelta a encontrar en la muerte, una palidez de resurrección en el juicio final.

Mi asno parece hallarse en el desierto como en su casa. Tan alegremente camina por la arena. Por sí mismo se detiene ante la soberbia mezquita de El-Barkuk. Este mausoleo cuadrangular con sus minarettes de tres pisos y graciosas cornisas, con sus cúpulas que terminan en punta, ligeramente aplastadas por la base, es un modelo perfecto de arquitectura árabe. Se halla en ruinas; sus paredes están agrietadas; sus minarettes, descoronados; pero esto lo embellece más. Un guardián enfermo me ata, gimiendo, las zapatillas de piel con que se penetra en todo santuario musulmán. Una mujer miserable, triste figura de resignada mendiga, me examina con descon-

fianza; un muchacho legañoso tiende su mano al Bakchich. Estas mezquitas tenían en otras épocas grandes dotes de las que se alimentaban familias enteras de *sheiks*; hoy las han dejado a los pobres que viven de las piastras de los extranjeros. Las arcadas del gran patio aún están en pie; pero las paredes se resquebrajan y la fuente de las abluciones está seca. Penetremos en el santuario por debajo de una de las cúpulas que cubren las tumbas del sultán Barkuk y de su familia. Todo está lleno de encanto y luminosidad. Una luz suave y nacarada que ilumina el pavimento de mosaico se filtra a través de la cúpula que parece incrustada en una perla gigantesca y a través del círculo de pequeñas; ovejitas que dan vuelta a la base. La cúpula se une a la sala cuadrada por cuatro pechinas de estalactitas que se van adelgazando en triángulos alargados hasta los cuatro rincones. La sala se compone de nichitos tan juntos como nidos de golondrinas. Nada más gracioso; que esta transición insensible del círculo al cuadrado. De ese modo es como la arquitectura árabe ha resuelto para la vista con su fantasía el paso de lo perfecto a lo relativo, de lo infinito a lo finito: ha cristalizado el círculo en un tetragrama, y la esfera en un cubo. Gran problema que no se resuelve tan fácilmente en filosofía religiosa y en organización social, ante el cual debía de fracasar el islamismo. Más abajo, los versículos del Corán culebrean alrededor de los frisos y arcadas entre

randas de azucenas y lotos esculpidos. A veces, los caracteres están hechos con vidrio en resalte y brillan como diamantes; de manera que los pensamientos luminosos del libro sagrado parecen trazados por una mano angélica. Los vitrales pintados acaban de completar la magia. Relumbran las ventanas enrejadas; los rosetones ardientes lanzan miradas de fuego y puñados de rubíes y topacios sobre el mármol brillante de las tumbas reales.

El Barkuk, que aquí reposa, fundó en el año 1382 la dinastía de los Mamelucos circasianos. Su historia aventurera es la de todos los sultanes de su época. El joven circasiano vendido como esclavo a un emir llegó a ser sucesivamente soldado, *sheik*, generalísimo del ejército, y se apoderó por la intriga y la fuerza del trono de los sultanes baharitas, teniendo el honor de derrotar dos veces en Siria a Tamerlán. Audaz, astuto y cruel, derramó sangre en abundancia y abusó de la tortura. Fue un gran protector de las artes y ciencias, y reposa aquí con su familia bajo estos catafalcos de mármol verde y rosa. Y es posible que el osado circasiano continúe su sueño de gloria en su tumba magnífica, bajo la bóveda encantada. En cuanto al pueblo, sólo sabe de él que allí está la tumba de un sultán y de una sultana: estos dos nombres resumen para él todos los sueños de grandeza y felicidad.

Visitamos la mezquita del El-Ghuri, de El-Achraff-



Bersabai y otras, cada una de las cuales tiene su historia y su leyenda. He ahí la de Kait-Bey, rodeada como de un pueblecito, y cuyo único minarete tiene fama de ser la obra maestra en su género. Citemos una hermosa página de estética arquitectónica: "Lo que da a los minaretes de El Cairo ese encanto especial es su cornisamento. Esta esbelta y ligera torre, tallada como la más hermosa joya de un orfebre, es el campanario de las iglesias musulmanas. Si imagináis una torre bordada de ornamentos en piedras y estuco con esculturas apenas salientes que pareciesen trabajadas al buril; si supusieseis que uno de sus pisos se hallase cubierto con una red de figuras geométricas y que el otro estuviese formado por una columnata adosada al muro o que en éste se abriesen los huecos de unas lindas ventanas o el de una puerta que permitiese el acceso del muecín al balcón, y, si creaseis con la fantasía cornisas de perfiles diversos y desiguales o esculpieseis balaustradas cuyos adornos se entrelazasen de mil formas diferentes, tendríais el prototipo de los minaretes de El Cairo, entre los cuales tiene fama el de Kait-Bey (1) de ser el más bello. ¡Otra vez en marcha por la arena movediza sobre el asno dócil e infatigable! Las tumbas de los Califas quedan tras de mí, y las mezquitas del desierto se van

(1) *L'art égyptien et arabe*, por Washington Abate. El Cairo, 1891. Abate es siciliano y fue educado en Francia; ¡habita en El Cairo, y nos ha prometido publicar un libro sobre el Egipto monumental.

eclipsando, absorbidas por las rojas colinas. Ahora no son sino un sueño; pero el sol poniente que calienta todavía sus cúpulas bulboides las tiñe del color de los plátanos y naranjos. ¿Qué son estas cúpulas encantadoras que se cubren de un cielo de frescura y delicias? ¿Son fabulosas ciudades del placer, engañosos espejismos de un sueño humano o exquisitas creaciones de los genios del aire? Ahora que apenas se ven se diría que sus minaretes son como capullos cerrados de grandes flores de piedra con pistilos de tres hileras de estambres que beben las llamas del sol poniente. Descendemos ' para ascender de nuevo, hollando siempre arena y costeano las tumbas, pues las antiguas y las nuevas necrópolis se suceden, se confunden y prolongan al pie de la colina de los Molinos de viento, cuyo macizo imponente, coronado por la mezquita de Mahomet-Alí, resalta en el horizonte. Estos cementerios inmensos, que se adentran en el corazón del desierto, que están abiertos a todos los vientos y que no tienen muros ni empalizadas, son de una majestad incomparable. Todos estos pequeños edificios, estos templos de cuatro columnas, estas cúpulas ora altas, ora bajas, estas mezquitas en ruinas, estos mausoleos ilustres y estas tumbas sin nombre, todo este ejército de piedra que sube por las colinas, parece ofrecerse y esperar la destrucción con una altanera indiferencia. Antes de entrar en El Cairo caminamos cosa de me-

dia hora por un arrabal. Truncadas, de antiguas losas sepulcrales y de habitaciones humanas. El sol está a punto de desaparecer y el encanto de la luz, próximo a florecer. Las casas blancas se tificen de rosa; las sombras que caen sobre la arena, azulean. De trecho en trecho se ve un camello que bebe en una fuente; o un niño dormido en las faldas de su madre al borde de un pozo bajo la sombra de una acacia mimosa, o bien una alta palmera que se balancea en el aire con un temblor nervioso. Este es el encanto todo de la vida eterna y tranquila, circundada de la luz de Oriente. ¡Luz maravillosa, profunda, sabrosa y sustancial y, sin embargo, tan tenue y delicada... ! ¡Éter sutil y nutritivo, perfume que hincha los pulmones y da alas, que hace más ligeras a las almas y a las cosas al penetrar en ellas, que dora el ambiente y perfuma las tristezas, esencia de la alegría, elixir del olvido! Aquí se cree que es posible empezar la vida, cuando por costumbre no se piensa sino en acabarla, y siéntense deseos de partir con el beduino sobre el lomo de un camello o de un caballo, o de volar con las naves emigrantes hacia los oasis de Fayum o del lago de Nianza, hacia la Meca o hacia el Sinaí.

Abul Said, con quien he trabado amistad desde mi visita a las tumbas de los Califas, es un joven árabe de Siria. Ha pasado algunos años en París en calidad de secretario de un gran personaje turco cuya ruina lo

dejó en la miseria. Ahora se gana la vida en un empleillo que le ha dado el gobierno del Cairo. No tiene más ambición que una pasión poco costosa: la historia, el arte y la poesía árabes. Todo lo demás le es indiferente. Así que se pasa las horas enteras leyendo las obras antiguas y copiando los manuscritos de la biblioteca de Derb-el-Gemamiz, situada en la calle de los Sicómoros. Su madre, que se parece mucho a él, es una cristiana mazonita, de la que él ha heredado esa languidez soñadora de los ojos negros y tristes que animan a su rostro delgado y pálido, ligeramente inclinado sobre la parda levita. Es un musulmán apasionado, aunque sin ser fanático. Siente veneración por el Corán y rinde culto a las grandezas pasadas de su raza, mezclando este culto con el sentimiento confuso de su decadencia y de la imposibilidad de luchar contra la civilización europea, cosa rara de los árabes actuales, lo cual da a su rostro esa melancolía particular de las razas decaídas y aferradas fielmente a un pasado perdido para siempre. Él no manifiesta esta tristeza, sino que la disimula con una sonrisa inalterable que le da un cierto encanto e inspira simpatía. Un pueblo cuya lengua ignoramos es lo más secreto para nosotros. Las conversaciones que sostengo con Abul-Caid me producen la impresión de que estoy observando por una lumbreira el alma árabe de las gentes cuya cultura es intermedia entre la gente del pueblo y los letrados. También hablamos de la historia musul-

mana de Egipto. Y me traduce fragmentos de Makrizi y de Abdallatif y, así, me formo una idea de la historia de los Califas y de los sultanes de Egipto que señalaron el esplendor de la civilización árabe.

No existe historia más movida, ni elevaciones más prodigiosas, ni caídas más rápidas. Desde el año 640 al 1517, desde la toma de Alejandría por Amrú, a la del Cairo por Selim I, jefe de los otomanos, se cuentan en Egipto ocho dinastías de califas y sultanes, y ciento veintidós soberanos. El Islam llegó a su mayor esplendor en menos de un siglo, tras asombrosas conquistas. Por una parte, se internó en las antiguas civilizaciones de la India y de la China, y por otra, amenazó a Francia. La media luna ondeó desde los Himalayas hasta el Pirineo. El imperio de los Califas alcanzó la cumbre del poder en unos cuantos siglos y, después, caminó rápidamente hacia la disolución. Epopeya de huracán, sucesión ininterrumpida de guerras, usurpaciones, grandezas y bajezas, de maravillas de arte y de crímenes en que la anarquía devora al poder absoluto continuamente, para volver a darle a la luz en seguida: una tempestad de simún, entrecortada por espejismos y seguida de una calma mortal. Algunos tipos de soberanos se destacan en ella. El primero, Amrú, conquistador del Egipto bizantino, vencedor de Alejandría y fundador de El Cairo, es todo un carácter, como su maestro Omar, violento, pero íntegro, justo y leal, terrible en la guerra

y bienhechor en la paz, imperioso en la fe tanto como en la acción. Todavía camina él en el rayo de entusiasmo que ilumina a los hijos de Mahoma. Doscientos años después sobresale Tulún, el turcomano, por su astucia y habilidad: fue un sultán terrible y protector de los pobres que construyó multitud de acueductos, fortalezas, hospitales y mezquitas. Cuando se sintió morir, ordenó que los rabinos judíos, los sacerdotes cristianos y los imanes se reunieran llevando cada uno sus libros sagrados: los rabinos el Pentateuco; los cristianos el Evangelio; los musulmanes, el Corán, para que subieran todos juntos al Mokattam a rezar a Dios por su alma. ¡Hermoso ejemplo de tolerancia! ¿Pero es preciso que un tirano agonice para hacer sentir la unidad de las religiones a los hombres cultos que adoran un solo Dios? Entre los Fatimitas resalta el enigmático Hakem, quien lleva una vida de asceta y de iluminado, entre orgías y matanzas, haciéndose pasar por la divinidad; funda la secta de los drusos, y desaparece en un hermoso día sin dejar huella de sí en el Mokattam. En el siglo XII es el gran Saladino, el vencedor de los cruzados, quien da lecciones de cortesía a Ricardo Corazón de León, y lega a la historia un hermoso ejemplo de perfecta caballeridad y tolerancia religiosa. Hasta tuvo una mujer que consiguió apoderarse del trono de Egipto y que había sido la esclava-

va favorita del último sultán de los Ayubitas, quien la había denominado Chaggered-Eddor (Árbol de las Perlas) a causa de las riquezas con que adornaba su espléndida belleza y de su corazón insaciable. Sabia y pacientemente preparó ella la caída de su señor y se impuso de tal modo a los emires y a los imanes que logró que la proclamasen soberana, a pesar del anatema que Mahoma lanzó sobre los pueblos gobernados por una mujer. Reinó muchos años con su amante, al que hizo asesinar por celos, y murió destrozada por su rival, siendo su cadáver arrojado a los perros.

Esta Cleopatra turca a la que le faltó su Plutarco, abre el reinado de los Mamelucos. Los sultanes árabes habían formado su guardia pretoriana con esclavos de la juventud escogidos entre los circasianos y los turcos. "¿Por qué llamas a los buitres a los nidos del águila?" había dicho un poeta al sultán Maleck-el-Saleh. ¡Acertada predicción! Los alcaides de palacio destronaron a los tiranos, y las águilas árabes fueron arrojadas de su nido por los buitres del Asia. Entonces empezó el reinado de las pasiones desenfrenadas. Los Mamelucos! se disputaron furiosamente el poder, hasta que Selim I, dueño de Constantinopla, aplastó con su pie de hierro la anarquía egipcia. Sin embargo, no fueron los Mamelucos unos bárbaros, pues asimilaron la civilización

árabe y protegieron las artes y las letras. El Cairo les debe sus mezquitas más bellas, a cuya belleza pintoresca que resume toda la poesía de la época ha hecho justicia el pueblo llamándolas *las tumbas de los califas*. No cabe duda que este es el motivo de que la leyenda árabe haya conservado los nombres de Kalaun, Hassan, Barkuk y Kait-Bey.

### III

#### LA MEZQUITA DEL SULTÁN HASSAN Y LA CIUDADELA DEL GENIO DEL ISLAM

La historia más pintoresca y quizá la más viva de esta ciudad del Egipto musulmán se haría indudablemente con su cuatrocientas mezquitas. No hablaremos sino de las más importantes. La primera que se debería de visitar es la de Amrú, por ser la más antigua. Según Makrizi, debe su origen a un gracioso episodio que nos muestra al general de Omar acogiendo con la característica y noble hospitalidad árabe al ave de Venus. En el momento de levantar el campo para sitiar a Alejandría, vieron los soldados de Amrú que una pareja de palomas había anidado en la punta de la tienda del general y que sus pequeñuelos estaban a punto de nacer. Preguntaron a Amrú si se debía tirar el nido. "No le place a \ Dios, exclamó Amrú, que un musulmán rehuse proteger a cualquier ser viviente, hijo del Altísimo, que se coloque a la sombra de su hospitalidad. ¡Que se respeten esos pájaros que han llegado a ser huéspedes míos y que se deje puesta mi tienda hasta que vuelva de Alejandría!" Una vez tomada Alejandría, mandó Amrú construir El Cairo antiguo en el mismo sitio donde había acampado.

Una mezquita fue su centro, y la nueva ciudad se llamó Fostal, es decir, "la tienda de campaña". El modelo de la mezquita primitiva y clásica se puede ver en el vasto patio cuadrado que parece un claustro en ruinas. Tiene más de doscientas columnas de pórfido y granito; todas ellas traídas de las ruinas de Alejandría y Menfis. Este edificio no es más que un enorme Khan o caravana-serrallo, bajo cuyas arcadas un pueblo entero podría acampar. Hay que imaginarse a Amrú, fundador y conquistador, a caballo sobre un blanco corcel del desierto entrando solemnemente en este lugar, seguido de ochenta ánsares o compañeros del Profeta y descendiendo cerca de la fuente de las abluciones para rezar, y, después, subiendo a una silla de madera, leyendo el Corán, decretando y hablando con el patriarca copto Ben-Ya-men, a! cual concedió asilo en su ciudad, y visitando más tarde El-Azhar, la primera y la mayor de las universidades musulmanas, verdadera metrópoli del Islam a donde afluyen estudiantes de los puntos más apartados del África y del Asia. Alrededor de sus columnas se verían acuclillados sobre esteras estudiantes de todas las edades, recordando y recitando con voz nasal, con una volubilidad increíble y con un singular balanceo de cabeza, capítulos enteros del Corán en treinta y dos idiomas diferentes, correspondientes a las treinta y dos naciones conquistadas por el Islam. No debe olvidarse la mezquita del sultán Kalaún, célebre por el grandioso hospital

que tiene al lado, el que es laberinto de inmensas salas reservadas para los enfermos, los convalecientes, los alienados, cada una con su fuente y arroyo de agua corriente. Este hospital de altas columnas y vastos pórticos, | hermoso como un palacio y noble como un santuario, daría una magnífica idea de cómo concebía el Islam la caridad en el siglo XIII.

Pero hay una mezquita que resume en cierto modo el espíritu de todas las demás y condensa en una imagen arquitectónica todo el genio del Islam, la del sultán Hassan. Cuando se divisa desde lejos su construcción maciza, sombría y cuadrada que domina la ciudad, al extremo de la Avenida de Mahomet-Alí, se diría que es un castillo feudal o alguna prisión monstruosa de la Edad Media; pero pronto su friso, sembrado de numerosos nichos, su cúpula en punta y sus dos minaretes anuncian que es la morada consagrada a Alá. El minarete de la derecha, que es el más alto del Cairo, es una enorme torre octogonal con tres balcones, de estructura sombría y potente. Está coronado por una cupulita como por un turbante, y parece un gigantesco muecín que vela día y noche por la mansión de la oración y por la ciudad. Todo es prodigioso y colosal en esta mezquita. Su única puerta de entrada tiene dieciocho metros de elevación y llega casi al friso de la muralla. No parece sino que el pórtico, asustado porque se aproxima el soberano, se hubiera levantado, transformándose en

nave de catedral, cubriéndose de arabescos y dejando caer como baldaquín las innumerables estalactitas del arco de su bóveda: para dar paso a su majestad del califa, seguido por todo el pueblo de los creyentes. Atravesemos primero el vestíbulo en que Hassan hacía justicia desde lo alto de su diván y, después, un largo corredor. Ya estamos en el patio interior, en el lugar de cita de la oración, en el corazón de la mezquita. No hay nada más sencillo ni más majestuoso. Es un vasto patio cuadrado, con altas murallas al cielo abierto. En cada uno de sus lados, un arco de doble curva da entrada a una sala. La del sudoeste orientada hacia la Meca, tiene veintiún metros de abertura y sirve de santuario. En el fondo está el nicho de las plegarias (el *Mirhab*) construido con mármoles de varios colores. Una inscripción en caracteres cúficos corre junto al púlpito entre alados arabescos. Una lámpara de bronce cincelada y multitud de linternas de vidrio de color, que únicamente se encienden en las grandes fiestas, penden de la bóveda y se ciernen sobre los fieles como genios inmóviles o almas ardientes. Mas, para resumir en conjunto esta impresión de magnificencia y de fuerza en la sobriedad, es preciso volver al patio en cuyo centro se levanta la fuente de las abluciones con sus ocho columnas que soportan una gran cúpula. Esta esfera, cuya base está unida al techado y al coronamiento octogonal de la fuente, mide ocho metros de diámetro. Está pintada de color azul y repre-

senta al mundo. Sobre su pináculo hay una media luna. La hermosa fuente da más majestad al edificio, pues parece que agranda el patio y alucina la vista. ¿No podría, acaso, decirse que el globo terráqueo y su planeta han descendido también para hacer oración aquí?

El patio nos hace comprender el principio y el sentido del santuario. El principio, es la tienda, y el sentido, la plegaria al único Dios que reúne a todos alrededor del jefe, patriarca, profeta, *sheik*, sultán o califa. La tienda móvil es la mansión sagrada del nómada semita, bajo la cual ejerce la hospitalidad y hace justicia. Sirve de punto de partida y de modelo para la mezquita. No cabe duda de que la arquitectura árabe ha tornado sus dos motivos principales, la arcada y la bóveda, del arte bizantino, como los griegos han copiado de los egipcios el orden dórico; pero el árabe los ha transformado en algo completamente nuevo, inspirado por su vida nómada y por su monoteísmo. Ya he dicho que la primera mezquita del Cairo fue construida en el emplazamiento de la tienda de su fundador, Amrú. El modelo primitivo de todas las mezquitas es: una fuente en medio de un gran claustro cuadrangular de arcadas que parecen tiendas abiertas, campo de reposo y de oración, cuyo pórtico sirve de santuario. Más tarde se añadieron los minaretes para llamar a la oración y las cúpulas para cubrir las tumbas de los monarcas y de los santos. Para hacer la cúpula se inspiraron en la tienda,

tienda aumentada e idealizada hasta el firmamento. El arte árabe llega a su apogeo en la mezquita del sultán Hassan, expresa con todo su poder este principio. Este patio figura una tienda de piedra con cuatro compartimientos, abierta por encima. La luz del día cae aquí en oleadas, en fuertes sombras y amplios espacios de luz. Esta disposición revela de súbito la grandeza y la frialdad del Islam, encerrado en su monoteísmo feroz e intransigente.

Lo que impresiona en la nave cristiana o gótica es la penumbra de sus arcadas, que predispone al ánimo a la iniciación de un profundo misterio; es, también, la idea de la Trinidad, indicada por las tres naves y las tres ramas que forma el coro con la nave transversal. En ella, en fin, aparece la divinidad en tres formas diferentes: como Padre, como Virgen-Madre y como Hijo; es decir, como Espíritu puro, como amor infinito en la sustancia plástica y como Dios manifestado en el Hombre-Salvador. Por la historia sabemos los peligros, confusiones, excesos y locuras a que puede conducir esta dilatación trinitaria de la divinidad, que entrega el más profundo arcano de Dios, del Hombre y del Universo a las idolatrías de la multitud, a las blasfemias de los ignorantes, a la interpretación materialista de los devotos de mente obtusa, y a la explotación por parte del clero fanático y dominador. Pero es preciso reconocer que esa concepción triple del Verbo divino, que el Egipto

antiguo formuló hieráticamente. y el cristianismo humanizó y popularizó, contiene también los principios superiores de la ciencia y los rayos soberanos del arte y de la vida para quien sabe comprenderla e interpretarla en sentido universal.

Aquí no hay nada semejante: Dios impenetrable y absoluto como la luz blanca y cruda, sin refracción prismática. El mahometismo carece, pues, de la transición de lo infinito a lo finito, de la traducción de lo divino a lo humano. Y no vayáis a creer que el carácter de las ideas metafísicas no tengan influencia en la vida del hombre y de las naciones. Las pasiones cambian; pero las ideas permanecen. Conscientes e instintivas, reinan en forma de sentimientos sobre los mismos que las han olvidado y que las combaten. Gobiernan la historia del mundo con el rigor de infalibles destinos, invisibles aunque presentes. El hecho es sensible en el dominio puramente filosófico; mas cuando se trata de ideas religiosas, sus consecuencias son incalculables, tanto en lo moral como en el arte. Toda la organización social depende de ellas.

Una vez dicho esto, hagamos justicia a Mahoma y a su obra. El ha arrancado de la idolatría al árabe, al beduino y a todos los vagabundos del desierto. Él les ha dado una religión y un código adaptados a su género de vida y a la sencillez de su inteligencia. Mientras existan semitas nómadas, habrá musulmanes. El

Profeta ha despertado en ellos el sentido de la plegaria dirigida a Dios supremo, al que llamó ante todo "el Misericordioso", y les inculcó con energía la fe en la vida futura. Desarrolló el espíritu familiar, y dignificó a la mujer todo lo que puede permitirlo la poligamia. Él santificó el hogar con el respeto a la madre y el amor a los hijos, como lo demuestran estas palabras exquisitas: "El hijo obtiene el paraíso a los pies de su madre". Si bien la idea de la justicia social no aparece en él sino bajo la forma mitológica del juicio final, las del amor universal y de la solidaridad humana no le fueron extrañas, como lo demuestra este párrafo del Corán: "Y llegará el día del Juicio cuando un alma no pueda hacer nada por otra; en aquel día todo se reintegrará a Dios". Hace mucho tiempo que el Occidente ha hecho justicia a la elevación, nobleza y bondad innatas de Mahoma. Lo que quizá no se ha reconocido todavía lo bastante es el fervor y la sinceridad de su fe. Al principio de su misión, todo tiene carácter de una inspiración real de un impulso salido de las profundidades de su alma, conmovida por una causa misteriosa. Nada hace presentir un reformador religioso en el humilde comerciante, esposo de Kadija. Únicamente se le había denominado *Emin*, el leal, el fiel, debido a su carácter digno de confianza. Su misión comienza con la de Juana de Arco, revelándose por visiones y palabras. Durante mucho tiempo se resiste a seguirla: pero una noche cuando esta-

ba sumido en profundo sueño, vio que un ángel le envolvía en un tela de seda cubierta de caracteres escritos y le apretaba hasta sofocarle Al mismo tiempo una voz le decía: Lee, en nombre de Dios'. Mahoma no sabe leer, mas repite las palabras del ángel: "La generosidad de *tu* Señor es limitada. El es quien ha creado el Verbo" y estas palabras quedan grabadas en su corazón. Al despertarse, siente miedo: y huye a la montaña; después, vuelve a la gruta para juntarse con Kadija, la cual le da ánimos. Se envuelve en su manto, para no ver ni oír; pero, entonces, le dice la voz estas palabras sublimes: "Oh, tú, que envuelto estás en tu manto, permanece rezando toda la noche; repite el nombre de tu Señor, y entrégate a El con entera abnegación, a El que es Dios, el Señor del Levante y del Poniente. No hay más Dios que El; tómalo por dueño tuyo" (1). Y a partir de ese momento cree, obra y no se detiene va. Su fe es absoluta: su valor, indomable, aunque en contradicción con su tierna naturaleza y su carácter vacilante y nada belicoso. Convierte a sus parientes; soporta burlas y persecuciones, y se atrae partidarios. Crea un **ejército; toma la Meca;** quema los ídolos de la Caaba, en la que establece el culto de Alá, y muere pobre, después de haber fundado una religión que debía reinar

(1) Corán, Cap. LXXIII. Traducción de Kasimirsky. Véase también el hermoso libro de Caussin de Perceval sobre Mahoma y los orígenes del Islamismo: *Ensayo sobre la historia de los árabes*.

sobre gran parte de Asia y África. Si se quiere llegar hasta la causa primera de los grandes acontecimientos de la Historia de la humanidad, su origen se encontrará en la fuerza fulminante de esas primeras impresiones místicas que escapan a las leyes conocidas del encadenamiento histórico por mucha importancia que dé la Historia a las causas secundarias que han cooperado en su producción.

Todas las religiones no son en esencia más que ramas de un mismo tronco, pues todas ellas proceden y surgen de la misma necesidad fundamental del individuo y de la sociedad. Cada una de ellas es, históricamente, un órgano de la humanidad, un modo que tiene su alma colectiva de comunicarse con la verdad eterna. Una vez creada, viene a ser un sello impreso sobre las generaciones, una fuerza que modifica y transforma a las razas, un molde en que vienen a formarse millones de almas a través de los siglos. Considerado de esta manera, el Islam es todavía hoy una gran fuerza, que Europa haría mal en despreciar. En las peregrinaciones a la Meca se reúnen anualmente más de cien mil peregrinos que representan a setenta millones de mahometanos. Después de soportar increíbles fatigas para atravesar los desiertos de Asia y África, las caravanas celebran sus grandes reuniones en el monte Arafat, intercambian consignas y se fortalecen en el sentimiento de su unidad. Nadie puede dudar de que esta fuerza puede

llegar a ser temible en un momento dado. El Islam es un factor capital del porvenir de Egipto; factor que no se debe dejar de tener en cuenta. En efecto, si la Meca ! es la Jerusalén del Islam, El Cairo es su Roma por sus recuerdos históricos y su universidad del Azhar. Su influencia religiosa se extiende sobre los dos continentes, y todo hace presumir que esta ciudad llegará a ser la capital intelectual de la nueva África. Por esta razón, sin duda, será dirigido el Egipto por un consejo europeo, en que las potencias interesadas estén representadas proporcionalmente, aunque conservará un gobierno autóctono. Europa parece que va a atravesar a África por todos lados. Podrá reinar en ella por medio de la pólvora y de los ferrocarriles; pero que sepa que en su alma no reina más que el Islam. Mientras no encontremos el camino de la conciencia musulmana, existirá una barrera infranqueable entre nosotros y la raza de Ismael. No faltan en el Islam puntos de contacto con la tradición judaica y cristiana. Mahoma pretendió únicamente restaurar la religión de Abraham; y decía siempre que Jesús era un gran Profeta. En un comentario del Corán se llama *la voz* de Dios a Mouza (Moisés); *el espíritu* de Dios, a Isa (Jesús) y el *intercesor*, a Mahoma. Verdad es que el Islam se ha mostrado hasta ahora refractario e impenetrable al espíritu de Occidente.

Mas, ¿ha comprendido Occidente suficientemente la razón de ser, la utilidad y la grandeza del Islam? Si

los europeos tratasen de tener una comprensión más profunda, una mayor simpatía, una justicia amorosa y abnegada en sus relaciones con los musulmanes, quizá se abriese el corazón del Islam. No olvidemos, entre tanto, que el árabe inmutable ha sido siempre el patriarca y el elegante y generoso caballero del desierto. Recordemos que, si todos los hombres son hermanos, también todas las grandes religiones son hermanas.

Acabo de ver rezar a un árabe ante el *Mirhab*. Ha pronunciado primero en alta voz unas sílabas guturales, permaneciendo en pie con las dos manos levantadas a la altura de la frente y las palmas vueltas hacia las mejillas. Después ha tocado con su rostro la tierra, y se ha levantado, quedando de rodillas largo tiempo como abismado en su contemplación. ¡Adoración, humildad y resignación! Grandes y sencillos como todo el Islam son estos tres gestos de la plegaria musulmana, instituida por el profeta, que señalan el paso del sol con sus invocaciones al Todopoderoso en dos continentes. Pero la sombra invade el patio de la mezquita y el azul oscuro del cielo se hace más intenso. Es hora de ganar la ciudadela para ver El Cairo a la luz del atardecer.

La ciudadela, construida por Saladino sobre el último contrafuerte de la cadena arábiga y hoy día coronada por la mezquita de Mahomet-Alí, domina a la ciudad. Tanto desde el Nilo como desde el desierto se la ve igualmente. Apoyada contra la desnuda montaña de Mokatam, tiene

aspecto de mando y de majestad oriental. Subamos por el camino y entremos a la fortaleza; demos la vuelta a la mezquita y coloquémonos en su ángulo Oeste, al fin de la explanada. Ved ahí a la reina de las ciudades árabes, el Kahireh, La Victoriosa, yaciendo a nuestros pies con una sultana, entre el desierto y las orillas verdes del Nilo. Al principio, en la plaza de Rumeliah, se yergue la soberbia fachada de la mezquita del sultán Hassan, curtida por el sol como el rostro de un beduino. Allá lejos, la de Tulún eleva su gran minarete primitivo, rodeado de una gran escalera de caracol. Después, viene la populosa ciudad árabe que, con sus cuatrocientas mil almas, se extiende inundada de luz hasta perderse de vista. De ella emergen frondas verdes de palmeras y numerosos minaretes. Más lejos aún, los barrios europeos de Ismailía y de Ezbekiéh bañan sus blancas villas de verdes brillantes hasta el puerto de Bulac y los jardines frondosos de la Chubra. Después viene la zona verde y cultivada del Nilo, que se extiende en una anchura de más de dos leguas a lo largo del río, el cual se desliza apaciblemente entre los trigales nacientes regados por sus aguas. Y, por fin, la línea rojiza del desierto cierra el horizonte. Las tres pirámides de Gizeh, Abusir y Sakarah se dibujan en negro sobre el Poniente encendido y se pierden en las arenas como mojones del Infinito.

La belleza de este espectáculo encantador se anima

y aviva con lo que dice al espíritu y con los recuerdos que evoca, pues esta fiesta de colores es, también, una lección de historia. Las cuatro zonas tan claramente separadas que ante nosotros se presentan corresponden a las cuatro capas humanas que se han superpuesto a través de los siglos en la tierra de Mizraim. La gris ciudad musulmana de la primera capa nos representa la conquista árabe y la toma de posesión del antiguo pueblo egipcio, verificada por el Islam hace doce siglos. La blancura difusa del barrio europeo es la marca del Occidente, que vino a comunicar a este país hace cien años el impulso civilizador del pueblo francés dirigido por un jefe corso. La zona verde cultivada del Nilo nos muestra la asombrosa raza de los *fellahes*, inmutable desde hace millares de años, pobre y miserable, pero laboriosa, fecunda y vivaz como el limo de que se nutre; raza que absorbe a la larga, asimilándose los, a los conquistadores que la azotan. En fin, con las pirámides, cuya silueta se dibuja en el rojo desierto, se nos aparece el Egipto de los faraones. Más inmutables aún que el Nilo, impassible, abstraído e indiferente a la historia que a sus pies se desliza, es testimonio entre las razas y las religiones que pasan de la fuerza de los Principios absolutos y del misterio de la Eternidad.

Pero la voz del muecín, triste y aguda, desciende del minarete, cadenciosa, desgranándose en notas ligeras como si el día se quejara, fatigado. Y de mezquita en mez-

quita, de minarete en minarete, otras voces semejantes y casi imperceptibles le responden, esparciéndose en la inmensidad de la clara atmósfera: *¡La ilaha ill Allah!* En este momento, miles de musulmanes se prosternan para rezar fervientemente. He levantado la vista instintivamente hacia la punta del minarete afilado como una lanza donde el muecín, oculto tras la balaustrada, da la vuelta al balcón, y lanza su llamada a los cuatro puntos cardinales. ¡Qué deslumbramiento de luz y color cuando la vista se lanza al Infinito! La mezquita, enteramente recubierta de alabastro, ha tomado un tinte amarillo brillante. El azul al que este tono comunica su vibración, es tan intenso que parece añil oscuro. La blancura latente de la luz perla, el azul profundo cual pelusilla nacarada de pétalos irisados.

¡Este es el adiós de la luz! El Sol ha llegado al horizonte, y el desierto se englute ya la mitad de su globo rojo. Ahora todo se empurpura, todo arde, todo vibra. Las cúpulas y los minaretes, saturados de rayos de luz, aparecen transparentes y relucen como copas llenas de vino ardiente. Amón-Rá envuelve con su mirada las tres regiones; lanza su polvareda de oro sobre la ciudad ensombrecida, sobre el blanco verde del Nilo y el rojo desierto; les baña con sus rayos anaranjados; da a cada cosa, a cada tonalidad su mayor valor; al gris, al verde oscuro y al rojo, les da su último grado de fuerza; pero al mismo tiempo los funde y suaviza

en mil matices diferentes, en una síntesis luminosa, como si no hubiera ni luchas, ni contradicciones, ni desgarramientos entre los mundos diversos, y como si una armonía suprema uniese entre sí a rocas y a flores, faunas y razas emanadas de su hogar incandescente.

# **EL EGIPTO ANTIGUO**

## **DE MENFIS A TEBAS**

### **I**

#### **El Arca de la Ciencia y de la Religión**

Por moderna que sea nuestra alma tiene dos patrias intelectuales: Judea y Grecia. A la primera le debemos nuestra conciencia religiosa y moral; a la segunda, nuestra concepción del arte, de la ciencia y de la filosofía. Pero el espíritu humano no se detiene en su conquista del espacio y del tiempo, y, a medida que avanza, su horizonte crece tanto hacia adelante como hacia atrás. Hace ya cien años que Occidente ha visto asomarse a dos colosos detrás de la Acrópolis y de la montaña de Sión, dos monstruos que han ido creciendo rápidamente. Primero fue la pagoda hindú. Se la vió surgir lentamente de su inextricable bosque virgen de poesía, con sus monstruos y sus dioses múltiples, sus laberintos y sus criptas, sus ascetas violentos, sus danzarinas sagradas y sus brahmanes sutiles y profundos; es un templo gigantesco donde hierve la vida, coronada con un

Buda inmóvil, que con las manos juntas y los ojos cerrados en poderosa meditación sumerge su alma en el Nirvana. Después, fue la vuelta de la pirámide egipcia, que apareció lentamente en el desierto con su desnudez geométrica, y, sentada junto a ella, la Esfinge inmemorial, enigma de las ciudades prehistóricas.

Estas dos antiguas civilizaciones no interesaron al principio más que a los eruditos y a los curiosos; pero parece que desde hace unos veinte años empiezan a influir en la imaginación del público estudioso, en los sueños de los poetas y en los pensamientos de los filósofos, atrayéndonos invenciblemente como fuentes nuevas de emoción y de sabiduría, de poesía y de misterio. El que hoy medita sobre el origen de la ciencia, de la religión y del arte, no se detiene ya en Atenas o en Jerusalén, sino que se dirige a la India o a Egipto. ¿A qué se debe que la más accesible de estas dos civilizaciones, cuyos monumentos están mejor conservados, y cuya cronología y costumbres se han reconstruido casi íntegramente sea para nosotros más desconocida que la otra, cuya literatura es un caos de metafísica y de mitología? ¿Por qué el genio de Egipto es para nosotros como letra muerta y tumba cerrada a pesar de haber abierto tantos sarcófagos?

Si consultamos sobre el punto al escritor que mejor represente la superficie ondulante del espíritu contemporáneo, al historiador, crítico y pensador que ha ejercido

la más sutil influencia en las últimas generaciones, su respuesta será tan clara como característica. Según Ernesto Renán la raza egipcia ha carecido no solamente del don poético y creador, patrimonio de las razas indo-europeas, sino también del sentido metafísico y religioso. "Egipto —dice Renán— es una China que nació ya madura y decrépita. Sus monumentos y su historia han tenido siempre ese tinte infantil y viejo... fue una tierra de conciencia clara y rápida, pero limitada y estacionaria". Es decir, para Renán no ha tenido el pueblo egipcio el instinto de lo bello ni el de la ciencia, y ha carecido de ideal... "Es una raza uniforme, un pueblo conservador y obtuso, guardián ininteligente de letras muertas (1). Quizá les parezca este juicio excesivamente severo a primera vista a los que han experimentado una fuerte impresión ante la esfinge de Gizeh, el templo de Karnak o los bajorrelieves de Abydos. Parecerá injusto y superficial si se estudian más profundamente los monumentos egipcios de la literatura y de la religión. Leed los himnos al Nilo o al Sol de Amón-Rá. Es cierto que carecen de la gracia viviente, del encanto exquisito y apasionado de la literatura y de la poesía griegas; pero resuenan todavía con la solemnidad y la majestad hierática de un canto religioso que surge del fondo de un santuario. Tratad, después de levantar un primer velo

(1) *L'Egypte anc'. enne* en las *Mélanges d'histoire et de voyage*.

del *Libro de los Muertos* y os asombraréis de la concepción penetrante y profunda del alma, expuesta allí. Considerad también la doctrina secreta de los sacerdotes de Tebas con su monoteísmo trinitario; mirad la ilustración magnífica que de ella os dan los templos de Denderah y de Edfu por medio de la arquitectura y de sus cielos rasos pintados, y os convenceréis de que Egipto ha producido una teogonía, una cosmogonía y una psicología originales. Y, al comprender por fin la unidad de concepción que une estos tres dominios, afirmaréis sin temor, que Egipto tuvo una ciencia de los principios, una idea profunda del universo y del hombre, de que el mito de Osiris y de Isis nos ofrece la expresión poética, la culminación y la flor.

Y si, después de haber hecho la síntesis del panteón egipcio, descubrimos el significado eterno y universal de los grandes símbolos que legó al mundo, veremos claramente cuán precipitada fue la condenación lanzada por el autor de los *Orígenes del cristianismo*. Aunque Renán era idealista en arte, fue naturalista y positivista en filosofía, en la que representa el espíritu verdadero de la segunda mitad del siglo XIX. No está para él la verdad en los principios inmutables de un pensamiento divino, que la conciencia humana refleja más o menos imperfectamente, sino que consiste en el eterno devenir y en el progreso indefinido de la investigación histórica. En efecto, si el Absoluto es la quimera de lo Incognos-

cible, no puede existir verdad más que en lo relativo. "El alma es la resultante de las fuerzas del cuerpo" (1) y se disuelve con ellas. En cuanto a Dios, "si no es todavía, será quizá algún día", si no desaparece al día siguiente en el primer accidente cósmico (2). Por eso la ciencia y la religión, la razón y la conciencia, se asentaron en el espíritu de Renán y de su escuela como dos categorías necesarias del espíritu humano, pero también como dos adversarios irreconciliables, eterna antinomia cuya solución es únicamente el vacío abstracto o la burda superstición.

Lo que niega la escuela positivista a Egipto, es, precisamente, lo que él tiene de bello y de grande; es decir, la idea de lo Eterno y el sentimiento de lo Inmutable que se expresa en toda su civilización, lo cual nos explica de una vez la incomprensión y el desprecio de esta escuela por la tierra de Hermes. Si la India se anegó en el sueño de lo Infinito, Egipto se amuralló en la idea de lo Absoluto; papel el más ingrato y austero de todos y, también, el más importante. Egipto, petrificado en sus instituciones teocráticas, incapaz por sí de evolución progresiva, ha sido nada menos que el instructor de las dos grandes civilizaciones que han moldeado la civilización occidental. En la enseñanza secreta de su

(1) Artículo sobre Coussiri. *Eisais de morale et de critique.*

(2) *Dialogues philosophiques. Avenir de la Science,*  
poderoso sacerdocio es donde han encontrado los ini-

ciadores de Judea y de Grecia la lámpara de los principios, cuyas llamas, avivadas por su inspiración personal y esparcidas con antorchas encendidas por medio de razas más jóvenes, debían inundar de luz al mundo. La idea monoteísta y la ley moral de los profetas de Israel, clave de la bóveda del edificio de Moisés, se enseñaban desde hacía siglos en los santuarios de Amón-Rá. Las ideas dominantes de la cosmogonía griega están contenidas en la de los egipcios. La doctrina sobre el alma y la vida ulterior y su concepción de las relaciones entre el hombre y la divinidad se derivan de los misterios de Isis y de Osiris.

Egipto es, pues, históricamente, el santuario de los principios, que atesora el arca de las Ideas Madres y de los Símbolos Generadores. Saludémosle como el antepasado venerable del monoteísmo judaico y del politeísmo griego. Las dos corrientes del conocimiento que se deslizan separadas en estas dos civilizaciones, pero que, por medio de un inmenso circuito, tienden a unirse hoy, a saber: por una parte, la religión monoteísta, y la conciencia moral, por otra parte, y la ciencia racional y el Arte aparecen indisolublemente unidas en Egipto, es decir, en su fuente, formando una catarata que cae de una altura única, como el Nilo desde el seno de la diosa Neit.

Este alto ejemplo de la unidad primitiva de la ciencia

y de la religión, adquiere un interés palpitante y actual cuando el hombre estudioso se da cuenta de las diversas corrientes que agitan desde hace diez años al pensamiento contemporáneo. La lucha entre los dos principios es ahora más ardiente que nunca. Hubo un tiempo en que la religión oprimía a la ciencia en nombre de la autoridad y de la religión; hoy, la ciencia victoriosa está a punto de oprimir al alma y al espíritu en nombre del instinto y de la materia. Pero la reacción irresistible ha comenzado ya. Nosotros hemos oído a la juventud atacar las conclusiones desoladoras de la ciencia materialista; unos lo han hecho en nombre de la libertad de soñar, de la inextinguible sed de poesía y de ideal que constituyen la fibra del alma humana; otros, *en* nombre de la intuición, única que percibe las verdades superiores. Todos tenían derecho, todos anunciaban la revancha de Psiquis. Hemos visto a los Tolstoi y a los Ibsen combatir las consecuencias sociales de nuestra cultura puramente científica. Y hemos visto que el arte triunfante de Ricardo Wagner levantaba su edificio con los encantos de la música sobre los cimientos de un idealismo transcendente, diametralmente opuesto a las conclusiones de la ciencia actual. Hoy el misticismo es un río que rebasa el cauce y se desliza entre nosotros con sus olas desordenadas y tempestuosas; es un movimiento legítimo, necesario y de inmenso alcance. Se equivocaría, sin embargo, si creyese que podría derribar

la ciudadela de la ciencia. No puede nada contra su base; pero puede mucho contra su método y su objeto, y le obligará a elevar su observatorio cada vez más alto. La ciencia es indestructible en su principio; pero es necesario que lo sea completamente. Agreguemos a la ciencia de la materia la del alma y del espíritu, pues estas dos últimas están todavía en pañales entre nosotros. O la verdad es una, o no lo es. Si la ciencia y la religión, si la naturaleza y la moral, si el universo y el hombre son dos términos irreductibles y sin principio superior, ambos son falsedad, quimera y nadería. La ciencia, considerada aisladamente, es un verbo inanimado que aísla y dispersa; pero la Sabiduría, que es la ciencia del Amor aplicada al alma y a la humanidad, une y concentra: es el Verbo viviente. Hagamos justicia a la ciencia moderna, hija de Bacon y de Descartes, por haberse establecido sobre la roca de la experiencia y la razón; así ha podido medir los pies de la gran Isis; mas todavía le falta remontarse hasta el corazón y la cabeza de la Diosa.

Con estas conjeturas y gracias a esta nueva orientación del espíritu contemporáneo, toma Egipto una importancia insospechada ante nuestros ojos. Colocada como un radioso faro entre Asia y Europa, entre Oriente y Occidente, ilumina los más lejanos caminos. La doctrina de los templos de Osiris, de Isis y de Amón-Rá nos parece sobre todo un gran símbolo. un ejemplo profético

de la unidad primordial y final de la Ciencia y la Religión.

¿Por qué estos pensamientos madres vuelven a mí hoy y por qué me veo forzado a escribirlos casi a pesar mío, cuando me gustaría más volar con la libertad de las imágenes y los ensueños? Ellos me han obsesionado durante mi viaje sobre el Nilo, ante los monumentos de la tierra de los Faraones. Después de mi vuelta, las lecturas de los admirables trabajos de nuestros sabios han confirmado una vez más mis ideas. Como no soy egiptólogo, no podría tener la pretensión de aportar pruebas completas y definitivas en su apoyo. En estas páginas se verá cómo pueden nacer intuitivamente de las impresiones vivientes de un viajero.

¡Qué al menos puedan estos recuerdos comunicar a algunos de mis lectores un rayo de la fuerza y la serenidad que emanan todavía de los templos augustos de esta tierra luminosa!

## II

### LOS SÍMBOLOS PRIMORDIALES; LA PIRÁMIDE, LA ESFINGE Y EL SOL ALADO

Las tradiciones antiguas y modernas han convertido instintivamente a la Pirámide y a la Esfinge en los símbolos de Egipto. Ellas son su portavoz en la confusa mezcla de las religiones. Hoy, que hace cerca de dos mil años de la desaparición de esta civilización, siguen estos monumentos representándola y resumiéndola como signos misteriosos y verdaderos de una ideografía universal. Estos símbolos constituyen, verdaderamente, el punto de partida y la síntesis primitiva de la religión egipcia. Agregando a ellos un tercer emblema, el disco alado del sol, habremos juntado en un haz las claves del Egipto sagrado; y, como para probarnos mejor que son signos esenciales y muy antiguos, se nos presenta su trinidad grandiosa, agrupada, tallada con rasgos gigantescos en el umbral del desierto, sobre la llanura rocosa de Gizeh, en el mismo lugar en que se han encontrado las inscripciones más antiguas del antiguo imperio y de las primeras dinastías.

Las viejas pirámides de la cadena líbica que señalan

necrópolis de Zauyet-el-Aryán, de Sakara, de Abusir y de Daschur se elevan todavía sobre el paisaje, asombrando al viajero. Desde la polvorienta cuesta del Mokatom, igual que desde los barrios populosos de la ciudad, que desde la punta de la isla de Raudah y desde la *dahabieh* que remonta el río, se ven sus formas triangulares e inmóviles, cual centinelas de piedra que muestran el camino del alto Egipto; unas veces rojas; otras verdes; otras negras, según la hora del día. Desde el puerto del Cairo antiguo parecen las de Gizeh tres tiendas tendidas una tras de otra. —Después de cruzar el magnífico puente de hierro de Kasr-el-Nil y las soberbias avenidas de sicómoros de Gezireh, se atraviesa el otro brazo del río y se entra en la gran calzada plantada de acacias que conduce a la pirámide de Keops. Ésta 'empieza a crecer, ocultando casi a sus hermanas rivales tras de sí. Los puestos de naranjas y cañas de azúcar que ponen los *fellahs* a los bordes de la gran calzada han desaparecido, y a ambos lados no se ve más que la inmensa llanura verde, tierra fértil de aluvión tan vasta y uniforme, que ríos, canales, pueblos y jardines se confunden con ella. Pero ante nosotros se yergue entre el follaje de los frondosos árboles el colosal mausoleo. El verdor desaparece bruscamente, y la pirámide se levanta sola, libre e impotente hacia el cielo brumoso sobre la desnuda meseta que un camino de blanca arena atraviesa.

Al detenerse el carruaje, se lanzan sobre él unos treinta beduinos como nubes de milanos, y lo rodean vociferando en todas las lenguas. Uno ofrece su asno; otro su camello y sus antigüedades. Unos suben al estribo del coche; otros os cogen por el brazo, y todos quieren apoderarse de vosotros, pues habéis puesto el pie en sus dominios y les pertenecéis de buen o mal grado. Esta tribu gobernada por un *sheik*, explota las pirámides desde los tiempos antiguos con ese derecho inmemorial que convierte a los nómadas en los reyes del desierto y les otorga la propiedad de todo lo que encierra. No puedo menos que sentir una secreta simpatía por estos hijos del desierto que vagan por él eternamente, sin hogar ni lecho. ¿ No son acaso los antiguos hermanos de los celtas? Al ser asaltados por ellos, me siento arrastrado por esa gran ola de raza blanca que inundó el norte de África v que se ha conservado casi intacta, a pesar de sus frecuentes mezclas con la sanare negra. Los que en este momento guardan la pirámides proceden de Túnez, de Trípoli o de los oasis libios. Todos van lindamente vestidos con su camisa blanca y su pintoresco chal negro que les cubre la cabeza: v son delgados y ágiles como panteras. Entre ellos se encuentra el tipo ario más puro, de arqueadas cejas y ojos claros v atrevidos: pero también se ven toda clase de mestizos, procedentes de cruza con las tribus abisinias, nubias y negras. Este conjunto de rostros es como una paleta

de colores, desde el blanco cetrino, pasando por un moreno verdoso, hasta el negro como la tinta. Algunos tienen hocicos de chacal o de perro. Son la horda flotante del desierto libio, que hoy se dedican al pillaje y mañana se convierten en buenos muchachos sonrientes y espirituales.

La banda vocinglera os sigue por el camino que conduce a la pirámide. Dos beduinitos me acompañan obstinadamente. Uno de ellos me ofrece una figurilla de Osiris esculpida en basalto negro, y el otro una Isis oxidada toda azul. Y los dos amuletos me recuerdan las dos frases que se murmuraban en el umbral de las iniciaciones egipcias: "Ten cuidado. Osiris es un dios negro. ¡Que Isis, la buena diosa, te proteja!" Pero no me queda tiempo para pensar en el significado de estas oscuras palabras, pues ya hemos llegado al borde de la montaña de piedra tallada, a la gigantesca escalera real que, labrada y destrozada por el viento, emerge de las ondas arenosas del desierto. Tres beduinos os cogen por el cuerpo y os izan como si fuerais un fardo por las escaleras que tienen cerca de un metro de altura, que se suben ahogado y arrastrado aunque no se quiera. Desde la pequeña plataforma de la cima contemplamos sintiendo casi vértigo las gradas de la pirámide de la que podría ser San Pedro de Roma la campana, y cuyos bloques darían la vuelta a Francia si se pusieran en línea.

El panorama es único en su género. Tendiendo la vista hasta el límite del desierto, se abarcan dos regiones que chocan entre sí, formando violento contraste. Por un lado, el valle del Nilo extiende el tapiz esmeralda de sus sabrosas verduras, cruzado de argentados canales, y sembrado de pueblos que parecen nidos de pájaros entre el frondaje de las palmas. La ciudad de El Cairo, duerme en el horizonte como una reina perezosa, apoyada en el Mokatam, teniendo por corona la ciudadela, y por penacho, la mezquita de Mahomet-Alí. El Nilo, padre y rey de la comarca que riega, se desliza majestuosamente a sus plantas. Contemplándolo se comprende porqué los sacerdotes egipcios hicieron de él un dios, un símbolo de la idea misma de la vida. "Salve, oh Nilo, exclaman, —que te manifiestas en esta tierra y que vienes en paz a dar la vida a Egipto: — Dios oculto que llevas las tinieblas del día a donde te place, regador de los vergeles que el sol creó— tú abrevas la tierra en todo lugar — ¡Oh camino que desde el cielo descendes, si decreces en el cielo, los dioses caen desfallecidos y los hombres perecen... " Pero volvámonos hacia el Oeste. Después de este cuadro de vida riente ¡qué amarilla, desnuda y salvaje imagen de la muerte! Las colinas de arena se extienden hasta el horizonte como olas torturadas y rotas, amarillas, lívidas, grises y moradas.

El Océano del desierto es más terrible que el otro, porque es inmóvil. Ni una brizna de hierba, ni un

arbusto. Hasta perderse de vista pirámides, tumbas y osamentas que blanquean. El escalofrío del tiempo destructor nos conmueve. Pero al escalofrío sigue un sentimiento de orgullo, pues el hombre ha sabido dar un carácter de eternidad a estos monumentos funerarios, que desafían el tiempo y hasta a la muerte. Todos han excavado en estos mausoleos magníficos: cristianos, bárbaros, mamelucos, árabes, beduinos y arqueólogos; pero no han hecho más que arañar la tierra; la masa, la forma, el pensamiento, están intactos. Se ha dicho que "el tiempo se burla de las cosas y las pirámides se burlan del tiempo".

El ascenso y el descenso de la pirámide bastan para aniquilar al viajero, aunque constituye la mitad menos dura de la prueba, pues se trata ahora de penetrar en los costados del monstruo hasta llegar a la tumba de Keops. Ya se sabe con qué arte atrincheró y ocultó el faraón su última morada. No sólo estaba disimulada la entrada de la tumba en la superficie uniforme del revestimiento de granito, sino que, además, había un corredor destinado a descaminar a los profanadores futuros, pues acababa en una falsa cámara y en un callejón sin salida. El verdadero corredor conducente al centro del edificio y al sarcófago del rey había sido tapiado con un bloque de granito, encajado en la bóveda del corredor descendente. Para descubrir el primero, el coronel Wyse tuvo que abrirse un camino vertical

a través de la obra. Así penetró en la gran galería ascendente; pero aun encontró interceptada la cámara real por una plancha de metal y cuatro hileras de granito que impedían la entrada en el vestíbulo. Así fue descubierta la alta cámara funeraria del faraón Khufú, perteneciente a la IV dinastía, quien vivió 4. 000 años antes de nuestra era. En su sarcófago vacío sólo se encontró un puñado de tierra. Hoy esta exploración es más fácil; pero el esfuerzo que exige es siempre penoso. Un agujero negro se abre en el escalón diez y ocho de la gigantesca escalera, a cuarenta y cinco metros sobre el suelo. Está protegida por un frontis, formado por dos enormes pedruscos en ángulo obtuso. Como el corredor no tiene más que un metro de altura, sólo se puede entrar en él agachándose. Tales son las horcas caudinas de esta tumba real. En el declive pérfido de las losas brillantes apenas hay algunos cortes. El viajero resbala, cae, avanza arrastrándose y rueda por una especie de pozo tenebroso, en que no entra la luz del día, mal iluminado por pobres antorchas vacilantes. Muchos viajeros se acobardan al llegar a este punto y se vuelven jadeantes y con la cabeza congestionada hacia la salida en busca de la luz liberadora. Pero quien quiera llegar al corazón de la pirámide debe reunir todas sus fuerzas. Para alcanzar el corredor ascendente hay que subir arrastrándose por una especie de espiral. Así avanza el viajero y comienza a arrastrarse como un gusano

con su antorcha en las tinieblas. El calor oprimente que nos seca la garganta, aumenta a cada paso, sofocándonos. Parece que la obra entera de la pirámide pesa sobre nuestro pecho, aplastándonos. De repente, el corredor se hace más alto. Un hilo de aluminio encendido ilumina una galería majestuosa de ocho metros de altura, cuyas últimas hileras de piedra avanzan en cornisa. Se respira. Si hubiera escaleras talladas en la pendiente resbaladiza, creeríamos estar en un templo magnífico. Pero no hay más que ligeras hendiduras de metro en metro, y avanzamos difícilmente por el fantástico corredor por el que caeríamos con frecuencia si no nos sostuvieran los beduinos que trepan como gatos. Las piedras están ajustadas sin cemento de modo tan maravilloso que no se puede pasar una aguja entre ellas, y todas las superficies relucen como cristales. Por fin, el camino se aplana, atravesamos un vestíbulo y penetramos en el sepulcro real, de diez metros de largo y cinco de ancho y de alto. Está enteramente desnudo. No hay ni una figura, ni una inscripción en los muros. Un sarcófago vacío y mutilado, sin tapadera. ¡La muerte sin epitafio! Este refugio contra la destrucción viene a ser así el símbolo más elocuente de la nada de toda materia y de toda cosa visible. Dos tragaluces oblicuos abiertos en el interior de la pirámide ventilan la cámara funeraria. Uno de ellos está exactamente orientado hacia la estrella polar.

¡Descenso por entre negruras y ascensión que termina en

una tumba vacía! ¡Qué condensada imagen de la vida humana, de ese lanzarse al corazón del misterio, que parece acabar en la tumba, en la cámara de la nada! Este monstruoso mausoleo, considerado merecidamente por los griegos como una de las maravillas del mundo, presupone una ciencia arquitectónica de primer orden. Dice Fergusson que: "No es posible examinar sin sentir asombro el interior de la pirámide, ni sin que cause estupefacción la admirable habilidad mecánica desplegada en su construcción. Los inmensos bloques de granito han sido transportados desde Asuán, es decir desde una distancia de ochocientos kilómetros; han sido pulidos como el vidrio y colocados de tal manera que apenas se ven sus intersticios. Nada hay más maravilloso que la cámara real, la alineación de las galerías en pendiente, la disposición acertada de los corredores del vestíbulo y la unión de todas las piezas del edificio, hecha con tal precisión que, a pesar del inmenso peso del conjunto, ninguna piedra ha cedido una pulgada. Desde aquellos tiempos no se ha construido nada más perfecto desde el punto de vista mecánico".

Esto en cuanto al poder arquitectónico; mas toda forma arquitectónica expresa un pensamiento. Los egipcios son los primeros y más grandes simbolistas del mundo. Nunca tallaron una piedra sin asociarla con una idea. A primera vista este monumento, que resume su ciencia

y su religión, es un enigma; sin embargo, su forma despierta en seguida la idea de lo Inmutable y de lo Eterno en su formidable abstracción. No es la imagen del Dios vivo, sino la figura geométrica de la Ley, el pentaedro de lo Absoluto.

El triángulo superpuesto al cuadrado y terminado en punta es, en la tradición oculta, el signo trinitario de la vida superpuesta al cuaternario del universo y de sus cuatro elementos. En las cuatro caras de la pirámide se resuelve el triángulo en la unidad divina de que emana. La imagen del Absoluto sólo puede ser geométrica. Y he aquí quizá una de las misteriosas razones de que este gnomon de la Idea pura, digno de inspirar a un Moisés en la formación del nombre divino, obre todavía sobre nosotros con la magia de un signo evocador. Entre todo signo ideográfico y la emoción que produce existe una correspondencia secreta, que reside en las relaciones de la Formas con las Ideas, esencia misma de la creación.

Salgamos del macizo sepulcro y busquemos otros signos que nos ayuden a comprender el rostro frío de lo Absoluto. Avancemos sobre las grandes olas de arena que forman valles junto a la pirámide. A unos cuantos pasos se abre un pozo cuadrado, de ocho metros de ancho y dieciséis de profundidad. Se diría que es una fosa para los leones; pero no es más que un largo sepul-

croí<sup>(1)</sup>. ¿De quién es esta tumba? No se sabe de quién sea. Quizá de los sacerdotes que servían en el vecino templo de Isis. Un beduino se deja resbalar con la agilidad de un mono por una ranura del pozo, tallada en forma de escalera. Cuando llega al fondo, se desata el turbante y barre la arena con él. Pronto aparece la cubierta de un sarcófago gigante, consistente en una tabla de basalto que lleva esculpida en bajorrelieve el disco alado del sol. Las alas extendidas del ave mística, del Fénix, se abren horizontalmente. Dos serpientes entrelazadas y enrolladas al disco levantan a cada lado de él sus cabezas vigilantes. Este es el signo de Horus, el Verbo solar, el Dios manifestado, el Apolo egipcio, símbolo capital y central de esta religión que despliega sus alas en el frente de los pilonos y los templos, así como sobre las cabezas de los dioses y los faraones, y en los palacios y en los hipogeos. Por doquiera deslumbra como el espíritu que vive a través del hombre y de la naturaleza. Como veremos más tarde, su curso ilustra los viajes del alma y la evolución del universo. Las dos serpientes cuyas cabezas se lanzan fuera del círculo del Infinito y que se encuentran en el caduceo del Hermes griego, personifican los movimientos del espíritu eterno: su *aspiración* y su *expiración*. Una insufla su vida a todas las formas de la materia; otra, absorbe

**(1) El coronel Wyse la descubrió en 1837. Se denomina *La tumba de Campbell*, nombre del cónsul general inglés en El Cairo.**

a las almas que vuelven al sol divino. El sol alado de Horus, sol que resplandece en el fondo de esta tumba, sobre el basalto funerario y en el seno de la blanca arena, sólo tiene un significado. Su voz viril resuena con la lengua universal de los símbolos y domina a los demás como acorde perfecto que resume todas las armonías y dice: "El Espíritu es Uno; el Alma, que es su carne viviente, es inmortal, y su vida a través de los mundos se denomina "Resurrección".

Esta es la primera respuesta dada a las tinieblas interiores de la pirámide. Pero pasemos a la Esfinge. Ya se dibuja bajo la luz del mediodía su grupa de blancura extraordinaria. No está completamente libre de las arenas que tratan de cubrirla. Rodeada por las alas del Kluft, emerge, colosal, de las ondas del desierto. Descendamos por este vallecillo para mirar desde abajo y frente a frente al monstruo al que llaman los árabes Abul-Hol, el Padre del Terror. Desde aquí aparece con toda su grandeza. Entre sus patas extendidas tiene como un pequeño templo: son las tres columnas de Tuthmes. Tiene la nariz aplastada; pero el arco soberbio de los ojos conserva en este rostro una expresión única de melancólica majestad.

Ha sabido conservar el secreto de su origen mejor que ningún dios, y retrocede en la noche de los tiempos a medida que avanzan las investigaciones. Del monolito encontrado por Mariette se deduce que la Esfinge

es anterior a Keops, y, probablemente, el primero de los faraones. El símbolo más antiguo de Egipto nos habla, pues, de sí mismo. El significado que expresan su forma y su orientación está confirmado en los textos lapidarios, que la dominan el *Hu-de-Horem-Ku*, es decir, el Guardián del sol ascendente, del que es imagen y testimonio. Harmakuti, a quien los griegos llamaban Harmakis, personifica la joven luz que vence a las tinieblas. Es el sol de la vida, el genio de todos los renacimientos; es a un mismo tiempo Amón-Rá y Horus, el Espíritu divino y su manifestación, de quien el Faraón debía ser también el hijo, el Hor, la encarnación viviente. En tiempos del antiguo Egipto, la esfinge, cuya faz mira hacia Oriente, estaba coronada por un disco de oro. Cuando el sol de la mañana brotaba de la sierra arábica, su primer rayo daba en el disco, y el rostro de la esfinge resplandecía entonces como un sol con rostro humano, o como un dios aureolado de llamas. En el templo de granito y alabastro, de columnas cuadradas y desnudas, resonaban entonces címbalos y fanfarrias, y los sacerdotes, vestidos de blanco y subiendo hacia la esfinge por el dromos de aguda pendiente, entonaban el himno viril y puro: "Tú te levantas, bienhechor Amón-Ra Harmakuti. —Tú despiertas, verídico Señor de los horizontes; —tú resplandeces y relumbras; —tú sales, subes y culminas como bienhechor. —Los dioses y los hombres se arrodillan ante esta forma que es la tuya. ¡Oh,

Señor de las formas! —Ven hacia el faraón; y dale sus méritos en el cielo, su poder en la tierra, —gavilán santo de alas fulgurantes—, Fénix de múltiples colores, corredor que no se puede alcanzar en la mañana de sus nacimientos" (1).

Es probable que las razas que dominaron en la tierra antes que la raza blanca adorasen al dragón a causa del terror que los pterodáctilos antediluvianos inspiraran a los primeros hombres. Quien se atrevió a colocar una cabeza humana sobre un cuerpo de león para hacer un dios, creó un símbolo augusto. ¿Acaso se ha encontrado alguna vez una imagen más llamativa que ésta de la Naturaleza en evolución, coronada por la humanidad? ¿Acaso no está resumido en la imagen de la esfinge todo lo que la ciencia nos dice con fórmulas todavía inciertas sobre el desarrollo de las especies y sobre los orígenes terrestres del hombre? Allí está la Naturaleza terrestre con sus garras crueles y su cuerpo poderoso, apoyada sobre la arena marina de que, salieron todos los seres, agarrada al duro suelo de que, el limo es su sustancia en trabajo; pero ¡cuánta nobleza y consciencia hay en esta cabeza que contempla al sol ascendente del espíritu y de la verdad eterna! ¿Qué poder realizó el inmenso trabajo de colocar la cabeza del dios sobre el cuerpo del terrible león? La fuerza ciega, la lucha

(1) Himno descubierto por Grebaut, traducción de Máspero.

**por** la vida, la selección de los fuertes, la fatalidad de los medios, dicen los discípulos de Darwin. El influjo de Isis, la gran Alma del Mundo que insufla a la Naturaleza, a los géneros, a las especies y a los individuos, almas de vida y principios intelectuales cada vez más perfectos. Esto es lo que pensaban los sabios de las edades antiguas. Y así pensarán quizá los sabios de los tiempos futuros, sin olvidar que el problema tiene dos faces inversas, que es preciso examinar una por una y hacer concordar; pero que la faz esencial, primordial y final es la del alma y del Intelecto.

La Esfinge ha debido su fortuna a esta idea madre y a la extraña familia que dio a luz. Ella es la que protege el Arca de Israel en forma de querubes. Alas colosales le crecen en Asiria. Relucía como "un metal que sale del fuego" en los cuatro animales con cabeza humana de la visión de Ezequiel, que se mueven bajo la gloria del Eterno y representan los cuatro órdenes de espíritus que hacen marchar la rueda de los mundos. Traspasa los mares y va a espantar a Grecia a las puertas de Tebas de la leyenda de Edipo. Y, por último, llega a ser la Esfinge. Senos provocadores nacen en su pecho, levantando sobre la nieve de las carnes flácidas sus frutos rojos y sabrosos, mientras que sus garras se hunden en la carne humana y rutilan en sus pupilas todos los ensueños y todas las curiosidades. Es la imagen de lo Femenino-Eterno, con su duplicidad infernal y celeste:

pero siempre se representa en ella la unión turbadora de la animalidad sagrada y del pensamiento divino. Su ancestral y viril sublimidad intelectual se revela únicamente en la llanura de Gizeh, en donde nace una vetustez inmemorial. Si los hombres construyeran un templo a la Ciencia y a la Religión universal, el arquitecto debería colocar la Esfinge en el umbral.

Después de pasar la tarde en el Hotel Mena-House en donde los tziganes han interpretado músicas melancólicas y alocadas que parecen querer evocar todas las pasiones, he ido a contemplar la Esfinge a la luz de la luna. Uno de los lados de la gran pirámide estaba sumido en la sombra, y su triángulo de color negro opaco cortaba el azul límpido y lechoso de la noche. El otro lucía con blancura mate y tranquila. En cuanto a la Esfinge, diré que me pareció más imponente y como transfigurada. Sus rasgos mutilados se recomponían bajo la magia lunar. En su rostro flotaba una sonrisa de dulce majestad.

Volví a la terraza del hotel. El aire era fresco. La gran tienda vibraba movida por el viento del Este. Me senté bajo ella sin lograr abstraerme a la emoción grandiosa de ese lugar que parece el santuario de lo Absoluto, ni al encanto ensimismante de la noche clara y del céfiro paradisiaco. Únicamente pequeñas ráfagas de aire interrumpían el silencio musical en que todos

los recuerdos se apaciguan, purifican y armonizan en la paz del desierto...

¡Oh! ¿Cuándo cesará este flujo incesante de esperanza y de tristeza que agita la vida de mi alma? pensé yo.

Pero por encima del tumultuoso mar del pensamiento se elevarán de ahora en adelante los tres signos vencedores, los tres divinos signos contemplados y conquistados en este día: *la Pirámide*, imagen del Dios insondable, manifestado por la Ley del Ternario y del Cuaternario; *la Esfinge*, su Verbo viviente de garras de león y rostro humano, y *el Fénix*, imagen del Alma inmortal, que atraviesa todos los mundos con sus alas solares.

### III

#### LAS RUINAS DE MENFIS V EL COLOSO DÉ RAMSÉS. PUESTA DE SOL EN EL NILO

*¡Yalla! ¡Yalla!* exclaman los marineros árabes, mientras desamarran del muelle de Kasr-el-Dubara. Somos unos veinte pasajeros a bordo del *Kahireh*, vaporcito que nos debe conducir a la frontera de Nubia y hacernos ver en el camino los principales monumentos del antiguo Egipto, desde Menfis hasta Philae. La partida es alegre, y la mañana, radiante. Cielo de enero, iluminado como el de nuestros abríles. La brisa fresca trae aromas primaverales. A la izquierda de las riberas pobladas del Nilo hay en El Cairo millares de barcas juntas unas contra otras como cigüeñas que reposan. A la derecha y más allá de la isla de Gezireh se extiende sobre las pirámides una niebla rosada. Y desfilan ante nosotros villas y terrazas en que verdean los granados.

El Cairo huye a nuestras espaldas. El río se hace tan ancho que sólo se ven lejos las riberas que perfilan sus ramos de palmas. Los *dahabíes* que cortan la superficie legamosa y brillante balancean sus largas vergas graciosas como gaviotas, unas cargadas de arena, otras

de azúcar. Bogamos sobre el amplio torso del dios apacible y potente, padre de Egipto; y el viejo Hapi, que "nadie contiene en sus moradas", como dice el himno sagrado, no está menos cargado de buques de vapor que en otro tiempo de barcas empavesadas de faraones o de barcazas en que se transportaban los pesados colosos de granito traídos desde Syena.

Al mediodía nos detenemos en Bedrachin, pueblucho de *fellahe*s colocado bajo una soberbia plantación de palmeras. En la arenosa superficie del ribazo nos espera una multitud chillona que nos saluda desde lejos con frenéticas aclamaciones. Está dividida en dos grupos. A un lado está toda la juventud del pueblo, compuesta de un centenar de muchachos de cuatro a quince años, la mayoría vestidos con camisas azules, algunos muchachos completamente desnudos, patalean, saltan y gesticulan en el légamo negro, lanzando como un hurra formidable el grito repetido infatigablemente de *¡bak-chi... che!* Al otro lado, unos cincuenta asneros esperan e interpelan a los viajeros aun antes de que el buque haya abordado. El dragomán del navio pretende escoger las mejores monturas, y separa a empujones a los rechazados, que no dándose por vencidos, vuelven a la carga. La batalla dura ordinariamente una media hora entre un galimatías de injurias y de gritos. La historia se repite en todas las escalas del viaje con episodios variados. En esta fiera lucha por la existencia no se

sabe qué admirar más, si la persistencia de estos buenos *fellahe*s burreros, obligados a ganarse así la vida, o la paciencia de los pobres burros que reciben más golpes que sus dueños, y que en este desencadenamiento de la brutalidad humana representan la dulzura, la sabiduría y quizás el desdén trascendental, estimado por algunos de nuestros filósofos.

Una vez instalados en nuestras monturas, atravesamos el pueblo, que nos produce de súbito la impresión del oasis y de la vida tropical. Bajo las palmeras hay chozas hechas con tierra seca. Aquí y allá se ven algunos estanques, junto a miserables casucas dominadas por el murmullo de las plantas. ¿Quién diría que nos hallamos ahora en el emplazamiento de la antigua Menfis, fundada por Menes, el primero de los faraones, cinco mil años antes de nuestra era? No existe fecha más antigua que ésta hasta hoy día en la historia humana. Según Diodoro de Sicilia, Menes era originario de Thini, cerca de Abydos, el más antiguo y retirado de los santuarios egipcios y primer centro del culto de Osiris. Probablemente, Menes era un pontífice de Schesu-Hor, que concibió la idea grandiosa de edificar una ciudad en la punta del Delta, haciendo de ella un puerto abierto para lanzar de este modo la civilización egipcia hacia el Mediterráneo, para lo cual comenzó por agrupar bajo su autoridad a todos los nómadas del Alto y Bajo Egipto; desvió, después, al Nilo de la cadena líbi-

ca obligando al río a abrirse un nuevo cauce y a fecundar otro pedazo del desierto, corriendo por entre cadenas de montañas, y rodeó a la ciudad de un lago artificial para protegerla, contra las invasiones. Menes consagró' la ciudad a Phtah, el demiurgo de los elementos, que amasa y reforja los mundos en su molde, como él había amasado y reforjado Egipto en el suyo. Después de hacer esto, añadió el *uraeus* de los reyes a la tiara de los pontífices, y se hizo coronar Faraón. Así se construyó Menfis, Mennefer, "el puerto de los buenos", la cual tenía seis leguas de contorno y reinaba soberbiamente entre su lago, el desierto y el Nilo. El muro blanco de la fortaleza real, los rojos pilones del Templo de Phtah y el coloso del dios, dominaban a lo lejos los campos y el río. Había un barrio de extranjeros al que se llamaba "el Mundo de la vida", en el que sonaban día y noche los gritos de los marinos y las orgías de la Astarté fenicia. Se llegaba a la necrópolis del desierto por un valle delicioso y solitario que los viajeros griegos comparaban con la pradera de los asfódelos de los Campos Elíseos. El lago se atravesaba en barca para llegar al templo de Tefnout, a las puertas del Amenti y de la Verdad, guardado por una estatua, sin cabeza, de la justicia.

Nada resta de la ciudad ni aun los cimientos. En el siglo XII, todavía Addallatif admiraba las ruinas de Menfis que, según él, confundían la razón. Después,

se construyó El Cairo con sus escombros; el Nilo cubrió el llano con su légamo, y sobre él creció un bosque de palmeras. Pero este bosque guarda cual un bosque sagrado un tesoro que dice más cosas sobre el alma de Egipto y sobre la naturaleza de su genio que quizá todas las ruinas acumuladas de la gran capital: el coloso de Ramsés II, el Sesostris de los griegos, el más ilustre de los faraones. Ramsés los mandó a construir en recuerdo de su victoria de Kadesch, ganada a los Ketas en Palestina. En esta célebre batalla, cantada por el poeta Pentaur, y cuya poesía es la Iliada de los egipcios, el valor y la presencia de ánimo del Rey decidieron la suerte del combate. Ocho veces atravesó las filas enemigas en su carro de guerra, cuyos caballos se llamaban "Victoria para Tebas". El poeta cuyos versos grabados en los muros de muchos templos han llegado hasta nosotros, 'representa a Ramsés rodeado de enemigos, abandonado de los suyos e invocando a su dios. "Yo creo que Amón vale para mí más que un millón de soldados, que cien mil caballeros, que una miríada de hermanos y de hijos jóvenes, y más que todos ellos juntos. He realizado estas cosas por un consejo tuyo y no lo he transgredido. ¡He aquí que te he glorificado en todos los extremos de la tierra!" Amón responde: "Yo soy tu Padre. Yo soy el Señor de la Fuerza que ama a los valientes. He reconocido tu corazón valeroso y estoy satisfecho. Mi voluntad se cumplirá". La estatua de Ramsés se ha vuelto a encontrar casi intacta en el lago de Bedrachín, pues únicamente han

desaparecido sus pies. Su longitud total era de diez metros. Hoy día se la ve yaciendo en el suelo, a la sombra de las palmeras y junto al tranquilo lago. Se ha construido una escalerilla de madera que pasa sobre el pecho del coloso y, cuando se sube por la pasarela, se ve su rostro blanco y deslumbrador como si estuviera hecho con mármol de Carrara. Es lo más bello de cuanto he visto del arte egipcio. Ramsés lleva la doble tiara de los faraones, el *pschén* con el *uraeus*. Esta cabeza, que por la curva de la nariz y el grosor de los labios recuerda el tipo semita, parece un retrato que habla. No hay obra que exprese mejor la juventud heroica que esa noble sonrisa que abre la boca y dilata los ojos, llenos de valor y de un gran pensamiento. Es el candor de la fuerza, la espontaneidad en la plenitud de la conciencia. El Rey ostenta en su mano derecha una cruz ansata, y en la izquierda, el cetro, como para demostrar que la dirección de la iniciación religiosa debe depender del poder \*' real. Sobre el ancho pecho hay un broquel con una corona, que lleva la siguiente inscripción: "*Ramsés, favorecido de Amón, hijo de\ Sol, guardián de la Verdad*". Las escamas de Una ligera coraza cubren la cintura del luchador. La estatua da idea de un héroe que emplea alegremente su fuerza exuberante en servicio de una alta misión, y que conserva una eterna juventud. Agre-

gad a esto el majestuoso cuadro del frondoso bosque de palmeras que rodea al lago y cuyas ramas dan sombra al soberbio coloso, yacente, sí, pero no dormido, pues parece estar siempre en vela.

Yo no sé si Ramsés II tuvo este rayo divino; pero el artista genial que esculpiera el bloque ha expresado en él el faraón ideal, el rey de justicia y de verdad, el héroe identificado con el dios que manifiesta. El arte egipcio rompe por una vez su costumbre hierática, se anticipa al arte griego y plasma en esta estatua el ideal de la vida. Por esto me dice esta estatua mucho más que todos los templos y todos los museos.

Después del encuentro inesperado con el gigante de otra era, cuya efigie produce la sensación de una presencia divina, la necrópolis de Menfis no me ha impresionado. Los sótanos del Serapeum, el glorioso descubrimiento de Mariette, con el inmenso sarcófago de los toros Apis embalsamados y divinizados, me han parecido la aberración más monstruosa del politeísmo y de la explotación teocrática. Sin embargo, las impresiones de la tumba de Ti son alegres y vivas, No existe nada tan alegre como estas cámaras mortuorias cubiertas de pinturas de un realismo sencillo y estas frescas galerías que se abren en la arena del desierto, relatando al viajero la vida egipcia de hace cuatro o cinco mil años y describiendo las escenas de la labranza, las ofrendas de los frutos y las flores, las barcas y los remeros,

la caza de pájaros y de peces entre las gavillas, los rosales y los ramos de lotos: la edad de oro de la vida agrícola y patriarcal. Las inscripciones nos dan a conocer los cargos del difunto. Ti vivió bajo la VI dinastía. Era "uno de los familiares del Rey, y el jefe de las puertas de palacio de los registros reales y de los profetas". Su mujer se llamaba Nefer-Hotep, "palma y delicia de amor para su esposo". Por encima de los segadores que recogen y siegan el trigo se lee: "Esta es la cosecha. Cuando el hombre trabaja está lleno de dulzura".

Después de cabalgar tres horas por las arenas onduladas pasamos junto a la pirámide de Sakkarah y entramos en la zona verde de las tierras cultivadas. En los campos se ofrece un cuadro de la vida primitiva más delicioso que el de la tumba de Ti. La gente toda de un pueblo de *fellahes* reposa en la hierba tras el trabajo del día. Las *fellahinas* se reúnen en círculos sentándose con las piernas cruzadas, y tienen a sus pequeños a caballo sobre sus hombros o en el pecho. Los muchachos se revuelcan perezosamente en el espeso trébol, mezclados con los carneros de largo pelo, o se duermen sobre las tumbadas ovejas que rumian las hojas, soñando.

Bajo las llamas del sol poniente que besa los troncos de las palmeras, volvemos a entrar en el bosque de Bedrachín y pasamos de nuevo ante el yacente coloso

de Ramsés y el lago envuelto en las sombras del crepúsculo: ¡Reposa en paz bajo las palmas, reposa unos cuantos miles de años más, imagen marmórea de los reyes divinos de otra era! Tu reinado glorioso de sesenta años es sólo una leyenda, y tus victorias nos dejan indiferentes a pesar de estar grabadas sobre cien pilónos. Apenas sabemos lo que era un faraón; pero tu efigie en cuyo rostro resplandece un alma habla más alto que tu fama. En ella se perpetúa lo más sublime que puede producir la humanidad cuando reúne todo su poder: la fuerza en la juventud, un sabio en un héroe, un vidente y un atleta de la verdad. No, ¡nunca olvidaré la blancura de tu mirada solar abierta hacia el azul!

Todos han vuelto a embarcarse. El barco vuelve a marchar, rompiendo la sábana tranquila del agua. Todo se ha desvanecido como un sueño; Menfis y su necrópolis son ahora un montón de sombras; mas, entre los troncos de las palmeras, el crisol de oro del Poniente arde con un incendio anaranjado, púrpura e índigo. La atmósfera se curva como una campana de cristal saturada de luz. ¡Instante sin igual! El buque camina tan dulcemente que parece inmóvil en la superficie del río, y la orilla parece deslizarse como el bastidor de un panorama. Ahora el Nilo es una inmensa laguna que refleja entre extraños espejismos las irisaciones del cielo, creeríamos flotar en la barca de Isis, entre dos inmensidades, si la línea de la orilla opaca,

donde las negras siluetas de las palmeras lejanas dibujan una vegetación de lotos y de cañares no se interpusiera entre el cielo y su doble líquido. Al fin toé se oscurece. El Poniente no es más que un arca bajo tendido en el horizonte; una puerta de oro que empalidece con el frescor de la noche. Ya brilla Orión espléndidamente en el cénit y aparecen en el azul constelaciones desconocidas en nuestras zonas.

He pasado tres días bajo el influjo fascinador de las puestas del sol y de las noches mágicas. Y ni el espectáculo de las cambiantes orillas con sus rocas cortadas a pico, sus ciudades árabes, sus bandadas de ibis viajeros y sus vastas perspectivas sobre el desierto blanco sembrado de oasis, ni los hipogeos de Beni-Hassan, verdaderos templos tallados en la roca viva, ni la gruta de Spéos Artémidos, escondida en una barranca de la cadena arábica como la guarida de un león, han podido substraerme a aquel influjo. Las bellezas de la tierra y los recuerdos de la historia me parecen futilidades ante las magnificencias del cielo que aguardaba y contemplaba cada tarde como el único acontecimiento de la jornada, siempre nuevo y conmovedor. Así llegué a observar las tres fases luminosas del ocaso sobre el Nilo.

El disco rojo y deslumbrador del sol ha desaparecido tras la cadena líbica. Sobre el desierto libio corre un escalofrío parecido a ese impalpable velo gris que anun-

cia la muerte en la faz humana. **El** cielo toma un **color** amarillo pálido en la zona por donde se ha sumergido el sol. Parece que todo haya terminado y que la noche vaya a seguir sin transición a esta pálida **luz**. Tal es *la primera luz*, de efecto siniestro y sepulcral. Pero inmediatamente el nimbo amarillo se concentra en un arco de oro fundido, reflejo del disco de Amón-Ra en la atmósfera, transfiguración del dios muerto en el alma palpitante de la tierra amorosa. El arco anaranjado se funde con el azul por los siete colores del prisma. Esta es *la segunda luz* que arde rápidamente como vértigo del alma en que la gama toda de una vida ardiente vibra por última vez en la borrachera y el desgarró del adiós. — Pero, a medida que se debilita el pórtico de fuego, se forma por encima de él una aureola violácea como un nimbo de dolor y pasión, que va creciendo hasta invadir el cielo. Cuando el aire es muy puro se ven salir cinco rayos rosados de este nimbo, los cuales suben hasta el cénit y debilitan el resplandor de las constelaciones nacientes. Es *la tercera luz*, el adiós de Amón-Rá, la última sonrisa del dios ya lejano, y la promesa de su reencarnación. La puerta de oro se ha transformado en otra blanca y pálida: la puerta que conduce al otro mundo, al reino de Osiris. Y el último rayo de Amón-Rá parece decir al alma abrumada y entristecida: "Ya no me verás más; he cruzado las puertas de la muerte; ve a buscarme allí".

Esta grandiosa trilogía de la tierra, el sol y el cielo, me conmovió como una representación viviente del drama mitológico de Amón-Rá, cuyos tres actos podrían denominarse: la vida, la muerte y la resurrección, los cuales abarcan la historia de todos los seres. Por lo tanto, no nos debe extrañar que los egipcios, circundados a diario por el esplendor de este espectáculo, hayan resumido el drama del alma, del universo y de los dioses.

Vamos ahora a tratar de evocar.

## IV

### ABYDOS. — LA RELIGIÓN DE OSIRIS. — EL CULTO A LOS MUERTOS Y EL VIAJE DEL ALMA

¡Abydos! ¡Osiris! ¡Hermes! — La ciudad, el dios y el profeta de los misterios egipcios. Estos tres nombres guardan la gran incógnita de esta gran civilización y de su doctrina sagrada que deslumbró a la antigüedad, de la que un débil pero inextinguible rayo ha atravesado las tinieblas de los siglos para inquietar y despertar quizá al nuestro.

Abydos es quizá el santuario más antiguo de Egipto. Menes, el primero de los faraones y el fundador de Menfis, salió precisamente de la vecina ciudad de Thini. Todavía en los primeros siglos del cristianismo se enseñaba en Abydos una cripta profunda abierta en las laderas de la cadena líbica. Se descendía a este templo fúnebre entre dos hileras de enormes monolitos, en donde se habían tallado estatuas osíricas, parecidas a momias que velaran en pie. En el fondo y adosada a una roca se veía una tumba, que, según se pretendía, era la de Osiris, el dios mitológico y fabuloso que enseñó las artes y las ciencias a Egipto y sucumbió en

las emboscadas que le tendiera su hermano Tifón: el sepulcro de ese Rey, cuyos miembros volvió a encontrar su mujer, Isis, y de quien su hijo, Horus, fue el vengador y su reaparición viviente y actuante. Abydos era, pues el Santo Sepulcro de Egipto, al que se venía de todas partes para consultar a sus profetas. En él recibían los faraones Ja más alta iniciación, Allí, afluían miles de peregrinos; allí conducían las pintadas barcas innumerables sarcófagos por un canal de dos leguas, pues los reyes y los grandes hacían consagrar sus ataúdes en este santuario, aunque tuviesen sus hipogeos en otras necrópolis, porque creían que éste era el mejor viático para la vida de ultratumba.

La gran boga de Abydos data; del reinado de Seti I, el padre de Ramsés el Grande. Este príncipe, que marca con los Tuthmés y su ilustre hijo el apogeo del poderío egipcio, pertenecía a la dinastía tebana, el cual logró expulsar tras luchas seculares a lo usurpadores extranjeros, los hyksos; abolió los cultos bastardos e impuros importados de Fenicia por los invasores y volvió a otorgar en todo Egipto la autoridad suprema al culto masculino y puro de Amón-Ra, que no era otra cosa que la forma oficial y exotérica del culto secreto y de la iniciación de Osiris. Para consagrar la gran victoria política, social y religiosa del faraonato teocrático, Seti mandó construir su *memnonium* junto al mausoleo simbólico del gran Dios santo y oculto, a fin de que sus

hijos vinieran a él a iniciarse e inspirarse y para conmemorar la gran victoria política, social y religiosa del faraonato teocrático. Para mejor dar a entender su pensamiento, hizo construir el templo bajo un plan especial que no se encuentra en ninguna otra parte. En vez de tener un cantarín reservado a una sola divinidad, como ocurre en los templos de Denderah, de Karnak, de Luksor y de Edfú, el santuario constaba de siete capillitas colocadas de frente. La de la izquierda se dedicó al monarca reinante, y las otras seis, a la serie de divinidades que corresponden a los grados sucesivos de la iniciación sacerdotal, es decir, a Phtah, el distribuidor de los elementos físicos; a Harmakis, el regulador plástico; al dios Amón, el corazón del deseo creador y reproductor; a Osiris, el verbo humano revelador; a Isis la luz increada, y a Horus, el espíritu divino resucitado en el hombre. Al unir Seti la afirmación histórica con el testimonio científico y religioso, mandó reproducir en un ala del templo las lápidas de todos los faraones considerados como legítimos por la religión y la política tebana, porque habían permanecido fieles al culto de Amón-Rá. Esta lista de reyes solares era como el sello puesto a la obra de Amosis, el libertador, y a la de Tuthmes, el conquistador. Seti murió antes de ver terminado el templo que mandó decorar a los mejores artistas de Egipto; pero su hijo Ramsés el Grande lo acabó y mandó grabar este elogio de su padre que

puso en boca de Sefech, la diosa de la escritura y de la sabiduría: "Ha sido instituido como rey sobre el trono del Sol (leáse de la religión de Amón-Rá). Le ha dado al mundo como balanza, que él sostiene en el fiel por su bienhechora virtud. El ha velado por lo que estaba dormido, y ha esclarecido lo que estaba en tinieblas" (1).

¿Pero qué pensaremos de la tumba de Osiris? ¿Era sólo el cenotafio de un dios mitológico o la tumba real del primer profeta de Osiris, del verdadero revelador divinizado más tarde por la antigua religión, del institutor de los Tschesu-Hor, a quien los griegos cono cían con el nombre de Hermes y los alejandrinos atribuían la doctrina secreta del sacerdocio egipcio?

Cuando Mariette Bey emprendió la excavación de Abydos, esperaba que sus trabajos esclarecerían algo esta cuestión capital. Ambicionaba descubrir la tumba de Osiris. Excavó toda la necrópolis hasta los alrededores del convento cofto. Encontró de camino los cimientos de la vieja Thine e hizo surgir de entre las arenas el magnífico *memnonium* de Seti I con sus siete capillitas y sus bajorrelieves policromos, admirablemente conservados, obra maestra del arte sagrado. Pero en vano horadó las barrancas rocosas y peladas de la cadena líbica; en vano revolvió los bloques de calcárea gris y

(1) Véanse los *Essais, sur l'inscriptlon dédicatoire du temple d'Abydos et la jeunesse de Sésostriis*, por Maspero.

de blanco alabastro para encontrar la cripta profunda, la negra boca que, según los egipcios, era la entrada del Amenti o del reino de los muertos. La montaña de mármol no quiso devolver a su dios, ni a su profeta; se había cerrado sobre ellos para siempre. Al resumir estas impresiones y hablando del templo que había descubierto, exclama Mariette-Bey: "Se entra en el templo de Osiris lleno de ardor, se sale descorazonado, no por no haberle podido arrancar su secreto, sino por haber descubierto que guarda tan fielmente para sí este secreto que no ha querido confiarlo a sus muros" (1).

¡Pobre intrépido Mariette! ¿Es que los zapadores heroicos que encuentran los grandes tesoros no han de gozar jamás de ellos? Ciertamente es que este templo no nos enseña nada acerca de la persona de Hermes, ni sobre el origen del culto de Osiris; pero en sus muros brilla la doctrina del Verbo Solar. Los verdaderos profetas desdeñan legar al mundo otra cosa que sus pensamientos. Desaparecen sin dejar rastros, dejando grabados en letras de fuego su verbo y su voluntad sobre las frentes de los siglos que a menudo los llevan sin comprenderlos. Las pinturas que ornaban las siete capillitas iniciáticas, tienen singular belleza y sorprendente elocuencia. Su serie corresponde al septenario cosmogónico y humano. La barca del sol que la cruz muestra el arca santa, centro

(1). Mariette, *Abydos*, 3 tomos, con texto e ilustraciones, véase la introducción.

luminoso de la doctrina hermética de los egipcios bajo el velo transparente del símbolo. Vayamos a verles en su lugar.

En cuanto nuestro buque amarra en el pueblo de Bellianéh, lanzamos nuestros asnos al trote por la inmensa y verde llanura cultivada. Caminamos durante dos horas por este paraíso de la vida agrícola, sin pensar que, como en Eleusis, nos hallamos en el umbral de los infiernos. Los campos de verdes trigos, atravesados por colzas doradas, ondulan. Los hombres y los jóvenes esparcidos por los campos, son bellos como efebos. Se dice que descienden de una tribu de beduinos. Por eso tienen el sello de hombres libres y arrogantes que les distingue de los *fellahes*. Los adolescentes ejecutan una melodía caprichosa y campestre con una flauta de dos tubos parecida a la siringa antigua, haciendo elegantes movimientos de faunos danzantes. Pequeños Davides de doce años lanzan piedras al azul con hondas fabricadas con trenzadas fibras de palmera, y las palomas azules que picotean en los habares se alejan fuera de tiro de piedra para volver a hundirse más lejos en el tupido verde embalsamado. Unas casas de ladrillos secos asoman a lo lejos entre dos sombríos bosques de palmeras, ya en la arista gris de los montes líbicos. El suelo ha cambiado bruscamente de aspecto. Se camina sobre montañas de piedras, rocas y escombros. Un templo, apenas separado de las colinas circundantes por las excavaciones,

aparece a ras de tierra y detrás del villorio. Está construido en *semi-speos*, o sea, en media gruta, es decir, que el cuerpo del edificio se apoya en la colina y sirve de entrada al santuario excavado en la roca. No queda más que el basamento del pilono y los dos patios de entrada. Una fachada de caliza blanca, que consta de siete puertas, da entrada a las dos salas hipóstilas. La luz del día descende por la parte derrumbada de la techumbre e ilumina vagamente los jeroglíficos y las figuras divinas que cubren las murallas y las columnas. ¡Inmensa biblioteca de piedra, donde los dioses antiguos no parecen sino arrugas venerables en la frente de un viejo inmemorial. Pero entremos en una de las siete capillas del santuario y nos veremos súbitamente deslumbrados. Estas capillas producen cierta sensación de inmortalidad y de juventud, pues están recubiertas de estuco blanco en donde se ven maravillosas pinturas en huecorrelieve muy bien conservadas.

Henos en el verdadero santuario de Isis y de Osiris. Los policromos bajorrelieves del reinado de Seti I han sido dibujados con exquisita elegancia e intensa vivacidad de colores. En su mayoría representan homenajes del rey a la divinidad. Su gesto es siempre hierático y su significado de un alto simbolismo. Aquí Isis, en pie con el brazo extendido, apoya su mano en el hombro del Faraón, quien la mira frente a frente. Más lejos, sentada en un trono, amamanta al rey, el cual está en

pie sobre un escalón. La gran Madre de la Sabiduría inclina pensativa la cabeza; envuelve a su real hijo en un gesto protector, y le presenta su seno con solicitud maternal y castidad de virgen. Más lejos, toca con sus labios la cruz ansata para insuflarle vida divina. Estos cuadros nos hacen comprender el significado y el destino del santuario, y el faraón penetraba, en cuanto recibía la iniciación definitiva, en' la capilla de la izquierda que, por estar consagrada al monarca, contenía su estatua; pero en vez de adorarse a sí mismo con la más ridícula de las idolatrías, quizá soñase en el ideal del faraón' que debía intentar llevar a cabo durante su vida. En cada una de las capillas subsiguientes rendía homenaje a unos de los principios cosmogónicos del universo, correspondientes a los principios constitutivos del hombre, ofrendando agua, incienso y oración: a Phtah, el distribuidor elemental y vital; a Harmakis, el modelador plástico del mundo y del cuerpo etéreo o *doble* del hombre; a Amón, el engendrador de los seres y centro del alma individual; a Osiris, el verbo de la Inteligencia; a Isis, la luz celeste e inteligible; y, por último, a su hijo Horus, el Espíritu divino resucitado en el hombre. Como se ve durante esta ceremonia religiosa el faraón recorría la escala ascendente de la vida y se impregnaba sucesivamente de los siete principios generadores del universo, espiritualizándose de escalón en escalón, para remontarse a su fuente. En la última capilla se daba

por concedido que había llegado al fin de la evolución y se convertía en un Horus, nombre con que se designaba en todos los documentos oficiales.

Los bajorrelieves más bellos se refieren al mito osírico. ¡Nada más majestuoso que Osiris en el trono coronado con el *pschent* y armado con su cetro y su lanza! ¡Nada más esbelto y casto que Isis con su traje amarillo de luengos pliegues rectos! Generalmente es la sonrisa de la diosa un enigma de triste dulzura o de penetrante serenidad. La Isis arrodillada en la barca solar ante su esposo Osiris es encantadora. ¡Cuánto abandono hay en su adoración! ¡Y qué gracia exquisita en su éxtasis de amor! Recibe el influjo de Dios, y se pasma ante su luz. Esta escena mística representa la creación del mundo o la concepción de las almas por la luz celeste, bajo la mirada de Osiris. Demos unos cuantos pasos más. Ahora Isis aparece sentada en la popa de la barca fúnebre y tiene ante sí un féretro que contiene la momia del dios muerto; mas la diosa dirige con la mano el timón, y fija su mirada en el horizonte. A sus pies florece un ramo de lotos de inclinados cálices, cosecha de almas por devenir. Isis se ha convertido en la conductora de las almas a través de la materia, ' de las caídas y de las encarnaciones. Mas miradla ahí en pie, vestida con rayos de sol, armada con el casco azul de alas candentes y mirando con su hijo Horus al Osiris resucitado; ¡Cuánta alegría hay en sus miradas! En su mano re-

fulge el anillo crucial, llave de la vida inmortal, imagen conmovedora de la resurrección del alma en su retorno al mundo divino.

Yo creo que estos cuadros son las obras maestras del arte egipcio. Aquí la profundidad de los sentimientos y la gracia viviente de la ejecución se han sobrepuesto casi al molde convencional. No cabe duda de que nos hallamos todavía muy lejos del arte griego en que se unen la sensación, el sentimiento y la idea para producir el relámpago de la belleza. Este es un arte severo que llama a la inteligencia; pero en él se desliza una emoción sostenida y el escalofrío de los misterios.

Estos tres cuadros ofrecen la imagen condensada de la doctrina del Verbo-Luz, según la cual el hombre es una partícula emanada del principio intelectual (Osiris) y de la Luz inteligible y plástica (Isis), partícula descendida a la materia por su propia falta o para la prueba necesaria, y llamada a remontarse a su principio con un libre esfuerzo. Para formarse una idea de esto no digo completa, cosa imposible dado el estado de la ciencia actual, pero sí aproximada, debe leerse el *Libro de los Muertos*. Sabido es que este libro es una especie de breviario que se colocaba en el sarcófago de los difuntos, para prevenirles contra los peligros del otro mundo y armarles con la ciencia necesaria para que no se extraviaran por las rutas oscuras. Según los alejandrinos, era **uno** de los cuarenta y dos libros atribuidos a Hermes

en donde se conservaba la ciencia secreta del sacerdocio egipcio. Este manual de ultratumba, del que se han encontrado sobre las momias numerosos ejemplares escritos en papiros, no era, probablemente, más que un extracto del libro en cuestión, una especie de catecismo de confuso y alambicado simbolismo; pero cruzado de ideas profundas que desgarran las espesas tinieblas como relámpagos. Tratemos de desembrollar su significado íntimo y de bosquejar el viaje del alma tal como lo describían los sacerdotes egipcios.

I. EL AMENTI O EL ABISMO DE LAS SOMBRAS. —Las últimas ceremonias fúnebres han terminado. El sarcófago de madera labrada en donde se ha encerrado el cadáver embalsamado, sarcófago que reproduce el rostro del vivo, ha recibido a la entrada del hipogeo las plegarias de los familiares, los himnos de los sacerdotes y las libaciones de Sos oficiantes. Las plañideras se han callado; el banquete de despedida sé ha celebrado ya. Ahora el muerto está emparedado en la cámara de piedra, "en la morada de la eternidad". ¿Qué hace en este momento el alma? Llena de estupor, sigue a su cuerpo como el resto de un naufragio a un buque naufrago (1). Ella no es sino una sombra, aunque se siente

(1) El *Libro de los Muertos* está dedicado, evidentemente, a las almas poco iniciadas en las cosas divinas y de bondad media. Sus instrucciones tratan de suplir la ignorancia del alma, pues se decía que los santos, los puros y los profetas pasaban rápidamente por el Amenti y se encaminaban al inundo divino de modo directo.

con cuerpo y miembros como los de un hombre, que son tan pesados que no los puede mover. Querría gritar; pero no tiene voz. Trata de ver; pero un velo' espeso se extiende entre ella y las cosas. Su propia atmósfera le oculta el sol como un crespón negro, y el alma flota, oprimida de silencio, envuelta en tinieblas y angustias. Pero he aquí que llega la noche; la luz lunar atraviesa al alma como una vibración magnética y brotan vagas fosforescencias, dejándose entrever manos, brazos, larvas humanas. Unas son opacas; otras, grises: otras lucientes, y se encienden y se apagan una y otra vez, aturdiéndose como un vuelo de falernas y de murciélagos. Hay manos que le rozan y le agarran. Reconoce entre tanto rostro a antiguos vivientes, pero la mayoría le son desconocidos. Llevan la marca acentuada de los vicios y de los crímenes a que se dejó arrastrar el alma durante la vida. Rictus lascivos, caretas de odio, perfiles crueles y rapaces, gestos hipócritas. Ahora ella cree comprender sus siseos: "Somos los cómplices de las tinieblas y abrimos el abismo en que caen los manes. Eres nuestra. Ven". Y, como a una hoja que se lleva el viento, la arrastran en un huracán, y se ja llevan lejos, al cono de tinieblas que la tierra proyecta tras de sí, en donde el alma se hunde y rueda desorientada y loca de terror con millares de sombras, lejos del sol, ' de la luna, de los astros todos, en los principios del

abierto y frío vacío. Allí se persiguen multitud de almas tenebrosas para estrangularse o para desgarrarse, y vuelven a comenzar con centuplicada furia la ronda de las pasiones terrestres. Cuando el alma difunta consigue escapar de este abismo de vértigo y espanto, se refugia en la cámara mortuoria de su hipogeo. ¡Antes la nada de la disolución y la muerte que la horrible tempestad de las sombras en el abismo del Amenti (1)!

II. EL DESDOBLE O LOS RECUERDOS DEL ALMA. —He aquí que, desde el fondo de sus tinieblas, el alma de las alturas del aire revestida de forma luminosa, llevando un cetro y un casco alado, desciende lentamente. Siente que le llaman por su nombre. "¿Quién eres tú? —Dame el nombre de Hermes. Soy tu genio guía, a quien los dioses han ordenado que haga que sean verdad para ti las palabras de Osiris. Yo desbrozo las sendas y abro los' caminos. ¡Mirad!" Hermes toca las sombras con su cetro en el que se enlazan dos serpientes. El alma recobra inmediatamente el movimiento, la vista y el habla. Rondas desparamadas de almas blancas dibujan en el espacio escalones desiguales. En el pináculo, un resplandor deslumbrante atraviesa el aire

(1) Toth-Hermes tenía, como todos los dioses, múltiples significados, y representaba muchos papeles en los monumentos egipcios, lleva una cabeza de ibis, el ave de la sabiduría; pero también era el guía de las almas y un nombre genérico dado al genio protector de todo hombre. Le dejó aquí los atributos que le han dado los griegos en su papel esotérico de psicopompo.

opaco y sacude de su sueño fúnebre al alma aferrada a su tumba, y ante esta irrupción de luz, el alma recuerda repentinamente su pasada vida divina. "¿No soy, pues, una larva maldita, una sombra que se desvanece? ¡Yo soy un alma que vive, una partícula de Osiris!" —Sube conmigo a la región del sol para recordar mejor. —¡Ay! No me atrevo, no puedo. El peso de la vida terrestre me retiene; soy prisionero de mi sombra en las redes de Anubis, en las entrañas de Set. —¡Espíritu inmortal! Es preciso que te separes de tu sombra mortal. —¿Dejarla padeciendo? No quiero. —Entonces, no ascenderás conmigo cual una llama pura, y no te elevarás como el gavilán de Horus al cielo del que has descendido. Y cuando Hermes se haya despedido de tí, caerán sobre ti la destrucción y el olvido para borrarle del libro de los vivos. —Escucho dos voces. Mi sombra apegada a la tierra suplica: "¡Quédate! ¡La luz me llena de terror! El espíritu clama desde lo alto como un clarín: "¡Sube! ¡Desafíalo todo! ¡Perezca tu sombra antes que no verte en el cielo!" ¿A qué voz obedeceré? Veo con terror que soy doble. —Soy el buen piloto. No escuches al otro, pues te llevaría hasta la serpiente Aker y la morada de la aniquilación (1). Yo, solamente yo, dirijo y con-

(1) *El mal piloto* se representa en el *Libro de los Muertos* (edición de Lepsius, en jeroglíficos acompañados con viñetas) por medio de un remero que mira hacia atrás y se halla sentado en una barca. Es el instinto material que arrastra al hombre a la tierra, o sea a la reencarnación. *El buen piloto* se figura por un remero con la cabeza vuelta hacia adelante, hacia la proa. Es la aspiración

duzco la barca de Isis, Quiero convertirte en un loto puro, en un alma de eternidad. Vamos, ten valor—. ¿Me arrastras? ¡Oh, qué desgarró tan doloroso experimento!... Mi sombra llora... y la tierra desaparece...

Ya están en el límite del mundo sublunar, denominado *la muralla de hierro* en el *Libro de los Muertos*, cuya salida guardan, según dicen los sacerdotes egipcios, unos espíritus elementales cuya fluidez reviste todas las formas animales y humanas, almas semiinconscientes de los elementos, protoplasmas de almas futuras sin individualidad fija: la atmósfera terrestre es su morada. Asaltan tanto al hombre viviente que quiera penetrar en lo invisible valiéndose de la Magia, como al alma difunta que quiere salir de Amenti para entrar en la región celeste. En la mitología egipcia se representa a estos guardianes del umbral con los cinocéfalos, y su jefe es Anubis, el de cabeza de chacal, del cual han hecho los griegos el Cancerbero. Hermes, el genio del alma, los aparta con un gesto regio, y con un relámpago de su caduceo se abre paso entre la multitud que gira vertiginosamente. Ya se encuentran fuera de la atracción terrestre. El sol surge como un globo de

al mundo divino. La *serpiente Aker* es la atmósfera elemental de la tierra y de su atracción; es la esfera sublunar sometida a la ley del deseo, de la generación y de la muerte. El *lugar de la aniquilación* es una región especial en que son destruidas las almas Y donde predomina el mal.

fuego de las sombras abismales del espacio. El alma lo contempla, deslumbrada por su disco. Y Hermes le dice: "Ese que ves es Amón-Ra, el dios de los planetas, que no es más que la sombra del dios de la Verdad y guarda en sí creadores efluvios. Míralo bien y no tiembles, pues se te aparecerán sobre su disco los siete dioses verbos del Dios único. Si resistes su luz, serás el juez de tu propia alma". Los siete dioses aparecen sucesivamente sobre el disco rojo como blancas fulguraciones, y dicen al alma: "Te hemos dado nuestros alientos: la justicia y la misericordia, la ciencia y la belleza, la sabiduría, el amor y la fuerza. ¿Te acuerdas? ¿Qué has hecho de ellos en el mundo de la mentira y de las tinieblas?" Al oír cada uno de estos nombres, se siente el alma atravesada como por un rayo, y a cada nombre ve abrirse el esplendor de un cielo reencontrado. Al mismo tiempo, ve la miseria y la tenebrosidad de la vida terrestre. Desfallecida, exclama: "¡La sombra se despertará! ¡La sombra agoniza! ¡Siento que desde abajo me llama! ¡Descendamos!" Y vuelven a unirse a la Zona que envuelve a la tierra como capa de vidrio opaco. Al pasar abren un boquete y, después, se cierra el abismo negro sobre ellos y se ven otra vez sumergidos en el círculo doloroso de las generaciones, o sea, en los limbos del Amenti. El alma mira azorada a su genio luminoso del alado casco y. cetro tutelar, y contempla a la sombra negra yacente en su féretro. El Genio

divino responde sonriente e impasible con estas palabras: "Ahora *sabes*; sé tu propio juez".

III. EL JUICIO O LA SEGUNDA MUERTE. — El alma, separada del cuerpo e iluminada por la memoria divina del espíritu ve ante sí toda su vida y, habiendo llegado a ser extraña a su pasado, se juzga bajo esta claridad implacable. Entonces, va a donde debe ir de acuerdo con las afinidades engendradas por sus acciones, voliciones y pensamientos secretos; y esto sucede debido a una ley tan natural, tan infalible como la que hace que el corcho flote en las aguas y que el plomo se hunda. Los egipcios expresan este concepto de profunda psicología, con el juicio de Toth (Hermes), simbólicamente figurado en el *Libro de los Muertos* y reproducido en pintura en multitud de tumbas de los reyes de Tebas. El lugar en donde se celebra el juicio se llama "la sala de la Verdad". El juez. Osiris que, sentado en su trono, tiene el cetro y el látigo en la mano, representa el espíritu divino presente en el hombre. Toth (Hermes) representa aquí el papel de testigo y escribano, y trae las tabletas denominadas "los misteriosos archivos de los dioses", que simbolizan esotéricamente, el éter sutil en el que las acciones, los deseos y también los pensamientos del hombre se imprimen con imágenes más o menos fuertes y duraderas según su frecuencia e intensidad; imágenes que, reavivadas por Hermes (el Genio-

Guía), desfilan ante el alma como un inmenso cuadro. Los dos genios Schai y Ranén (Fatalidad y Felicidad) coronan un grupo jeroglífico que significa Renacimiento. Hermes pone en uno de los platillos de su balanza el corazón del hombre, y en el otro, la estatua de la Verdad para saber hacia qué parte se ha inclinado el hombre. Las intenciones secretas, y no las acciones, son los que deciden el destino futuro del alma. Los que se han endurecido en el mal hasta perder todo sentimiento de la Verdad han matado en sí mismos al último recuerdo de la vida celeste, han cortado el lazo que les unía al espíritu divino, y han pronunciado la sentencia de su propia aniquilación, es decir, la dispersión de su conciencia en los elementos (1). Aquellos en quienes subsiste el deseo del bien, pero dominado por el mal, se condenan a sí mismos a una nueva y más laboriosa encarnación y, por el contrario, aquellos en quienes el amor de la verdad y la voluntad del bien han triunfado sobre los instintos inferiores, están prestos para el viaje celeste, a pesar de sus errores y faltas pasajeras. Entonces, el espíritu divino recoge en sí cuanto hay de puro e inmaterial en los recuerdos terrestres del alma; mientras

(1) Según la mayoría de las doctrinas místicas, dura siglos esta aniquilación gradual, pues las almas malvadas, convertidas en demoniacas, están animadas de una voluntad poderosa para el mal, y no se disgregan más que con el tiempo, porque carecen del centro cristalizador, del espíritu divino. La doctrina egipcia hacía, de acuerdo con su teoría, que su genio, armado con el fuego divino, aniquilase al alma de los malvados.

que todo lo falso, impuro y perecedero se disuelve en el Amenti con la sombra inútil. Así se destruye e inmortaliza el alma facultativamente a través de una serie de pruebas y de encarnaciones. Esta unificación es lo que los iniciados egipcios denominaban la encarnación (2).

IV. LA SALIDA A LA LUZ O LA RESURRECCIÓN. — Armado por el mismo Hermes con el cetro de la voluntad soberana y el anillo crucial, símbolo de la inmortalidad que procede del amor-sabiduría, el muerto se lanza hacia el mundo divino como hacia su patria. Ascende, brilla y ve. El sol, los planetas y el mundo material han desaparecido. El alma, ya desprendida de su corteza opaca, entra desde el reverso al anverso de la vida, y se le aparece lo interno de las cosas. Se sumerge, purificada en el alma del mundo que contiene los fluidos, las esencias y los arquetipos de todos los seres; y, cegada por los torrentes de luz, exclama: "El cielo

(2) La resurrección definitiva se representa en el *Libro de los Muertos* y en los monumentos funerarios con el gavián con cabeza humana (símbolo del espíritu), volando sobre la momia (símbolo del alma terrestre). Según la doctrina esotérica, es la parte etérea del alma y no el cuerpo físico lo que resucita. La opinión popular, tolerada y favorecida por los sacerdotes, materializó esta espiritualísima doctrina y aplicó la resurrección al mismo cuerpo. De ahí la práctica del embalsamamiento y la necesidad de conservar las momias, llevada hasta el fanatismo. La verdadera doctrina egipcia sobre la constitución del hombre y la naturaleza del alma ha sido lúcidamente penetrada de un modo magistral por Máspero en sus *Eludes égyptiennes*, pág. 191, y en su *Histoire ándeme des peuples d'Orient*, págs. 35-37.

se abre; se abren la tierra, el Sur, el Norte, el Este y el Oeste. Yo salgo de las multitudes circulantes; yo vuelvo a empezar entre los manes" (1). La palabra se convierte en luz y la luz en palabra, pues millares de voces responden desde las alturas fulgurantes a su exclamación: "El cielo se abre cuando resurge el dios"(2). Y el alma sube, sube continuamente. Del punto incandescente parten cuatro ríos que se esparcen en todas las direcciones como para abarcar el espacio. Hermes dice al alma: "El río de oro procede de Osiris, la Inteligencia; el río azul viene de Isis, el amor; el río púrpura de Ra, la Vida, y el río esmeralda, de Neptys, la Sustancia universal (3). Sobre estas aguas celestes boga majestuosamente la barca de Isis, quien está sentada al timón. Su hijo Horus, armado con la lanza, está en pie a proa.

En el centro de la barca se levanta una capilla, cuyas columnas con capiteles de loto sostienen un globo brillante a guisa de cúpula, reflejo del sol de Osiris. En este templo resplandecen las siete grandes divinidades, pues todas las ideas aparecen en el mundo celeste como personas, captándolas cada espíritu según la fuerza. Al verlo, el alma se exalta, y exclama: "Siento que me

(1) *Libro de los Muertos*, cap. CXXX...

(2) Inscripción de la tumba de Knum-Hotep en Beni-Hassan.

(3) *Libro de los Muertos*, cap. CLXI. De la apertura de las puertas del cielo hecha por Toth a Osiris Unufré y de los cuatro vientos.

traspasa el aliento de los dioses. Yo soy Osiris, Ra, Neptys", y los nautas responden: "Sube a la barca de los millones de años para realizar tu ciclo divino". Ya recibido en su barca, el hombre transformado en Osiris exclama: "Yo soy el ayer y sé el mañana. Soy dueño de renacer una segunda vez; atravieso el cielo haciendo luz; levanto mi vuelo para iluminar a los manes. Yo abro y yo cierro". Este don me ha sido concedido por el buen Señor (1).

La barca de Isis asciende a través de las olas estelares con un movimiento ascendente y en una calma vertiginosa. El espíritu se encuentra como en el centro del espacio y del tiempo en esta barca maravillosa que puede ir por doquier según se desee y que lleva el Arca, el Arquetipo del ser. Y el hombre abarca el drama del universo; ve ascender y descender, libertarse y reencarnarse a las almas, contempla las generaciones y ve surgir los mundos del caos para volver a entrar en el seno de Isis que los hace su esposo. Pero en vez de formar como en la tierra un conjunto de ruidos discordantes y dolorosos, estas cosas dolorosas y trágicas se desparraman, y quedan ahora en grandes números y resuenan en el corazón del alma como una melodía divina. La tierra de Ansú donde aborda la barca de Isis es un planeta espiritual sin atmósfera elemental,

(1) fd. Esta barca está pintada en el muro de la izquierda de la capilla central de Abydos, consagrada a Osiris.

iluminado por el Verbo, en el que los elegidos se crean un mundo a su imagen, según la ley de afinidad, de amor y de armonía. Es el *Antichtono* de Pitágoras, *la segunda* tierra de Platón. La Heliópolis celeste.

Tal es el viaje del alma que los decorados de Abydos desarrollan como sobre estrofas cadenciosas en sus barcas luminosas. Cuando se piensa que estas pinturas datan del tiempo de Moisés y que *el Libro de los Muertos* se remonta a una época aún más lejana, se siente el hombre sobrecogido de respeto ante la antigüedad de uno de los más augustos símbolos del espíritu humano. Pero el día había casi muerto en la capilla de Horus en donde yo había pasado la tarde. Cavada en la roca y privada de su bóveda se abre en lo alto a ras de tierra. Ya el reflejo del sol poniente bañaba de rosas sus paredes de estuco, blancas como la nieve, y poco a poco las imágenes sagradas volvían a la noche. El templo se volvía a transformar en tumba. Resonaron risas alegres y gritos penetrantes, y las siluetas negras de algunos niños *fellahes*, se dibujaron en el cielo por encima del friso, insultándome y llamándome como espíritus malignos. Y me acordé de que era hora de partir. Aún lancé una mirada a las colinas del contorno, canteras removidas, desierto de mármol y alabastro en que algunas estatuas colosales de Osiris decapitados, se yerguen adosadas a las pilastras en ruinas. Después, galopamos sobre la hierba y el trébol, caminando hacia

el Nilo por la infinita llanura verde en que crecen los trigos y las palmas.

Plutarco pretende que Osiris es Dionisios. Por lo menos cree que el dios de los pámpanos y de la eterna juventud no es más que una faceta del dios de los muertos y de los misterios. Yo creo eso también, pues he encontrado cerca de Abydos restos de su divino cortejo. A la vuelta de un talud y ante un pequeño arroyuelo, vimos dos *fellahes* de veinte años que tocaban sus siringas con loca alegría. Uno de ellos, verdadero fauno danzante, corre tras de mi cabalgadura al son de su caramillo. La velocidad de mi animal no ha disminuido durante media hora, y el *fellah* no ha cesado ni un solo instante de retozar a mi lado o ante mí, y de corretear por los campos como un cabritillo; y bajo sus labios temblorosos cantaba la alegría de su melodía. Por fin se quedó atrás siempre jugando. Yo me detuve. El sol se había puesto. La paz de los campos y el murmurio de los tréboles se unían dulcemente a la gran sinfonía de la luz y al humilde canto del caramillo. Pero, a medida que la siringa beduina se alejaba, el son se hacía más débil y se velaba de melancolía. Y al fin se diría que era la voz de un alma perdida en el espacio o el grito de un pobre grillo que susurrara en el silencio del crepúsculo.

Abydos y sus maravillas habían desaparecido tras la línea sinuosa y sombría de la cadena líbica.

## V

### EL TEMPLO DE DENDERAH Y EL PANTEÓN EGIPCIO

En la antigua Tentyris, hay un templo que es la imagen arquitectónica, la ilustración pictórica de la teogonía y la cosmogonía de los sacerdotes egipcios, es decir, del sistema del universo que hacía para ellos las veces de síntesis científica y que se reflejaba en las instituciones religiosas y sociales, de las que Tebas nos dará el cuadro concentrado, la contraprueba histórica.

La colina de escombros que rodean al templo de Hathor oculta más de sus dos tercios. Ya desde el barco se distingue en medio de la llanura cultivada esa ligera y ajena ondulación del terreno de donde emerge un edificio rectangular. En él se ven siete agujeros negros, parecidos a siete puertas: es la parte superior de la columnata del templo, al que ha habido que desenterrar retirando las ruinas acumuladas y el limo secular, bajo el cual dormía enterrado e intacto. Y gracias a que se ha conservado íntegramente, vuelve a la luz la síntesis del pensamiento egipcio con todo su esplendor impersonal; síntesis viviente, parlante y casi activante, construida con granito, tallada en bajorrelieves y cifrada en jeroglíficos (1).

(1) *Denderah*, por Mariette, 3 tomos con láminas y texto.

Desde que uno se asoma al montículo, se da cuenta de la grandiosidad y belleza del templo, que subsiste entero con sus columnas, sus cuatro salas, su vestíbulo, su nave, su santuario, su círculo de capillas, sus criptas, sus cielos rasos astronómicos, su ornamentación figurada y su comentario jeroglífico. Una escalera giratoria, practicada en el espesor del muro, conduce al techo, en forma de terraza, sobre el que se levanta, como en Philae, la capillita de Osiris. El templo de Denderah pertenece, como el de Edfú, a la época ptolomeica; pero ambos fueron construidos según los principios y el modelo de los antiguos templos egipcios. Una inscripción de Edfú dice que el templo de Hor fue construido "según el plan del gran libro que cayó del cielo al Norte de Menfis" lo que probablemente indica la religión de Osiris, llamado de Hermes, y promulgada en Abydos. El texto de la lápida añade: "Este monumento ha sido restaurado por su Majestad y sus hermanos; tiene la forma de *la Montaña del Sol*", la que significa el Arquetipo trinitario de los principios constitutivos del universo: Osiris, Isis, Horus (*Esencia, Sustancia y Vida*) que se reflejan también, aunque en grados diversos, en el mundo divino o espiritual, en el mundo intelectual o humano, y en el mundo natural o animal. Los tres mundos y la unidad divina que los rige, constituyen el

cuaternario del Universo (1). Estos textos irrefutables, grabados en la piedra, nos autorizan a buscar los principios de la síntesis egipcia en la estructura misma del templo. Todo el verdadero templo es una imagen del universo y del hombre; la anatomía es, en el hombre igual que en el universo, la base de la fisiología, y ésta no es sino el funcionamiento orgánico de la divina Psiquis que anima el cuerpo.

El pilono que aún se mantiene en pie, es verdaderamente triunfal. La alta puerta trapezoidal representa la entrada real en el templo de los dioses. La divinidad adorada no representa aquí, como en muchos templos griegos, uno de los aspectos de la naturaleza, sino a la naturaleza misma, Hathor, la madre de los Dioses, quien engendrada por los principios eternos, los vuelve a dar a la luz para el mundo y los manifiesta a los hombres. Contemplemos la fachada. Sobre los tres huecos negros y amplios del interior se dibujan las seis redondas columnas que forman las siete puertas de la entrada.

(1) Cada uno de estos mundos era a la vez *Esencia, Sustancia y Vida*, es decir, *Espíritu, Alma y Cuerpo*, y tenía tres divinidades o principios, concebidos como *Padre, Madre e Hijo*. Estos nueve Principios o Dioses, formaban lo que los sacerdotes egipcios llamaban, en su síntesis científica y religiosa, la gran enéada (o novenario) o *Paut*. No se deben confundir estos *principios constitutivos* del universo y del hombre con sus *principios generadores* enumerados a propósito del templo de Abydos. Los primeros son tres en número; los segundos, siete. El Temario, que se resume en la Unidad, es la ley íntima y divina del Ser; pero el Septenario rige su evolución en el tiempo y en el espacio. El Septenario está representado en el templo de Denderah por las siete puertas de entrada.

Los cuatro lados de los cuadrados capiteles son idénticos, y representan el rostro de la diosa. Los ábacos que separan a estos capiteles del arquitrabe representan capillitas. Estas enormes columnas de cuádruple cabeza femenina, producen una impresión terrorífica y majestuosa, pues créese sentir el prodigioso empuje de la naturaleza en su poder de alumbramiento, terminado por la efigie humana y tiránicamente dominada por la línea horizontal del arquitrabe como por el peso de la eternidad. Pero descendamos por la escalera que, desde lo alto de la colina de escombros se hunde en el interior del templo ya limpio de desechos. Nos encontramos en la sala hipóstila. Los enormes capiteles de la fachada se dibujan ahora en el cielo, y forman siete cuadros de luz por encima de las puertas muradas. Los iniciados del primer grado penetraban en esta sala que lleva el nombre de *Sala de Neit*, diosa del cielo y del espacio, y que corresponde al mundo de las *fuerzas elementales*. El enlosado del templo representa la tierra. Plantas fluviales, lotos y papiros adornan la base del muro. Después, se ven bandadas de pájaros y los rostros de los Faraones oficiantes. El techo pintado de azul está cubierto de estrellas de cinco puntas, entre las cuales vuelan los buitres de Netchah y de Uazit, que simbolizan el mediodía y el Norte. En las profundidades de este firmamento navegando el sol y la luna sobre las aguas celestes del *ether*, escoltados por los planetas, las cons-

telaciones y los decanatos. Los genios del mes y de los días marchan en largas filas alrededor del Zodíaco.

Una puerta alta conduce a *la sala de la manifestación* que corresponde *al mundo humano e intelectual*. Una pintura, más notable por su sentido que por su ejecución, representa aquí al Faraón, quien tiene la *cabeza* inclinada y labra la tierra ante Hathor, lo que quiere decir simbólicamente que está preparando a la humanidad para recibir los gérmenes de la verdad divina en calidad de Hijo del Sol. Por la sala intermedia de las ofrendas se penetra en la que lleva el nombre magnífico de *sala del esplendor y del reposo de los Dioses*, la cual corresponde *al mundo divino de los espíritus glorificados*. Esta sala da al santuario propiamente dicho, el cual está rodeado de doce capillas que representan el *círculo de los dioses o de los Principios-Fuerzas* que son los rayos diversos del Gran Dios. La capilla central contenía la barca de oro con la estatua de la Diosa. Era *el arca santa* que contenía *el arquetipo*. El santuario entero recibe en las inscripciones el nombre de "montaña del Sol en que la Madre de los Dioses se une con el Padre Ra en las cámaras de las delicias". La simbología egipcia no está lo bastante avanzada para poder indicar la significación exacta de las doce capillas del círculo; pero los nombres que llevan en Edfú (cámaras de Osiris, del trono de los Dioses, del alumbramiento de la Sustancia) indican suficientemente que tenían su significado

metafísico trascendente. El santuario tiene un subterráneo en que están reproducidos los compartimientos. En nuestra carrera de antorchas a través de las innumerables criptas, nubes de murciélagos nos golpeaban el rostro y revoloteaban alrededor de nuestras bujías. No me ha quedado más que un confuso recuerdo de las pinturas que recubrían los muros; sin embargo, me han impresionado dos imágenes. La primera era una Isis colocada sobre una puerta que presenta un loto al Iniciado, quien responde con una expresión seria y triste a la hermosa sonrisa de la diosa. La flor, que él no ha tocado todavía, es demasiado bella y él no cree que pueda existir. La otra está en una cripta profunda, es una Isis primitiva. Está acostada en un ángulo del cuadro. La cabeza se yergue, y sus brazos levantados anhelan el espacio. Su severo y recto perfil de hierática belleza está recubierto con una capa negra; mas la gran pupila azul de la diosa contempla el infinito. Varias flechas doradas surgen del ángulo opuesto del cuadro y atraviesan el cuerpo de la Diosa. Isis, el Alma del Mundo, se despierta de su noche eterna bajo la irradiación de Osiris, y los mundos nacen con su mirada extasiada.

Como se ve, la división cuaternaria del templo de Denderah y su decoración interior ofrecen la imagen de una cosmogonía y de una teogonía que debían corresponder sin duda a los cuatro órdenes de ciencia que se enseñaban en los templos: ciencias naturales,

humanas y divinas y ciencias de los principios, de las que únicamente las dos primeras se confiaban a los laicos. Añadamos a esto que el culto ponía en acción, por media de la pompa externa, las más profundas ideas de la teosofía osírica. En el gran panegírico o fiesta del año nuevo, el Faraón penetraba acompañado del gran Pontífice en la parte secreta del santuario que sólo ambos tenían derecho a abrir. Luego, mientras se realizaban las ceremonias santas en las doce capillas, era sacada a la luz de las antorchas la imagen de la diosa, sobre una barca de oro; y, entre torbellinos de incienso, aparecía sucesivamente en las salas del esplendor, de la Manifestación y del Universo, o sea la del techo astronómico. Y por último se la paseaba a la luz del día, dando vuelta a los jardines del templo, bajo una lluvia de flores, mientras se oían las aclamaciones de la multitud y el rumor de los sistros y de los himnos sagrados. Así se celebraba la fiesta de la Primavera, del Amor, del Renacimiento universal. Pero tras esta ceremonia se ocultaba una profunda idea metafísica y religiosa. La diosa en actitud de salir del santuario representaba los principios divinos atravesando los tres mundos y manifestándose por medio de lo Femenino-Eterno. El Faraón, que procedente del exterior, se internaba hasta el corazón del templo a través de las tres salas de la iniciación representaba, a la inversa, al hombre que se remonta desde el mundo material y terres-

tre hacia su principio espiritual. De suerte que este culto simboliza la doble ley de la involución y de la evolución del Universo, dominado por la ley de jerarquía de las almas y los principios.

Es posible que la comprensión de estas ideas y su expresión religiosa en un pasado lejanísimo, no sean inútiles a la orientación histórica y filosófica del siglo XX.

Los espíritus superficiales podrían creer hace veinte años que el positivismo triunfaría, porque nuestros guías intelectuales afirmaban orgullosamente que el alma no es más que un movimiento complicado de la materia, y se jactaban de que llegarían a enterrar la idea de Dios, cubriéndola con flores. Hoy, se suspira en todas partes por el mundo del alma y por la idea de Dios como si se añoraran paraísos perdidos..

Los hombres vuelven a percatarse de que el mundo moral no es posible sin un principio intelectual y ordenador que sea al mismo tiempo la cumbre y la balanza, el origen y el fin del universo; y vuelven a darse cuenta de que no es posible concebir el mundo natural y visible que sirve de base al mundo moral, si se prescinde del doble principio de la inteligencia creadora y del alma sensible en todos los grados de todas las esferas del ser.

Considerada exotéricamente, es decir, vista desde fuera, la religión egipcia parece una mitología complica-

da, supersticiosa e idólatra, que es lo que fue, en efecto, para la mayoría del pueblo egipcio. Considerada esotéricamente, es decir, desde dentro, esta religión nos descubre una síntesis notable y una aplicación no menos sorprendente de las verdades intuitivas, primordiales e inteligibles que el espíritu aprehende *a priori* en su propio arcano y sin las cuales todo el aparato experimental termina inevitablemente en el más peligroso y funesto de los caos.

Añadamos a esto que los sacerdotes egipcios debieron conocer perfectamente los fenómenos psíquicos que nuestros sabios presumen haber descubierto; fenómenos a los que se han dado los nombres de magnetismo animal, sugestión, desdoblamiento de la personalidad, telepatía, sonambulismo, doble vista, exteriorización de la sensibilidad y proyección en el aire del mediador plástico o *doble* humano durante el sueño cataléptico del sujeto. Todo nos induce a creer que los sacerdotes egipcios practicaron con profundo conocimiento esas artes sutiles y peligrosas en que los hombres modernos hacemos pequeños tanteos. Los discípulos de Hermes no habrían podido construir, sin los estudios experimentales y las ideas razonadas, la sabia psicología que sirve de fundamento al *Libro de los Muertos*, ni habrían creado tampoco la síntesis filosófica representada simbólicamente en sus templos que sobreviven a todas las destrucciones. Menos avanzados que nosotros en el conocimiento ma-

terial, analítico y matemático de la naturaleza, nos superaban mucho en las prácticas y en los conocimientos psíquicos.

Ahora bien, el alma es el centro del universo. Por eso, la psicología experimental será la ciencia central del porvenir, y, por eso, el loto, símbolo del alma, es la flor amada por Isis, según la simbología egipcia.

## VI

### TEBAS . - GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS FARAONES

¡Pero marchemos a Tebas! Tras estos cortos altos en los santuarios que conservaron durante cinco mil años el alma del Egipto sagrado, nos reclama la ciudad sacra, esa ciudad en que alcanzó su límite el poder de los Faraones y de cuyo esplendor desaparecido hablan aún las ruinas dispersas. Vayamos, pues, a saludar a Pa-Amen; dirijámonos a la morada de Amón, a la Dióspolis magna, a Thena la santa, al "arca de los cien pilonos", como la describió magníficamente Hornero con tres palabras.

Las dos cadenas de montañas que forman el valle del Nilo, describen dos grandes semicírculos alrededor de la llanura de Tebas como si quisieran servir de defensa a la metrópoli del Alto Egipto, que ocupaba las dos orillas del río. La ciudad se extendía en un diámetro de dos leguas; su perímetro tenía seis. Abydos y Denderah nos han descubierto la parte íntima y mística de la religión egipcia y nos han dejado lanzar una mirada en la profundidad de su filosofía. La morada

de Amón en Tebas es, más bien, la expresión de su esplendor exterior, de su poder social y político, que se condensa y resume en la grandeza del faraonato. Esta construcción que debía parecer una hilera de templos cortados por patios y obeliscos, ocupó a los arquitectos egipcios durante diez y ocho siglos. Fue comenzada durante la XII dinastía (el año 3060 antes de J. C), interrumpida durante seis siglos, vuelta a emprender, abandonada y comenzada de nuevo; pero siempre agrandada de época en época. Trece faraones trabajaron en ella; desde Usertesen a Ramsés III. La famosa sala hipóstila tiene ahora tres mil trescientos años. En suma, es una glorificación de los grandes Ramsésidas protegidos por el dios solar. En los muros exteriores se describen por medio de gigantescos bajorrelieves las victorias de Seti I y de Ramsés II, y las campañas contra los árabes, etíopes, sirios y khetas. La Imagen colosal del esbelto y musculoso Faraón, que de pie en su carro de guerra combate con su arco tendido contra un ejército liliputiense al que pisotean sus caballos encabritados, se repite indefinidamente. Subid al gran pilono de la entrada y contemplaréis todo el templo de Karnak, que os parecerá una fortaleza desmantelada, cuyos restos se mantienen en pie entre montañas de piedras y muros agrietados\*. Pero bajad, atravesad el patio, entrad en la sala hipóstila y sentiréis un escalofrío de admiración ante el templo

más bello o, por lo menos, el más grandioso de la tierra.

Las doce columnas de la nave central, coronadas por magníficos capiteles campaniformes, son tan gruesos y casi tan altos como la columna de la Vendome. Las ciento cuarenta columnas de las naves laterales son menos altas, pero no por eso dejan de formar el más imponente bosque de piedra. Aquí, fustes casi derribados se apoyan oblicuamente en los más próximos; allá, enormes tambores de columnas hacinadas muestran a los dioses precipitados uno contra el otro desde el pináculo de los cielos; más allá, rotos arquivadros detenidos en su caída sostienen desde hace dos mil años una techumbre siempre a punto de venirse abajo. Estas ruinas que desafían aún a los siglos, son obra de un temblor de tierra. El templo derruido desde la base a la cima, pero siempre invencible, presenta la imagen de la formidable conmoción. El admirable genio arquitectónico de los egipcios es lo que en Karnak nos produce mayor sensación. Ellos inventaron la columna, inspirándose en la palmera. Y ya se termine el pilar en forma de botón cerrado o acanalado de lotos o ya se abra en forma de cáliz, es un árbol ideal y colosal, repleto de savia, pero de contorno recogido y firme que concentra su fuerza en una flor única. La imaginación griega creó los órdenes dórico, jónico y corintio, volviendo a trabajar este tema, simplificándolo y desarrollándolo

en una proporción orgánica, y supo así producir por separado la impresión de la fuerza, de la gracia y de la exuberancia que se confunden en la pesada majestad de la columna egipcia (1).

Y, en fin, Grecia coronó la columnata con una radiante invención de su genio, con un frontón en donde esculpió el drama humano de sus dioses o el triunfo de los héroes divinizados. Pero el templo de Amón-Ra en Karnak es himno de piedra al Espíritu único, absoluto y soberano, al Dios de los dioses.

Tres días seguidos he errado por la ribera del Nilo, entre los restos de la Tebas occidental, tan apropiadamente denominada Memnonia por los romanos. Fue para los egipcios la ciudad de las conmemoraciones fúnebres y del pasado, de la que no queda hoy día más que una rica llanura cultivada en donde el Nilo deposita anualmente su fértil limo.

Dos colosos sentados, tan altos como los templos, se yerguen en el centro de este mar verde. Las ruinas están esparcidas en forma de media luna alrededor de la montaña de Bar-el-Moluk que describe aquí un vasto semicírculo de rocas desnudas, abruptas y salvajes, hendidas por estrechas barrancas. Estos restos son: el templo de Tuthmés II y el palacio de Ramsés III

(1) Véase el capítulo sobre *Le pilier et les oracles égyptiens* de la obra de Ferror y Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'antiquité*, tomo primero.

en Medinet-Abbu; más lejos están el Ramesseum, en donde mora Sesostri y el Templo de Seti, en Kurna. En fin, en el fondo del circo y junto a la montaña, se extienden las terrazas del templo de la reina Hatassú, que usurpó durante treinta años el poder a su hermano, tan inteligente y ambicioso como ella; de esa reina que consiguió maravillosos triunfos en Etiopía y que se hacía representar con barba en los monumentos, para afirmar más rotundamente que era igual a los Faraones. Una multitud de obras desfilan y se confunden en mi memoria: pórticos y más pórticos, colosos derribados y hechos pedazos que todavía forman verdaderas canteras de roca, esclavos retorcidos, cariátides, almenas de fortalezas, balcones de placer; y, en los bajorrelieves de los muros, las guerras, los triunfos, los cortejos de sacerdotes, los sacrificios, las ofrendas, los pueblos tributarios, las flotas cargadas de ébano, marfil y oro. Me he internado después por un suelo ardiente en el valle tortuoso de las tumbas de los reyes, en que las rocas amarillentas se persiguen y mezclan como leones encadenados. En sus gargantas polvorientas se abren negros boquetes. Son las tumbas de los Faraones, denominadas siringas por los griegos, debido a sus laberintos y corredores excavados en la roca, que parecen largos tubos de flauta. En los muros de estas cámaras funerarias se desarrolla con serenidad pasmosa y por medio de pinturas policromas toda la enigmática mito-

logía de la muerte, toda la simbología de ultratumba. De vez en cuando, se ven hermosas y graves figuras de tamaño natural en el dintel de una puerta que conduce por la escalera de suave pendiente a una tumba más profunda; figuras que, tan pronto son de jóvenes oficiantes que, vestidos con trajes cortos o plisados, levantan los brazos en señal de adoración y llevan vasos de que brota el agua lustral, como de ancianos, inclinados sobre grandes arpas con cabeza de esfinge que murmuran el canto solemne de la eternidad. He vuelto a la vertiente oriental de la cadena líbica trepando por detrás de la montaña de Babel-Moluk, desde donde puede contemplarse el soberbio panorama de la cuenca de Tebas; he encontrado de nuevo el grandioso circo de rocas cortadas a pico en que se apoya el templo de la reina Hatassú, y he retornado por las colinas de Asasif. Esta vasta extensión de arenas llenas de ruinas fue una necrópolis. Hoy día es una villa de *fellahe*s, acribillada como una colmena de tumbas vacías.

Durante mi paseo melancólico ha seguido mis pasos una *fellahina* de doce años que, corriendo siempre a mi lado y llevando en la cabeza una jarra llena de agua, me ofrecía de vez en cuando su bebida. Había aprendido estas tres palabras inglesas: *Fatna your friend* las cuales repetía incesantemente para halagar a los extranjeros. La insinuante sonrisa de la pequeña mendiga calmó la tristeza que me producía la contemplación de tantas

tumbas profanadas y fosas abiertas y de todo el polvo humano que flota en el ambiente. Lamentable es aquí el destino de la humanidad anónima; pero todavía es más lamentable el de los faraones de los hipogeos violados, exhibiendo sus tristes momias y sus fétidas vendas en las vitrinas del museo de Gizeh. Mas las lindas piernecitas nerviosas de Fatna corrían- infatigablemente sobre las tumbas, los arroyos y las piedras, y sus negros ojos no dejaban de brillar en el rostro desalentado y fino, ni el agua fresca de cantar en la jarra de tierra. ¡Qué imagen de la humanidad olvidadiza y joven, que renace eternamente sobre todas las ruinas con su fugaz alegría de un día! Si hubiera sido yo escultor, esta rústica canéfora que, lanzada a la carrera, sostiene con una mano la vasija colocada oblicuamente en su cabeza y oprime con la otra un ramo de flores campestres, me habría servido de modelo para esculpir una estatua de la Indiferencia.

Yo había vuelto a la ribera occidental del Nilo, y la barca que debía conducirme a Luksor navegaba ya arrastrada por la velocidad de la corriente y todavía gritaba la *fellahina* de pie en la orilla con su voz penetrante y triste *Fatna your friend!* ¡Breve amistad que dejara tras sí únicamente una imagen encantadora y sin desilusión!

Cuando se han recorrido las ruinas de la ciudad de Ammón no es muy difícil reconstruir su fisonomía

general en tiempos de los Ramsésidas. Tebas debía parecer más bien un conjunto de burgos pequeños, agrupados en torno de enormes torreones, que una ciudad compacta y regular como Babilonia y Nínive. Estos torreones eran los templos que rodeaban a la ciudad con los gruesos muros de sus recintos, tras de los que asomaban los multicolores capiteles de las fachadas y las fuertes líneas horizontales de los arquivoltas. El castillo real, los cuarteles y los palacios de los grandes personajes formaban otros macizos más pequeños. Las casas de los ricos, construidas con ladrillos rojos y blancos, añadían sus tonos vivos a la pompa fastuosa de los santuarios. Rebasándolo todo había un bosque de pilonos y obeliscos. Así debería ser la antigua Tebas. Los jardines reales se bañaban en el Nilo, regados por la multitud de canalillos llenos de todas las flores de los trópicos, con sus coquetos pabellones, sus columnas de madera pintada, y sus balcones suspendidos sobre el río que se podían ver desde fuera. Navios azules, de velas purpúreas y proas encorvadas recorrían el Nilo entre flores de loto. Se oían orquestas, y barquitos tan esbeltas como las caicas del Bósforo o las góndolas de Venecia jugueteaban en las aguas.

Tebas sintetiza la grandeza y la misión del antiguo Egipto. Es costumbre presentar al faraonato como una reacción de la casta guerrera contra la sacerdotal. Pero lejos de ser el Faraón un usurpador de la fuerza arma-

da en contra de la fuerza intelectual, se nos aparece como el representante visible de la religión solar de Osiris y de Hor. Si el Faraón es rey y es Horus, es porque es iniciado; y si es hijo del Sol, es porque lo es del templo. No cabe duda que existieron faraones crueles y libertinos, como también es cierto que los hubo heroicos, bienhechores y sabios; mas el alto sacerdocio no dejó de disciplinarlos en sus escuelas, de vigilarlos y dirigirlos en el trono. Más de un Faraón fue destronado y más de una dinastía se creó y deshizo por la influencia secreta de los colegios sacerdotales. Cuando Herodoto visitó los santuarios egipcios, sus sacerdotes le llenaron de asombro al mostrarle las estatuas de 340 pontífices que habían gobernado sucesivamente el país. Calculando la duración de cada pontificado en veinte años como promedio, nos llevaría a seis mil años antes. ¡Ellos fueron los verdaderos dueños de Egipto! Los faraones fueron los ejecutores de su pensamiento, o los rebeldes a quienes el sacerdocio tarde o temprano destronaba. Ningún rey se atrevió a tocar las inmensas posesiones territoriales del sacerdocio ni los privilegios que les conferían la justicia y la administración. Los sacerdotes de Amón-Ra, reclusos en el retiro de sus templos durante la crisis capital de Egipto, es decir, durante la invasión de los hyksos, salvaron el alma de la nación y su profundo pensamiento, conservando la doctrina íntegra contra los cultos disolventes,

organizando la resistencia, y educando a vengadores escogidos. La lucha duró cuatro siglos, hasta que Amosis el libertador logró expulsar a los extranjeros. Entonces llega la época de las conquistas, el apogeo de Egipto. Los Tuthmés, los Seti, los Ramsés, extienden su imperio desde el Sudán hasta el Eufrates. Fue el triunfo del pensamiento tebano que se fija y fundamenta en muy diferente objeto que la victoria de Egipto sobre Asiria. Está en juego un interés capital de la humanidad: ¿logrará o no el Asia anarquista y absolutista, ahogar la doctrina de los Principios y de las Ideas-Madres? ¿Se extinguirá la antorcha sagrada que arde oculta en el templo de Amón-Ra antes de extender sus rayos sobre el mundo? La antorcha se conservó y la luz fue transmitida. Hay que fijarse en que la decadencia del faraonato comienza poco después del reinado de Ramsés II y de su hijo Menephtah, es decir, después del éxodo de los judíos y del establecimiento de la religión dórica en Tracia. Parece ser que la misión histórica de Egipto ha consistido en legar a Judea la doctrina masculina de Amón-Ra, y en encomendar a Grecia los misterios de Isis, que son su complemento. Moisés, educado en los santuarios de Egipto, pero arrebatado por una inspiración personal todopoderosa, hará renacer a Amón-Ra con una vida nueva en el pueblo de los Beni-Israel y de los Ibrim, recogido por él en el delta y en el desierto. La idea monoteísta que fuera en Egipto privilegio

de sacerdotes e iniciados, llegará a ser para Moisés la razón de existencia de un pueblo, en donde los profetas harán que nazca la idea social de la justicia universal, y en donde el Cristo afirmará la vida espiritual del individuo y el principio orgánico de la humanidad. Por otra parte, Osiris e Isis pasaron con otros nombres a Grecia para inspirar los viejos cultos órficos y propagar la palabra de vida en nombre de Dionysos, de Deméter y de Perséfone (1). El arca del Verbo solar se encamina hacia Jerusalén, y la barca de Isis navega hacia la tierra de Hellas. Desde ese momento ya no le resta al pueblo de Hermes más que decaer y morir. Nueve siglos después de la toma de Nínive por Tuthmés, Aschuredín entró a saco en Menfis. Y, en fin, el feroz Cambises, hijo de Ciro, queriendo destruir a la rival de Asia, a la madre y al tronco de donde salieran los Faraones, ataca al arca santa, llega hasta Tebas, saquea sus templos, despoja y diezma a sus sacerdotes, y substituye al pontífice de Amón-Ra por un sátrapa persa. Entonces es destruida la nación egipcia con sus glorias, sus ciencias y sus misterios. Alejandría los refleja todavía durante algunos siglos en su faro turbio y cambiante; pero pronto se realizó la predicción que Hermes

Trismegisto dijera a Asclepios: "¡Oh Egipto, Egipto!  
No quedarán de ti más que fábulas en las que no  
creerán las generaciones futuras, y palabras talladas  
en piedras".

## VII

### LA ISLA DE PHILAE. —EL DRAMA SAGRADO DE ISIS Y DE OSIRIS

Los griegos y romanos que iban de peregrinación a Egipto no dejaban jamás de remontar el Nilo hasta más allá de Tebas, hasta la isla de Philae, en la cual recibían la última iniciación bajo el velo poético del drama sagrado por medio del cual consentían los hijos de Hermes en revelar el mayor secreto de su religión a los laicos o a los extranjeros escogidos. Osiris era el corazón de la religión egipcia; mas Isis que llora la muerte de su esposo divino y lo resucita por el poder de su amor, era el corazón del corazón, el arcano del arcano, por lo que Philae, con sus templos dedicados a la buena diosa, pasaba por ser la isla santa y anhelada entre todas. Su reputación ha sobrevivido entre los árabes y los bereberes a la muerte de los dioses egipcios. Los árabes han hecho de la historia de Isis y de Osiris un cuento de las Mil y una Noches, y han denominado a la isla de Philae *Anis-el-Vogud*, lo que quiere decir *Delicias de la vida*, pues es un lugar maravillosamente escogido por su soledad y encanto exquisito,

así como por un no sé qué salvaje, triste y tierno que despierta emociones profundas e inolvidables.

La pequeña población de Assuán, que es la última de Egipto, es ya casi nubia, con sus blancas casas situadas bajo las palmeras como bajo un parasol, sus bazares llenos de plumas de avestruz y de armas extrañas de los salvajes, con callejas en las que los niños de tipo nubio juegan familiarmente con monos de ágiles y diminutas manos. Aquí siéntese el europeo en los confines de la gran civilización mediterránea, y entra en contacto con el África negra, donde todavía sueña el hombre el ensueño de la animalidad. Además, estamos en el trópico de Cáncer. El sol del mediodía, que cae a plomo desde el cenit, se contempla en el fondo de los pozos, y el europeo se maravilla de no ver su sombra. Para visitar la isla de Isis es preciso tomar la ruta de tierra, seguir el camino de los antiguos peregrinos y volver por los rápidos conocidos con el nombre de primera catarata del Nilo. Hora y media a caballo bastan para llegar a Philae desde Assuán. Al salir de la población se entra en pleno desierto. Dejemos allí los cementerios árabes, los cenotafios cubiertos de versículos escritos en caracteres cúficos sobre los que pasea la arena su lienzo amarillo. No lancemos más que una mirada a las canteras de Syena, esa hermosa vena coloreada de la tierra, cuyo granito verde, blanco, rojo o rosa ha provisto a los Faraones de tantas columnas, obeliscos y colosos. A

ambos lados del camino se leen inscripciones egipcias, griegas y romanas. Las trazaron peregrinos de otra era que, desde los tiempos de Usertesen hasta los de Juliano el Apóstata han cubierto las rocas con sus nombres ilustres o desconocidos. Los lindos pueblos de Mahada y Schellal se abrigan bajo los sicomoros a la orilla del Nilo. Ante nosotros tenemos ya, rodeada de rocas salvajes, la isla encantadora y misteriosa de Philae, cuyo nombre helenizado recuerda el verbo amar, aunque en Egipto significa "la isla del fin", la Finisterre del Egipto sagrado.

La isla, alargada en el sentido del Nilo, tiene forma de sandalia. En su arista resaltan las columnatas y los dos pilonos del templo de Isis con sus tonos brillantes. El templito hipestre de Trajano colocado sobre una terraza, se refleja en el agua de la orilla oriental. De todo el edificio, el cual no tiene ya techo, no quedan más que los cuatro arquivadros que se apoyan en doce columnas de capiteles papiriformes.

Este pabellón aéreo parece haber surgido de la tierra como una vegetación de grandes flores de oro entre las palmeras que él sobrepasa y los setos de las acacias ceñidos en sus plantas. Un cielo eternamente azul sonríe entre los cálices abiertos de las columnas elegantes, entre las cuales se deslizan las golondrinas. Este pequeño templo tan gracioso y poético parece invitar a las barcas a que anden en su ensenada y dice al viajero: "Las

tristezas de la vida no traspasan mi umbral; van a reposar en la paz de Isis". Si se sigue navegando se llega a la extremidad sur de la isla, en donde desembarcaban los peregrinos de la antigüedad para ser acogidos por los pastóforos en lo alto de la escalinata de la terraza. El patio de entrada los recibía entre las dos columnas no paralelas, que llegan, separándose cada vez más, al primer pilono guardado por leones. Este camino, que se eleva en suave pendiente entre dos hileras de columnas que huyen hacia la santa morada, produce una impresión de alargamiento y libertad. El techo del pórtico está ornado con estrellas negras sobre fondo azul, como para significar que la luz física se extingue en la profundidad de la luz divina. Tras de atravesar el primer pilono, penetramos en el patio hipóstilo que muestra a la izquierda el "Mammisi" o sala del alumbramiento, en la cual se adoraba a Isis como madre de Hethor y de Horus, es decir, que en ella se rendía culto a la luz celeste que da a luz el mundo visible y el hombre. Los cuadros existentes en la sala tratan de la infancia de Horus, quien toca la lira ante su madre o recibe de Amón-Ra el emblema de la vida y de Toth, el de la Inteligencia. Por el segundo pilono se penetra en el *parodos*, cuyas magníficas columnas de pintados capiteles nos muestran la delicadeza policroma de la arquitectura egipcia.

Cuando se levanta la vista hacia las coronas de este

bosque de piedra, se ven las blancas flores de loto estriadas de azul surgir entre el verde de las hojas de palmeras. El *adytum* guardaba la estatua de Isis que se dejaba ver oculta tras un velo brillante en la penumbra del santuario. A la capilla de Osiris se subía por la escalera interior del muro. La capilla estaba colocada al aire libre sobre el techo del templo, y se ha librado por milagro de las devastaciones de los cristianos que quizá creyeron ver en ella una imagen de la resurrección, ya que se ve allí un cuadro notable de la resurrección de Osiris, saliendo del ataúd en presencia de Horus y de una Isis alada. Cuando el neófito llegaba a este lugar había ya pasado por toda la iniciación, por decirlo así, y se había convertido en hijo de Isis. El sacerdote le explicaba el significado supremo y oculto de la transfiguración de Osiris en presencia de este cuadro y a la sombra transparente de una noche estrellada.

Lancemos desde aquí un mirada a la isla y sus alrededores. El lugar tiene cierto aspecto inquietante y apacible, extraño e íntimo a la vez. Su horizonte no es como los vastos horizontes cultivados de Tebas, de Siut y de Abydos. El Nilo da aquí una gran vuelta por entre las orillas abruptas y se eriza de escollos. Por doquiera surgen rocas de granito y de negra sienita con venas de diorita color verde oscuro, que ora forman arrecifes espumosos en el centro del río, ora se derrumban sobre el Nilo en escaleras tumultuosas, ora se yer-

guen como castillos arrogantes en los picachos amenazadores. El tinte rojizo de las rocas llenas de manchas negras, da al conjunto del paisaje un aspecto fantástico e infernal. Diríase la serpiente Tifón, el genio del Mal, vomitado por la tierra incandescente y revuelta, roja todavía por el fuego que la devora, y retorciendo sus escamas mal enfriadas alrededor del río y de la isla sagrada. Pero ésta brilla pura y tranquila en el seno de la naturaleza hostil. Y la virgen intangible y sagrada, sonrío en su recinto de mimosas, en su delicados ramos de palmas y en su diadema de. templos que son sus adornos.

Este es el momento de recordar el mito de Isis y Osiris que debía Egipto legar al mundo como la flor de su pensamiento. Si la doctrina de Osiris se remonta hasta la noche de los tiempos, su forma dramatizada data probablemente de la invasión de los Hyksos. Cuando los bárbaros de Asia sometieron a la tierra de Hermes y la autonomía nacional se vio amenazada, los sacerdotes tebanos esparcieron entre el pueblo esta leyenda que encerraba en un velo protector impenetrable, para el extranjero, el arcano de la religión y la esperanza más sagrada de la patria, que como antorcha debía arder en sus corazones e iluminar las conciencias como una lámpara. He aquí lo que contaron:

Osiris, primogénito del Cielo y de la Tierra, reinaba en Egipto con su celeste hermana Isis, su esposa en

este mundo. Este dios encarnado en un rey, era sabio y hermoso. Su mujer fue llamada la buena y la luminosa, pues los recuerdos divinos, las esperanzas y los consuelos dormitaban en su seno, despertándose bajo la mirada de su esposo, innumerables y maravillosos. Tan profunda y perfecta era su unión, que el universo entero llenábase de júbilo. Ellos enseñaron a los hombres del campo el arte de cultivar la tierra y el de la escritura. Después de haber civilizado a los habitantes de la tierra de Kem, quiso Osiris instruir a los bárbaros, y partió hacia Asia, dejando a Isis, reinando en Egipto. Sin embargo, Set-Tifón, el dios del abismo y del fuego, celoso de las glorias de su hermano, acechaba a la diosa y meditaba su venganza. Tenía por esposa a Neptys, la diosa de las regiones húmedas. Cuando Osiris volvía de la expedición triunfal en que había encantado por medio de la música a los bárbaros, Tifón encargó a su esposa que atrajera a Osiris a una emboscada. Neptys robó a Isis su vestidura luminosa y perfumada. Envuelta en ella, tomó apariencia de su hermana, y atrajo a Osiris a su lecho al borde del Nilo. De esta unión híbrida nació más tarde Anubis, el terrible guardián de las sombras, el jefe de los fantasmas elementados. Mientras que Osiris dormitaba abatido por la voluptuosidad y la laxitud, Set-Tifón se lanzó sobre él, le mató con su tridente, despedazó su cuerpo y echó los miembros separados al río.

Terribles clamores y lamentaciones corrieron a lo largo del Nilo y llegaron hasta Tebas. Isis salió desatinada de su palacio, cubierta de cenizas, vestida de negro, y lanzando gritos y gemidos. En seguida, mandó construir una barca y un arca para buscar los fragmentos del cuerpo de Osiris y, poniéndose al timón, se dejó llevar por el Nilo. A medida que iba encontrando los fragmentos los colocaba en el arca. Cuando descubrió la cabeza de Osiris varada entre los lotos, la regó con sus lágrimas, la oprimió contra su corazón, y, levantándola entre sus manos, la contempló largo tiempo... De súbito, los ojos del dios se abrieron, y su rayo deslumbrador penetró hasta el corazón de la diosa. ¡De este rayo concibió ella a Horus, el libertador! En este momento un niño burlón y atrevido que estaba oculto entre los cañares espiando a la diosa, se puso a reír, Isis se volvió enfurecida y le lanzó tan terrible mirada que cayó muerto.

Mientras tanto, el ejército de Set-Tifón se apoderó de Tebas, y Egipto se llenó de plagas. Pero Horus, el niño maravilloso, iba creciendo en el retiro de Abydos cuidado por su madre. Tenía la belleza y la fuerza de su padre; pero era más impetuoso y un haz de rayos solares precedía a su aparición. Él amansaban los leones, y domaba caballos para sus futuros combates. Cuando llegó a la edad adulta, se atrajo partidarios y supo triunfar de Neptys, la mujer de su enemigo. Después de lar-

gas luchas, deshizo el ejército de Set-Tifón, quien, herido por la lanza de Horus, cayó en su poder. Isis perdonó la vida al derribado rebelde, diciendo con suprema sabiduría que Tifón era necesario para el mundo; que si la tierra sostiene al cielo, el abismo sostiene a la tierra; pero Horus, irritado por su clemencia que perdonaba la vida al asesino de su padre, arrancó la diadema real de la frente de su madre; corona que Hermes substituyó por un casco.

Entonces, Isis y Horus convocaron a todos los dioses en su palacio de Tebas y ordenaron que fuese elevada a su presencia el arca de palmera en que se habían depositado todos los miembros de Osiris. Horus tocó el arca con su cetro real e Isis con su loto mágico. Después, extendieron sobre el ataúd las manos finas y fuertes que sostienen la cruz ansata, símbolo de la vida eterna, y, juntándolas como una cadena inseparable, la madre y el hijo pronunciaron un juramento de amor invencible. Y, entonces, resucitó Osiris ante sus ojos con esplendor immaculado y sobrenatural, rompiendo el sarcófago. Bajo su triunfal mirada, la cabeza de Isis, transfigurada, se cubrió con una redecilla azul estriada de luz, y sus ojos brillaron como estrellas. En las espaldas de la diosa brotaron dos alas inmensas que parecían perderse en el infinito. El Señor de todas las verdades se llevó al cielo a su esposa inmortal, a la morada de los dioses. Y los dioses temblaron, pues se sintieron

consumidos completamente y como reducidos a cenizas ante la luz Inefable. Pero de repente oyeron una voz y, palpitando de júbilo, vieron a Horus: habían reconocido en su palabra el verbo de su padre y en sus ojos la luz divina de su madre.

Tal es la leyenda que formó la historia sagrada de Egipto y que dio nacimiento entre los griegos a los misterios órficos y eleusinos, como camino de iniciación. Más singulares y sorprendentes eran las palabras que el hierofante confiaba al adepto en el pináculo del templo: "Osiris, el espíritu infinito, no puede manifestarse sin fragmentarse en el tiempo y en el espacio. Mientras que su esencia permanece inmutable, el mundo, que es emanación suya, se divide y tortura bajo mil formas en la multiplicidad de los seres. Mas Isis, su divina mitad, el Alma universal y la Luz interna que penetra y une todas las cosas, no se extingue jamás. Horus, el hombre, se remonta uniéndose a ella, a su fuente, y libremente llega a ser el Verbo de Osiris". Quizá se asombrase más el discípulo cuando el maestro, después de haberle explicado el triple significado cosmogónico, histórico y psíquico de la leyenda, decía en un lenguaje hierático que traduciremos así, puesto que nos falta el original: "Ningún verbo humano ha expresado la inefable verdad. Las religiones, los mitos, las filosofías y los poemas sagrados son pálidos reflejos, tímidos balbuceos de lo que algún día verá, concebirá y dirá en la plenitud de

su verbo creador el espíritu liberado. Pero el principio supremo de la iniciación consiste para el hombre en descubrir en la trinidad de su ser (físico, intelectual y espiritual) la ley de la jerarquía y de unidad de los tres mundos (natural, humano y divino), para poder abrir con esta clave los arcanos del universo y presentir los de Dios". Tal es el significado de la cruz ansata, símbolo de la Iniciación que ostenta Isis, Osiris y todos los dioses de Egipto.

Estas palabras despertaban al principio en el discípulo un mundo de confusas ideas, parecidas a los rumores del mar, repercutidos por la playa; pero poco a poco iba él comprendiendo la baja fundamental, la gran dominante de estas armonías polifónicas. Y, cuando asistía luego al drama de Isis, representado solemnemente por los neófitos y las palacidas a la luz brillante de las antorchas entre la armonía de los himnos y las orquestas sagradas, y sobre barcas flotantes, comprendía mejor la significación y profundidad del mito. Había visto la muerte de Osiris, el dolor de Isis y la resurrección del dios. Por medio de ellos había vivido durante unos instantes la vida divina. Y de todo esto le quedaba en el corazón un frescor etéreo, un inefable sentimiento de libertad anticipada.

Como yo había resuelto pasar la noche en la isla, Hachim y los bateleros bereberes levantaron para mí una tienda bajo una acacia próxima al templo hipestre.

Nada más conmovedor que estos patios desiertos y esta columnata iluminada por la luna. El contraste que forma la blancura deslumbradora de las columnas con las tinieblas enseñoreadas de los pórticos y la oscuridad de las criptas provoca ese escalofrío llamado por los antiguos "el horror sagrado de los dioses", pues no sólo se siente emanar de las piedras el alma del pasado, sino también escaparse por el perfume de las plantas el alma de la tierra y vibrar el éter de los espacios a la luz del astro mediador. Me retiré a mi tienda, pues hacía fresco junto al Nilo. Hachim fumaba bajo un sicomoro, y los bereberes, tumbados en su falucho, trataban de dormirse balanceados por el río y arrullados por sus ondas melopéyicas.

Y yo pensaba: "Oh, Isis, alma sutil del universo inmenso, tú que fuiste adorada en otros tiempos y que reinabas aquí en forma de una diosa pura ¿has muerto para siempre? ¿Qué se ha hecho de ti, la grave, la luminosa, la de la sonrisa misteriosa y triste, pero consoladora, oh diosa de la iniciación enamorada de Osiris, portadora del loto, de esa flor inmortal a la que nosotros llamamos el alma? Tu templo está destruido, tu isla desierta. Los ibis se marchan de sus riberas. Ya no viene la procesión de tus fieles a subir por las blancas escalinatas, y ya no siguen la larga columnata para aproximarse al santuario en que les acogían los sacerdotes coronados con flores rosas y azules del Nilo. —Y, sin em-

bargo, todavía atraes a unos y turbas a otros. Cuando nuestros sabios y audaces escribas, retiran de sus tumbas las momias de tus sacerdotes, el gongo fúnebre resuena en los campos como hace cuatro mil años, y las pobres egipcias que llevan inclinadas sobre sus cabezas las ánforas, vienen a unirse a estos funerales, y, como las plañideras antiguas, siguen al ataúd hasta la barca preparada para el viaje.

"¿Por qué, oh Isis, nos sentimos tan poderosamente fascinados con sólo oír tu nombre? Es que significa en la lengua sagrada de los templos la Luz reflejada y doble, la luz interna y celeste, Fuerza-Madre de todas las fuerzas, reina de los fluidos, mediadora de todos los mundos, que permite descender a los dioses y ascender a los hombres —. Moisés quien salió de tus santuarios para crear el pueblo de Dios, el arca viva, te veló para los profanos; pero nadie como él conoció tu terrible poder, ¡oh tú que sabes sonreír como herir con el rayo! Él te llamó Heve, la esposa de dios, e hizo de ti las tres cuartas partes del hombre divino. Otros te han adivinado aunque imperfectamente. El gran Paracelso, a quien tildan de loco nuestros pretendidos sabios, te reconoció bajo el nombre de luz astral. Mesmer se apoderó de uno de tus rayos, y lo divulgó temerariamente entre la multitud. Tu verdadero culto ya no existe. Unos te niegan, otros te profanan y se sirven de tu nombre para los peores deseos. ¿Acaso puede llegar esto hasta

ti? Nuestros sabios empiezan a ver los resplandores que se escapan de los pliegues de tus vestiduras. Quizás descubran algún día tu rostro sublime al que sólo nos aproximamos temblando, con espíritu consciente, voluntad ardiente y calmo corazón; quizás renazca con el tiempo tu culto con otros nombres y otras formas. Quiéranlo o no, es preciso volver a ti. Todo el mundo te desea y te llama; tus enemigos y los que de ti blasfeman te invocan sin saberlo. La ciencia te necesitará para explicar este universo del que mide todas las partes; pero cuya trabazón invisible y secreta armonía se le escapa. Se nos enseña ahora que el cielo no es más que un sueño infantil. Tenemos necesidad de ti y de tu lámpara, para que nos muestres todas las fuerzas y todas las moradas del alma, para arrancar las vendas de nuestros ojos y desgajar las alas de la vaina de la momia, como la mariposa de su crisálida. —¡Oh, madre de Horus, que posees y reavivas la luz interior, que la figuras y moldeas en la inmensidad de los espacios como en el misterio de las almas, sin tus alas no habría el mismo Cristo llegado hasta el Padre al que llamaron los egipcios Osiris, el Señor de la Luz".

"Y nuevamente lloras y buscas a tu Osiris disperso en los miembros de tu familia humana y en nuestras pobres conciencias. —¡Escúchanos y senos favorable, a fin de que El renazca entre nosotros! ¡Pues tú eres la guardiana de las almas y tu fruto es el amor que se da

a la luz en el dolor; pero que resucita en la alegría!" El alba blanquecina atravesaba, cuando me desperté, las hendiduras de la tela. Lancé una mirada por la tienda entreabierta. La aurora crecía sobre la sierra arábiga, nimbada de un rojo ardiente. Aquí se comprende por qué los primeros poetas arios, que vivían nómadas bajo el cielo, la compararon a la más bella de las muchachas. Este rosa delicado que se colorea rápidamente hasta llegar al púrpura intenso parece el pudor que se transforma en pasión. Pero he ahí la maravilla: a través de esta aureola de fuego brillaba una estrella como una joya incomparable. Esta estrella me pareció al principio una oscura amatista; después se transformó en zafiro deslumbrador, y, por último, se fundió como un pálido diamante en la luz del día. Los bateleros de Assuán me esperaban en su barca. En algunos minutos estuvimos sobre los rápidos. El paisaje cambia en un abrir y cerrar de ojos en este lugar. Por todas partes se ven negros arrecifes y bancos de basalto. Las olas se espuman en torno de nosotros, y chocan las corrientes, y los torbellinos se persiguen. La barca vira o se lanza como una flecha, y la enorme masa líquida ruge sordamente en las profundidades. ¡Ay! ¡La isla de las palmas soñadoras ha desaparecido!...

Las traiciones y los espejismos de la vida han sucedido a la paz de Isis. Cerca de una gran roca se ven unos jóvenes nubios que se precipitan en el brazo más violento

del Nilo y franquean nadando cien metros en tres segundos, impulsados por una sola ola. Así se precipitan las almas en el torrente de las generaciones.

Arqueados sobre sus remos, los remeros bereberes, de rostros de ébano y sonrisas de marfil trabajan con todas sus fuerzas. Cantan para darse ánimo mientras salvajes resplandores brotan de sus ojos. ¿Que se trata de dar la vuelta a un arrecife? Invocan a su santo con una especie de grito jadeante y ritmado: *Yalla 'aia Said? Yalla aia Said!* ¿Que ha pasado el peligro? Entonces entonan alegremente una canción de amor y celebran a la bella Lyssa, raptada al desierto: *¡Lyssa ai Lyssa!*

Pero el falucho vibra en el último remolino de los rápidos. Se levanta viento sur; la vela se hincha e inclina su punta graciosa hacia el agua calma. Ya descendemos rápidamente por el gran río de la vida, que es, también, el de la historia, sin saber si nos llevará a las sombrías montañas de Judea o hacia la luminosa Hellás. Culmina así el primero de estos dramas, es decir, la historia y los viajes del alma, en el corazón mismo del pensamiento egipcio, o sea, en el templo de Abydos, antiguo y misterioso santuario de la religión osírica.

## ÍNDICE

PREFACIO .....	5
PRÓLOGO EN EL MAR.....	13
EL EGIPTO MUSULMÁN. El Cairo y sus mezquitas	
I El Cairo y sus bazares — La Ghawazzi — Músicas nocturnas.....	23
II Las tumbas de los califas — La conquista árabe.....	43
III La mezquita del sultán Hassan y la ciu- dadela del genio del Islam .....	58
EL EGIPTO ANTIGUO. De Menfis a Tebas	
I El arca de la ciencia y de la religión. . .	74
II Los símbolos primordiales: la pirámide, la esfinge y el sol alado .....	83
III Las ruinas de Menfis y el coloso de Ram- sés — Puesta de sol en el Nilo.....	100
IV Abydos — La religión de Osiris — El culto a los muertos y el viaje del alma.....	112
V El templo de Denderah y el Panteón egipcio	135
VI Tebas — Grandeza y decadencia de los faraones .....	145
VII La isla de Philae — El drama sagrado de Isis y de Osiris.....	157